

EL POSTRER TIEMPO

© 1979, Celestino Sanz Catalán

Editado por: Textorigen © 2016, España.

www.textorigen.com

ISBN: 978-1-519-31248-8

Impresión: CreateSpace, an Amazon Company

Celestino Sanz Catalán

EL POSTRER TIEMPO

ÍNDICE

EL POSTRER TIEMPO 11

MÁS SOBRE EL POSTRER TIEMPO

Tres coloquios en relación con
Apocalipsis caps. 2 y 3 29

 Presentación 31

 Coloquio primero 34

 Coloquio segundo 53

 Coloquio tercero 79

JOHN NELSON DARBY:

«IGNORADO, MAS CONOCIDO»

Breve resumen de su vida y ministerio
compendiado de su correspondencia 87

«Los que temen a Jehová hablaron cada uno
a su compañero»

(Mal 3:16)

«[...] confesaba al Señor, y hablaba de Él a todos
los que esperaban la redención»

(Lc 2:38)

Eran cuatro peregrinos que tenían un sello común: el Espíritu Santo. Eran hijos de Dios.

«En el postrer tiempo en que los burladores andan según sus malvados deseos» (Jud 18); «En los tiempos peligrosos y malos de los postreros días» (2 Ti 3:1) tenían la costumbre de reunirse en casa de uno de ellos: el matrimonio Reguant.

Juan Reguant era empleado de categoría media en un trabajo burocrático. Hombre de espíritu lúcido, había sacrificado su progreso profesional por amor de Cristo y la Asamblea, y había conformado su vida a un trabajo que no absorbiera sus facultades, porque para él su profesión estaba condicionada al problema vital cotidiano. Experimentado en su juventud azarosa por tantas calamidades que circunstancialmente le alcanzaron, e intuyendo que el mundo estaba abocado al juicio, «echó mano de la vida eterna, recibiendo el testimonio de Dios tocante a su Hijo Jesucristo» (1 Jn 5:11).

En Lidia Serra halló «la mujer virtuosa que fue su corona» (Pr 12:4); esposa en la que «halló el bien y alcanzó la benevolencia de Jehová» (Pr 18:22); mujer fuerte «en quien su corazón pudo confiarse» (Pr 31:11). Cual Aquila y Priscila —salvadas las diferencias (eso sólo Dios lo sabe)— vivieron una vida de comunión y consagración al Señor y al servicio de los santos. Cristianos genuinos, habían educado a sus hijos en el temor del Señor (Pr 22:6), y bendecidos en esta primordial tarea alcanzaron el gozo de Hechos 16:31, viendo



cómo estos tomaban su lugar en el testimonio y se alineaban como compañeros de peregrinación. Maduros de años y de experiencia, amantes de la hospitalidad, su casa era como el hogar de Betania, donde el Señor podía presentarse a toda hora. Todo estaba en orden. La Palabra tenía para ellos alta estima, y aquellos que habitualmente se ocupaban al final de la jornada (porque eran todos de aquellos que «trabajando con reposo comían su pan») en la hermosura de la patria ansiada y en la gloria del Rey de esta patria, nunca salían vacíos, habiendo escogido, como María a los pies del Señor, la buena parte.

Ricardo Graells y Pedro Roura eran los otros. El primero rondando la cuarentena, artesano apreciado, había conocido al Señor en los albores de su juventud. Vivía consagrado al servicio del Señor. Soltero —Cristo era su único amor (1 Co 7:32)—, siempre hallaba una ocasión de dirigirse a las almas fatigadas, de ofrecer un tratado y de interesar a quien fuera para la adquisición de una Biblia. En su ocupación profesional, cuando sus compañeros eran alcanzados por algunas de las tantas miserias en que los hombres se ven envueltos, aquel hombre bueno, paciente y servicial siempre tenía a punto una palabra sazónada con sal que daba gracia al oyente. Cuando iba a la compra —pues él cuidaba de su vida— era edificante, en este tiempo de indiferencia y tibieza, ver a Graells poner el fuego de la Palabra de Dios en las circunstancias de todos y avivar el interés —tal vez pasajero, eso sí— de muchos que por un poco de tiempo querían recrearse en la luz. Pero él siempre sembraba... sembraba...

Roura era un hacendado payés —así llaman a los campesinos de la tierra catalana—. A Roura la hacienda le había crecido mucho. Ya sabemos, diréis, lo que pudo haberle sucedido. Sí, pudo haberle pasado lo del hombre rico de Lucas 12,



pero no le pasó. Hacía tiempo que había aprendido a no poner «la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo», y era rico «en buenas obras». ¿Había necesidades? Como buen administrador acudía presto y de esta forma actuaba, «atesorando para sí buen fundamento para lo por venir» (1 Ti 6:17-19).

Años atrás Reguant paseaba por el campo con su esposa y sus hijos, entonces pequeños. Una lluvia súbita de verano les sorprendió. La masía de Roura estaba allí y fueron acogidos con la proverbial llaneza de la gente del campo. Mientras la lluvia cesaba hablaron de que algo que parece fútil hace cesar las obras de los hombres (Job 37:6-7), y Reguant, abriendo su Biblia, pidió permiso para leer unos pasajes. Hecho silencio, leyó todo el capítulo 37 de Job y el Salmo 104. Todos oyeron con interés aquellas cosas nuevas y sabias para ellos. Por medio de un chubasco exterior, Dios empezó a derramar lluvia de bendición en el corazón de aquellas personas. Nació una amistad, producto de la admiración que Roura sintió desde el instante en que Reguant, con la fuerza moral con que un hombre está impregnado cuando habla de parte de Dios, abrió su boca. ¿De dónde sacaba aquel hombre, aún joven, de presencia agradable, pero tan sencillo de maneras, semejante persuasión que a él, acostumbrado como estaba al mundo de los negocios y al trato de las gentes, y tan grabado con el sello de un tradicionalismo a ultranza, le atraía tan irresistiblemente? El viento de Dios soplaba y al cabo del tiempo aquel hombre dejó todo el pasado de las convenciones sociales, y en un medio ambiente sorprendido al principio y hostil a la postre, siendo «nacido del Espíritu» (Jn 3:8) «puso su mano en el arado sin mirar atrás» (Lc 9:62). Su esposa y demás familia dejaron a Roura solo... con el Señor.



¡Qué vida! ¡Qué luchas! ¡Qué desesperanzas! Pero Dios tenía a Reguant y a su esposa para consolar y animar al soldado vacilante, y así fueron estableciéndose las fuerzas en su corazón; «se corroboró en fortaleza en su hombre interior» e «hizo más que vencer por medio del que le amó». Empleando la paciencia, la mansedumbre y reflejando en su vida el carácter moral de su Maestro, fue ganando poco a poco a casi todos los que de una forma u otra estaban bajo la esfera de su influencia familiar y social, y en aquella casa, a la postre, hubo fruto para Dios.

Los cuatro peregrinaban en Vilargent, ciudad ni grande ni pequeña, de la que sus habitantes estaban orgullosos. Bien equilibrada, como tantas otras ciudades del país, la industria y la agricultura se repartían el esfuerzo, y el comercio vivía una época floreciente. Dotada de estamentos sólidos y respetables, y obras sociales firmemente establecidas, nada faltaba para que se vanagloriaran de «paz y seguridad». De vida religiosa bien cuidada, la conciencia hallaba amplio campo de propia satisfacción.

Unos pocos, sin embargo, discordaban, hablaban de «la ira venidera», de que «si no se arrepentían, todos perecerían igualmente», y hasta se atrevían a decir que «no había justo, ni aun uno». ¡Como si en este mundo la bondad no existiera! En sus ideas filosóficas decían que «la justicia de uno justificaba a los muchos». En fin, cosas peregrinas. Molestaban la vida tranquila de los ciudadanos; fustigaban la conciencia de los tales; ponían inquietud y zozobra en el corazón de muchos; cada palabra de molesta advertencia parecía un clavo de los que Noé clavaba en los tablones del arca. Entre ellos se llamaban «hermanos» como si los demás no lo fueran. En otro tiempo estas personas hubiesen sido desarraigadas de esta tierra, pues los jefes religiosos de Vilargent no les tenían



simpatía. Pero ahora, en nuestro mundo civilizado —y la ciudad era una muestra genuina de la civilización— la tolerancia, el respeto a las opiniones ajenas y la convivencia, no hubiesen permitido los errores pasados. Sí, eran agujijones para los más. Ciertamente que hablaban de amor, del amor de un Dios que «disimulaba los tiempos de la ignorancia de los hombres», pero esto era muy humillante; era una clase de amor poco menos que incomprendible para un ser racional. Con todo, «algunos se juntaron con ellos» (Hch 17:34) y hasta personas conocidas; pero eran una pequeña minoría. No contaban; podía tolerárseles. La ciudad y sus estamentos mostraban así una acrisolada benevolencia.

Pero no todos los ciudadanos opinaban igual en relación con nuestros amigos. Los había que confesaban abiertamente sentir simpatía por ellos a causa de su vida sencilla y ordenada, y por lo diligentes que se mostraban para ayudar a quien fuera, y la paciencia que tenían para sobrellevar «cualquier cosa». Algún osado se atrevía a decir: «son mejores que nosotros», pero a fin de cuentas era la opinión de algún excéntrico. Hay ideas muy peregrinas en este mundo. Hay gente que siempre ha de llevar la contraria. Los aguafiestas, esa es la palabra. Tiene que haber de todo.

He aquí la escena de actividad de nuestros amigos: Cristianos ejercitados, sabiendo que el testimonio han de rendirlo «fuera del real» (He 13:13) y que el cuerpo de Cristo es una realidad y no tan sólo una doctrina (1 Co 12), conscientes de que eran miembros en parte, así vivían, creciendo «en aumento de cuerpo, edificándose en amor» (Ef 4:16).

Pero los años fueron pasando; y los peligros que el apóstol Pablo advirtiera tuvieron cumplimiento (Hch 20:27-31).



Falta de celo y vigilancia por una parte, y un malentendido amor por otra, permitieron que «algunos hombres entraran encubiertamente convirtiendo la gracia de nuestro Dios en disolución» (Jud 4). Y el mal, haciendo progresos, suscitó a «hombres corruptos de entendimiento, que tomaban la piedad como fuente de ganancia» (1 Ti 6:5). Surgieron serios conflictos; los fieles tuvieron que sufrir en la brecha el oprobio de Cristo, y si perseveraron fue debido a que, «ayudados del auxilio de Dios» (Hch 26:22) tuvieron fuerza, y así, comprobando el estado de ruina que alcanzó al testimonio, se refugiaron «en Dios y en la Palabra de su gracia» (Hch 20:32); y en casa de Reguant, tienda de peregrino —sobria y honesta— se reunían para llorar, al igual que Jeremías, «por el oro oscurecido, por el buen oro demudado y por las piedras del santuario esparcidas por las encrucijadas de todas las calles» (Lm 4:1).

Yendo de tránsito y siendo casa conocida, allí los encontré una noche de tantas, en que mientras «la nación todavía robaba» o «sus palabras prevalecían contra Dios» o bien ambas cosas a la vez (Mal 3:9-13), ellos, temerosos de su Señor, «hablaban el uno al otro». Testigo mudo de sus pláticas, tomé buena nota de lo que oí. No quiero guardar secreto de aquellas palabras que en el cielo quedaron registradas, pues son para «los que temen a Jehová y los que piensan en su nombre» (Mal 3:16).

Helas aquí: habían orado mucho con fervor y humillación, cual convenía al estado de ruina del pueblo de Dios. Entre otras cosas, leyeron en primer lugar el capítulo noveno del profeta Daniel y todos fueron tomados de un largo y significativo silencio.



—Esto es —dijo al fin Graells—, así es nuestro estado; a qué fingir o disimular. Nuestro mal es común a cualquier época de ruina del pueblo de Dios.

—Sí, es cierto —terció Roura—; pero ¿somos todos responsables? O, cuando menos, ¿tenemos todos el mismo grado de responsabilidad?

—Como pueblo todos llevamos la misma responsabilidad; somos un cuerpo, no podemos disociarnos ni de una parte del cuerpo, ni aún siquiera de un miembro muy pequeño. Se trata del juicio del pueblo en general.

»Es el gobierno de Dios. Mirad el caso de Josué y Caleb. Es impresionante. Ellos fueron fieles, pero tuvieron que sufrir los cuarenta años de peregrinación hasta que yacieron en el desierto los cuerpos de todos los murmuradores. Claro está que en la disciplina de Dios sobre su pueblo, no todas las circunstancias personales son las mismas, pues el Señor es justo. Existe la responsabilidad personal y ésta se acentúa cuanto más grande es la ruina, de tal manera que llega el momento en que, cuando el cuerpo general fracasa, el Señor se dirige al individuo, animándole a juzgar un estado que no es compatible con la santidad de Dios. Veamos, si no, la segunda carta a Timoteo; tomemos los capítulos dos y tres de Apocalipsis. «Que los padres comieron uvas agraces y los hijos tuvieron dentera» lo vemos en las Escrituras en cuanto a pueblo se refiere (Lm 5:7), pero individualmente cada cual llevará su propia responsabilidad (Jer 31:30). ¿No os parece así, hermanos?— preguntó Reguant después de haber respondido la pregunta de Roura.

—Tenemos que aceptarlo —respondió Roura a su vez—: «Lo insensato de Dios es más sabio que los hombres» (1 Co 1:25), pero, no sé, yo creo que hay miedo, miedo de todo y a todo. ¿Cómo hubiesen hecho frente al conflicto los conduc-



tores de otro tiempo? ¿Qué decir de un Moisés, un Josué, un Jefté, un David, un Gedeón, un Barac, un Samuel y los otros campeones de la fe, tal como los describe Hebreos 11? ¿Por qué el miedo? ¿Qué es el miedo? Quisiera saber las causas que lo producen y si estas causas son legítimas.

—Yo tengo miedo muchas veces... Dios mío, ¿qué pasará ahora? Tan felices que habíamos sido en otro tiempo... ¡Cuánta armonía, cuánta paz!, y ahora... —todos miraron a Lidia Serra. La esposa de Reguant hablaba poco; aquella vez sus breves observaciones iban acompañadas de serenas lágrimas, de dignas lágrimas de dolor. Los hermanos callaron conmovidos un momento—. Es cierto, pero el Señor nos animará. ¿No ha dicho acaso, «no se turbe vuestro corazón ni tenga miedo»? (Jn 14:27).

—¿Miedo? Todos lo sentimos —era Graells quien hablaba—; todos los hombres tienen miedo una vez u otra: miedos diferentes, producidos por diversas causas. Además, a veces es necesario tener miedo, o mejor dicho, tenemos miedo con razón.

»Ahora bien, analizar lo que es el miedo, sus causas y origen, etc., yo creo que debemos meditar y el Señor nos responderá. Señor Reguant, hermano, usted está escuchando, pensativo y serio; las lágrimas legítimas de su esposa, la pregunta de nuestro hermano Roura, ¿le sugieren algo?

Reguant suspiró. Él era el mayor y sin duda el más experimentado. Los demás le consideraban. Era un hombre de vanguardia. El diablo le hacía pagar cara su fidelidad al Maestro, pero sabía combatir, y cuando una brecha se abría en el muro allí estaba «con toda la armadura de Dios» (Ef 6:11). ¿Miedo? Sí, él tenía experiencia también tocante al miedo. Hay tantas cosas que parecen gravitar a nuestro alrededor... Era un fiel creyente, pero a veces había olvidado que en el



santuario no se respira ninguna atmósfera de temor, «porque el perfecto amor lo echa fuera» (1 Jn 4:18).

Sus hermanos, pues, esperaban la explicación sencilla y clara que casi siempre se recomendaba a la mente y al corazón.

—Los hombres definen el miedo según las diversas esferas que ocupan —principió—; los juristas se han ocupado de ello y leyes fueron dictadas. Los religiosos también, y en sus códigos eclesiásticos admiten el miedo como eximente o atenuante. Otros dicen que, en moral pura, el miedo no puede justificar un acto ilícito; pero estas definiciones y sus remedios no creo que puedan sernos de mucho provecho.

»A nosotros, hermanos, nos interesa el enfoque de la Palabra de Dios; ella solucionará nuestro problema. Hombres de Dios fueron mordidos por este extraño sentimiento, por esta perturbación angustiosa, por este recelo o aprensión, pero la causa que produjo en su ánimo semejante estado estriba siempre en una circunstancia, sea interior o exterior. La primera vez que oímos hablar de él en la Palabra de Dios es en Génesis 3:10. Adán dijo: «...tuve miedo». Hasta entonces este sentimiento nunca se había manifestado, y sin embargo existían las causas que él manifiesta. Adán estaba desnudo y no se avergonzaba. En la inocencia, su estado no le reprochaba de pecado, ni Dios se lo imputaba. Fue en la desobediencia que tuvo conciencia de su desnudez y tuvo miedo de comparecer ante Dios, por lo cual se escondió. Desde entonces, ésta ha sido siempre la trayectoria y la conducta del hombre: esconderse de Dios porque se sabe moralmente desnudo. Tiene miedo y con razón, porque el conocimiento del bien y del mal capacita para discernir cuál es el salario de los transgresores.



Reguant hizo una pausa y Roura intervino entonces:

—La obra de Cristo anuló la ruina de la humanidad caída; una nueva creación ha visto la luz, pues tenemos noticia y certeza manifiesta de la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, «el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la incorruptibilidad por el evangelio» (2 Ti 1:10). Él ha anulado el miedo, pues «ha librado a los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos a servidumbre» (He 2:15), y en nuestra experiencia cristiana hemos oído y distinguido la voz de Aquel que en la adversidad de nuestro fatigoso bogar se ha dirigido a nosotros con las conocidas palabras de «alentaos, yo soy, no temáis» (Mr 6:50).

—¡Bendito sea Su Nombre que esto sea así! —asintieron todos unánimes.

—Sí, Roura —repuso Reguant—; estamos todos de acuerdo y nos anima el hecho de que Dios nos dé este reposo para el corazón fatigado; pero has inquirido sobre las causas y efectos del miedo, y tú mismo has confesado que existe. Deberíamos simplificar y partir de la base firme de que este miedo es una realidad que anida muchas veces en el corazón. Su origen, según se desprende de Génesis, por la confesión de Adán, se ha puesto de manifiesto a causa de la desobediencia. La desobediencia y el miedo son pues consustanciales en cierta medida, y cada uno de nosotros lo hemos experimentado —para vergüenza nuestra hemos de confesarlo. Pero hay otra naturaleza de miedo que engendra la falta de fe, y otra la desconfianza—, ambas primas hermanas. Éstas son todavía más comunes entre nosotros. Si pudiésemos decir como el salmista: «aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno; porque tú estás conmigo...» (Sal 23). Si pudiésemos contemplar el horno de fuego calentado siete veces más de lo que se solía, con la serena confianza y disposición



de corazón de los tres compañeros de Daniel (Dn 3:16), ¡qué gloria sería dada a nuestro Dios!

»Descendiendo al terreno de nuestras circunstancias, no podemos negar que amamos nuestra reputación. Ahora bien, reputación no quiere decir fidelidad, bien que a veces una cosa sea consecuencia de la otra. Dios permite el conflicto para manifestar lo profundo de los corazones. El bien y el mal están ante nosotros; la verdad y la mentira; la luz y las tinieblas; la justicia y la injusticia; Cristo y Belial, como dice la Escritura. Hay que tomar partido. No parece difícil, ¿verdad? Pero hay que luchar para no ser esclavizado, “para vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios”.

»Veamos un caso muy patente. Pedro, el apóstol, era un hombre libre en Cristo. Era la voz de sus hermanos al principio, distinguido por el Señor en tantos y tantos aspectos. Recibió las llaves del reino de los cielos; hizo uso de ellas amplia y generosamente, impulsado por el amor a Cristo y el poder del Espíritu Santo, ¡y con qué resultados! Los doce primeros capítulos de los Hechos, a excepción del paréntesis tocante al protomártir Esteban, nos ofrecen materia suficiente para considerar su personalidad y su ministerio. ¿Quién puede comparársele en la escena de Hechos 8 a 12? Parece ser que este hombre había superado el miedo. Ciertamente, no tenía miedo. En el libro de los Hechos todo su servicio está impregnado de una confiada audacia, hija de la fe, y una esperanza ciega en los propósitos del Señor. Poseía aquel equilibrio y tranquilidad del creyente que se sabe un instrumento en las manos del Maestro (veamos, por ejemplo, Hechos 12:6); pero en Gálatas, según el testimonio del Espíritu Santo por la pluma de Pablo, le hallamos en distinto estado de ánimo. ¡Pobre corazón humano!

»Aparentemente no tropezó en una gran piedra, pero su



conducta, en caso de no ser reprimida, hubiese arruinado la obra de la libertad que el puro evangelio producía en Antioquía con tanta bendición.

»El osado Pedro, aquel que en Cesarea en casa del centurión Cornelio dijo: “Vosotros sabéis que es abominable a un varón judío juntarse o allegarse a un extranjero; mas me ha mostrado Dios que a ningún hombre llamé común o in-mundo” (Hch 10:28), en Antioquía se retraía de comer con sus hermanos en la fe originarios de las naciones “porque tenía miedo de los que eran de la circuncisión” (Gá 2:12-14). En un momento de descuido, su propia reputación entre los cristianos provenientes del judaísmo (aún no desnudados de muchos prejuicios) tuvo valor ante sus ojos.

»Hoy —prosiguió Reguant— las cosas no han cambiado; todo lo contrario, se han acentuado más. Aunque, como dice 1 Co 1:26 no abunda el lustre social entre los hermanos, hay algunos, sin embargo, que según la carne representan algo. He tenido experiencias personales de hermanos dotados, y opino de estructura fiel, y que sin embargo la reputación o la estima que tenían de sus personas les impidió ser consecuentes con la luz que poseían. Es una lástima que esto suceda entre nosotros, cuando está claro que «Cristo no se agradó a sí mismo» (Ro 15:3). Hemos experimentado un poquito lo que es el vituperio de dentro. No me negaréis, hermanos, que es más doloroso, mucho más doloroso que el de fuera.

—Sí que es verdad, y esto nos conduce a identificarnos en alguna medida con los sufrimientos de Cristo. No es preciso aclarar que no me refiero a los sufrimientos expiatorios, pero sí a causa de la justicia —remachó Graells—. ¡Ojalá que nuestras inconsecuencias juzgadas nos conduzcan a una mayor vigilancia y fidelidad! Por otra parte —aunque la hora



avanza y el tiempo aún cuenta para nosotros— no quisiera que nos despidiéramos sin considerar un fenómeno de carácter general del cual desde que empecé a viajar y visitar a los hermanos me di cuenta por los acusados contrastes de que está matizado.

—No se preocupe el hermano por el tiempo. Yo creo que, por la gracia de Dios, lo estamos aprovechando. ¿Podríamos estar ocupados en mejor menester? Es una bendición el que en alguna medida tengamos la porción del Salmo 133. Yo avisé a mi esposa que tal vez volvería tarde, pues por lo que veo los hermanos han olvidado que mañana es día feriado en Vilargent y no hemos de acudir a las ocupaciones cotidianas—. Y al decir esto, Roura esbozó una sonrisa al darse cuenta de que los demás habían olvidado este extremo.

—Tanto mejor que sea así. Oiremos a Graells; pues es bien seguro que Dios nos dará por ello alguna instrucción de provecho—. Reguant, al dar su beneplácito, manifestó una vez más el placer que le causaba el que sus hermanos en la fe fueran huéspedes asiduos de su casa.

—El tema —dijo Graells— es doloroso para mí, y más ahora que me doy cuenta de los resultados dañinos, perniciosos, contradictorios y poco edificantes. En un principio lo consideraba algo folclórico. Costumbre, idiosincrasia, tradiciones, por otra parte bastante comprensibles, pensaba yo. Pero teniendo temor, hice partícipe de mis observaciones a algún hermano experimentado. Concordó que el carácter nacional, el medio ambiente y el aislamiento espiritual influían no poco en la dispar norma de conducta de los hermanos ante un problema común. Ya sabéis a qué me refiero. Aunque los medios de comunicación han llegado a ser tan cómodos para conocernos e intercambiarnos y aprovechar así esta coyuntura para edificarnos en el un solo cuerpo, por el un solo



Espíritu (Ef 4:4), para guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz y por medio de los dones dispensados por el Señor, tomar aumento de cuerpo edificándonos en amor (Ef 4:15-16), es bien cierto que actualmente se han relajado los sentimientos de responsabilidad tocante a la unidad del cuerpo. Existen hechos muy tristes que se han producido y persisten aún a consecuencia, o bien de la independencia o bien por falta de información, o por contradicción; y que, ni que decir tiene, por falta de comunión. Árboles semejantes no pueden producir otros frutos.

—Esto es muy serio, hermanos, muy serio y doloroso a la vez —dijo Roura—. ¿Estoy entendiendo que lo que se nombra a sí mismo testimonio está compuesto por una serie de congregaciones nacionales sin casi relación práctica entre sí?

—No creo que Graells quiera decir exactamente esto —intervino Reguant—, pero él está documentado y además presente, y es quien debe esclarecernos. Dejémosle que prosiga.

—No diré que sea un hecho oficialmente consumado, pero el germen existe en la práctica. Tengo pruebas, y esto, unido a una desenfadada voluntad de elementos dudosos del testimonio, pero que están dentro del cuerpo del mismo, agudizan la difícil situación de una verdad doctrinal que, como siempre, está fracasando en las manos del hombre.

«Nosotros no hemos aprendido así a Cristo» (Ef 4:20). Todas estas cosas son frutos de la carne y de la vieja naturaleza. Este hombre de ojo simple... sus motivos eran puros y no entendía ni de diplomacia, ni manejos políticos, ni de ningún elemento humano mezclado con los intereses de Cristo. Él sólo sabía que «la verdad está en Cristo Jesús» y que «Jesús es la verdad», y para un creyente así ni el sofisma, ni el profe-



sionalismo, ni cualquier artificio del error tenían cabida en su concepción del cristianismo. Para Roura la doctrina era fácil: el cristianismo es todo lo que se desprende de Cristo y todo lo que está genuinamente vinculado a Él.

—No creáis —prosiguió Graells— que los hermanos fieles estén conformes con este estado de cosas. Ellos luchan y la fuerza moral que se desprende de la fidelidad es un freno, pero a veces se ven desbordados. Un problema es neutralizado o resuelto y otro ocupa su lugar, y esto, unido al creciente mundanismo y al relajamiento de costumbres, gravita, como una losa de plomo, sobre los que realmente sienten la verdad del testimonio. Y no digo esto en son de crítica —el Señor lo sabe—, pero me permito este desahogo ante los hermanos, con la confianza de que al estar al corriente de estas cosas seamos todos movidos al ejercicio de «no traspasar el término antiguo» (Pr 22:28) «ni aportillar el vallado» (Ec 10:8), y sobre todo a orar. Es nefasto que tome carta de naturaleza de clasificar a los hermanos por sus nacionalidades. Decir: los hermanos ingleses, alemanes, suizos, españoles, americanos, etc. no es conforme, porque ello lleva aparejado la aceptación tácita de unas diferencias y contrastes que dañan a las asambleas. Está probado que las diversas opiniones (que no concuerdan para bien en ningún caso, y no son «la mente de Cristo») provienen entre otras cosas del carácter nacional, y esto es no haber terminado con el viejo hombre. Los hermanos tenemos una patria común, y si en esta tierra nos ha tocado vivir aquí o allá, nacer en este sitio o en el otro, no debe tener otra influencia que en lo superficial e intrascendente, pero nunca en lo básico. ¿Es qué las Escrituras tienen un significado distinto en cada país? Que seamos hermanos que peregrinamos en tal o cual país está bien, pero que seamos marchamados con el sello de una nacionalidad determinada,



con todo lo que esto tiene de negativo, es colocarnos al nivel y en el terreno de la historia profana, y venir a parar en una más de la multitud de instituciones religiosas que pueblan de confusión el dividido mundo cristiano.

—Nunca te había visto tan vehemente al hablar de dificultades —dijo Reguant dirigiendo una preocupada mirada a su hermano.

—No soy vehemente, querido Juan; usted me conoce desde hace años, es que tengo miedo; sí, ahora yo también tengo miedo de las negras nubes que se ciernen sobre el testimonio. Existe un peligro real y ojalá los hermanos por doquier lo vieran, «porque los simples pasan y reciben el daño, mas el avisado prevé el mal, y se esconde» (Pr 22:3).

—Sí, tengo algún antecedente de estas cosas y está bien en señalar el peligro; pero tenemos un refugio seguro: el santuario. Allí ningún mal puede alcanzarnos. Además —era Reguant quien hablaba— Dios cuidará de los suyos —qué duda cabe—, y cuando todo parezca más perdido Él tiene sus instrumentos. Veamos el caso de Gedeón. Tengo confianza que aún existen «trescientos hombres que lamen el agua con la lengua como lame el perro». Ya sé que vivimos días sombríos, pero en este tiempo el corazón fiel tiene instrucción para conducirse según la mente de Dios. Tomemos como ejemplo la segunda epístola a Timoteo, ¿falta algo que no esté previsto de la parte de Dios? Es cierto que hemos llenado nuestra boca con la palabra «testimonio», mas yo quisiera saber exactamente qué es lo que Dios piensa de esta posición tan reivindicada por los hermanos. ¿Responde a una realidad? Si los hechos deben responder, el panorama es desalentador. Como dijo un hermano mientras peregrinaba entre nosotros: «Si fracasamos, Dios entregará el testimonio en otras manos». Pero aún me afirmo en la misma confianza:



lo que es genuinamente de Cristo no fracasará. Siempre quedarán reliquias, un remanente, «una manada pequeña» que responda a los deseos del corazón del Señor. Unos poquitos que «alabarán y adorarán al Padre en Espíritu y en verdad».

— Cuando los promotores de la crisis dejen la máscara y tomen el carácter de apostasía posicional en toda su crudeza, los fieles hallarán la senda de la obediencia. Lo que el Espíritu puede suscitar en esta hora grave no lo sabemos, pero procuremos por nosotros y no perdamos ánimos. Directamente tenemos la responsabilidad del lugar en que se desarrollan nuestras actividades. Esforcémonos, «que no nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de fortaleza y de amor y de templanza» (2 Ti 1:7).

Así se despidieron aquella noche, animados en medio de la ruina «por el Dios de toda consolación»; sin hacerse grandes ilusiones, pero con la confianza de que poderoso es el Señor para guardar a los que con corazón sincero se allegan a Él.

Dieron gracias a Dios por medio de una fervorosa oración que les llenó de paz, y aquellas cuatro personas, tan dispares en su carácter natural pero tan vinculadas en los intereses de Cristo, eran un fiel testimonio en su medio ambiente, tanto social como cristiano.

¿Que casi no hemos oído a Lidia Serra? Es cierto. Pero os daré mi opinión sobre ella porque estimo conocerla. Hermana dotada de una sensibilidad espiritual muy pronunciada, procuraba no traspasar jamás su medida. Las hermanas más jóvenes podían testificar que tenían una madre en ella: «una maestra de honestidad». Pero, cuando estaba entre hermanos, daba siempre lugar a los varones, y aunque estos encuentros, como el narrado, tenían lugar en su domicilio particular y no en el local de la asamblea, prefería guardar el carácter de



subordinación que Dios, para la mujer, prescribe en la Palabra (1 Ti 2:12). Su valía estribaba en su acendrada virtud.

No somos nosotros quienes tenemos que juzgar el alcance espiritual de lo tratado por nuestros cuatro amigos; es Dios quien conoce lo profundo de los corazones, y Él galardonará justamente. Tampoco queremos decir que estuvieran exentos de flaquezas; pero aquí hablamos de su fe, que es lo que edifica. Y en este combate diario de la fe pensamos que cada cual ocupaba el lugar que Dios había escogido para ellos.

¿Son personajes ficticios? ¿Es esto un relato ficticio? Puede que sí..., pero puede que no. Mas en cualquiera de ambas vertientes que miremos no podrá negar el lector que fuera de desear que, o bien la ficción valiera una realidad, o bien que la realidad no fuera una ficción.

MÁS SOBRE EL POSTRER TIEMPO

Tres coloquios en relación con Apocalipsis caps. 2 y 3

Presentación

Allá por el año 1969, los lectores de la revista «Vida Cristiana» leyeron un trabajo titulado *El postrer tiempo* (Jud 18). Se refería a unos cristianos que coloquiaban asiduamente en casa de uno de ellos: el domicilio de Reguant, «tienda de peregrino, sobria y honesta», para llorar, al igual que Jeremías, «por el oro oscurecido, por el buen oro demudado y por las piedras del santuario esparcidas por las encrucijadas de todas las calles» (Lm 4:1).

Estas personas simbólicas están todavía en su lugar. Vivirán en Vilargent —ciudad de su peregrinaje— tanto tiempo como dure la actual dispensación.

Han redimido el tiempo —como siempre— «ocupados en pías y santas conversaciones y alabando al Señor en sus corazones».

Han pasado siete años y este número tiene todo un valor de intención simbólica para lo que nos ocupa.

Se han perfeccionado en la fidelidad y en el conocimiento. La atmósfera celestial ha impregnado en ellos el carácter y la dignidad de «un sacerdocio santo». Ocupan, cual miembros de la familia sacerdotal, su lugar en el Santuario, y ministran delante de Dios las excelencias y las perfecciones de Cristo, víctima y soberano Pontífice a la vez.

Sus coloquios fueron frecuentes y fructíferos, y un interés particular —sin duda obra del Espíritu— les guió a estudiar y meditar lo referente al final de esta economía, es decir, el tiempo de la gracia.



Tomando a los judíos, los gentiles, y la Iglesia de Dios, (1 Co 10:32 nos expone una diferenciación imprescindible para entender los caminos de Dios en relación con las dispensaciones), meditaron sobre el libro del profeta Daniel, que les dio la visión del futuro de la historia de las naciones («del tiempo de los Gentiles») y de la liberación de Israel. Tiempo lejano y profecía sellada en aquel entonces (final de Daniel 12:9), pero hicieron énfasis en la lectura del capítulo 9, en donde relata la profecía de las setenta semanas. Esto nos conduce hasta Cristo, al lapso del tiempo de la gracia y a la puesta en marcha del reloj profético: la última semana. También meditaron acerca del profeta Isaías: la descripción del reino con su justicia, con su paz; con los felices resultados de ambas cosas. ¡Qué bendición para el Israel restaurado y reconciliado! ¡Qué gloria para Jerusalén, metrópoli del universo! ¡Qué salvación para las naciones que andan a la luz de ella, y, sobre todo, ¡qué Rey! (cap. 9:11, 32). También leyeron Ezequiel. ¡Qué maravilla de pueblo históricamente resucitado (léase la visión de los huesos secos en el cap. 37). Lo que hace apenas un siglo parecía un sueño, una quimera, es hoy, aunque parcialmente, si consideramos el todo de la profecía, una venturosa realidad que por otra parte abre la puerta al cumplimiento total de los propósitos de Dios, por la proyección gloriosa de lo que dibujan ante nuestros espíritus los últimos capítulos del libro de este mismo profeta.

Así un día y otro día, hilvanando las analogías, sacando como «el escriba docto en el reino de los cielos, cosas viejas y cosas nuevas de su tesoro», iban del Antiguo al Nuevo Testamento, pues «toda Escritura es inspirada de Dios, y útil para enseñar».

Tomando las parábolas en Mateo 13, aprendían lo relativo al carácter interior y exterior del reino con todas sus



consecuencias: lo que Cristo ha hecho, y lo que el hombre ha hecho con lo que es de Cristo. ¡Qué contraste entre los versículos 44 y 45 con el 24 al 33! ¡Y Mateo 24? ¡Qué luz más nítida proyecta sobre las señales antes del fin en relación con la vocación y la liberación de Israel! ¡Qué advertencias morales entretanto esto llega! Los israelitas están ciegos todavía: «el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado, y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos, pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará», y entonces todo será claro para el residuo sufriente «del tiempo de la angustia de Jacob». Entonces los Salmos serán letra viva para ellos; letra de consuelo, de esperanza y de liberación.

Todo esto consideraban, recordaban y aprendían, acrecentando el caudal de riquezas con las cuales ornamentaban sus espíritus trabajados por el combate, afirmaban sus pies entre la difícil andadura del desierto y extendían sus almas más allá de la escena hostil de este mundo, plantando «el ancla dentro del velo donde Jesús entró como precursor por nosotros, hecho sacerdote para siempre».

Leyeron el Apocalipsis con reverencia y oración, confesando a cada instante de ignorancia «Señor, tú lo sabes», y ayudados por el rico legado que dejaron ilustres hombres de Dios en el siglo pasado en relación con este maravilloso libro añadieron a su ciencia «más sobre las cosas que Juan había visto, más sobre las que son y más sobre las que han de ser después de éstas» (Ap 1:19).

El interés suscitado por el Espíritu en este tiempo del fin no era privativo en nuestros amigos. Por doquier el Señor ha levantado heraldos anunciando que todo esto «está a las



puertas». Los obreros consagrados a esta tarea no se expresan siempre con uniformidad, y el lenguaje es tanto más superficial o profundo según sean las diversas clases de público a quien se dirigen, o para quien escriben. Pero esto — pienso yo — es conducido por el Espíritu, con el objeto de desvelar la masa adormecida que yace en el entramado de los sistemas humanos de la cristiandad profesante, en el primer supuesto, o para animar en la esperanza a los que velan en la expectativa de «la Estrella resplandeciente de la mañana».

Inmersos en el bien que habían recibido, conscientes de que «toda dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces», «esperaban de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera». Entretanto, su vida transcurría equilibrada entre dos vertientes benditas, y ambas provenían de un mismo pínáculo de gloria y gracia.

Moradores del Santuario celestial, al cual tienen acceso y libertad de entrar todos los redimidos por la sangre de Jesucristo, y cuya descripción hallamos magistralmente expuesta en Hebreos 10:19 al 22, ello les confería la competencia de dirigirse a los hombres como embajadores en nombre de Cristo, y como si Dios rogase por medio de ellos, decían: «reconciliaos con Dios». Feliz ocupación polarizada en un dual servicio: el sacerdocio para con Dios y el sacerdocio de Dios en favor de los hombres (1 P 2:5 y 9).

Coloquio primero:

La noche era fría, pero no obstaba para que Roura y Graells se encontraran en una encrucijada de calles y ambos prosiguieran hasta la cercana y acogedora casa de Reguant.



Lidia —esposa de éste— cuidaba del fuego de la «llar» a tenor del frío que reinaba. En aquella rinconera sencilla, pero confortable y familiar, habían experimentado vivencias inefables en el dominio de las cosas eternas, y aquel día el inquieto Graells tenía en ejercicio una serie de consideraciones objetivas y bien perfiladas que deseaba presentar a sus hermanos en la fe; consideraciones de actualidad, delicadas, tal vez no muy entendidas y poco escudriñadas. En fin, con esta idea fija en su espíritu apenas cruzaron palabra en el camino, salvo un afectuoso saludo al encontrarse, y en este estado llegaron a la casa donde el matrimonio Reguant les esperaba como de costumbre.

— Buenas noches, amados; como siempre, ¡bienvenidos! Veo que no os acobarda el frío. Traes cara ensimismada y distraída, o preocupada. ¿Pasa algo? —preguntó Reguant.

— No, no pasa nada. Es que estaba absorto en algo que llevo de tiempo ha en mi espíritu y que esta noche deseaba considerar con todos vosotros. Que el Espíritu Santo nos dirija.

— Debe ser algo esencial y muy interesante —dijo Roura.

— A ver —terció Lidia a su vez—, dejadme preparar una tisana y así el calorcillo de la «llar» no os adormecerá, pues, por lo que veo, Graells trae algo que invita a la atención sostenida.

— ¡Oh, son sólo unas ideas sobre una porción de la Palabra en Apocalipsis —se excusó Graells—. En ningún lugar fuera del marco de nuestra intimidad me atrevería a considerar este asunto. Lo presento con todas las reservas de mi parte. Es muy serio para mí y confío en el sostén del Señor y en la benevolencia de mis hermanos. Desearía ser ayudado en esto. Cuando se habla de esta escritura hallo una laguna. No en la escritura, sino en la interpretación. Por mi parte no



puedo adelantarme a dar una respuesta o exponer un criterio definitivo en relación con este interrogante, es decir, interrogante para mí, pero es bien cierto que tengo un pensamiento, aunque tal vez un poco desdibujado. Exactamente se trata de los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis.

—¡Oh, el Apocalipsis! Siempre me he visto tan pequeño ante lo que presenta —intervino Roura—. ¡Cuántas veces lo había considerado un libro cerrado para mí! ¿Entenderlo? Esto era una tarea inasequible. Cuando los hermanos empezaron a considerarlo en las reuniones de estudio de la Palabra —y eso sucedió poco después de mi conversión— tuve una de las más felices experiencias que recuerdo. Aunque la medida de mi conocimiento en las cosas de Dios era tan débil, y aún lo es ahora, bien que la gracia de Dios y la guía del Espíritu Santo me han dirigido a abrir mis oídos y mi corazón, aquellas cosas nuevas, nuevas y ricas, causaron un impacto en mi alma que nunca olvidaré. Recuerdo, como si fuera hoy, la lectura y estudio de los capítulos 2 y 3. ¡Qué precioso y claro quedaba todo! Entonces comprendí el significado de lo que el apóstol Pablo escribe a los Corintios en su primera carta en el capítulo 2: «Acomodando lo espiritual a lo espiritual». Al paso del tiempo obtuve el favor de Dios de ser ayudado por el ministerio escrito. ¡Qué hombres más sabios ha suscitado Dios en favor de los corderos y las ovejas del rebaño de Cristo! Él sabe que precisamos de alimento para nutrir nuestras almas, ¡y a fe que nos lo ha prodigado según la medida de su insondable amor! Finalmente, en estos últimos tiempos parece como si el Espíritu deseara suscitar un anhelo viviente; un anhelo vital en el corazón de aquellos que alaban al Señor, en aquellos que le alaban y le esperan, eso es; pues se trata de esa gloriosa expectativa; nada menos que eso. A tenor de esto que digo, aún están frescas en mi espíritu las semanas y



semanas que hemos dedicado a leer, escudriñar, recordar y comentar con gozo y provecho —creo yo— tantas y tantas Escrituras que nos conducen a pensar en la venida del Señor y a los benditos resultados en favor de todos y distinguiendo el orden: primero para la Asamblea, Esposa de Cristo, después para Israel: «porque los dones y la vocación de Dios no están sujetos a cambio de ánimo.» (Ro 11:29, V.M.), y finalmente para las naciones salvas.

»Además recuerdo que una no menguada porción de tiempo la dedicamos al sugestivo tema que en Apocalipsis 2 y 3 tenemos de «las cosas que son», según la división que presenta el capítulo 1:19 de todo el libro; y en estos dos capítulos tenemos proyectada la historia de la Iglesia y sus resultados en cuanto dejada a la responsabilidad del hombre; pues Cristo como Juez toma cuenta y escudriña todo. Consideramos el carácter que ha manifestado la Iglesia a través del tiempo, e incluso es de notar que en las cuatro últimas Iglesias nos es presentada la venida del Señor como vocación de los vencedores y como recompensa. Es decir, que aunque estas cuatro últimas Iglesias quedan claramente diferenciadas, y aún más, identificadas, y cronológicamente (sin temor a errar mucho) situadas en el tiempo de la historia, colateralmente permanecen hasta la venida del Señor, y sin duda aún más allá, pues su masa profesante, sin vida, quedará en la tierra después del arrebataamiento de los verdaderos creyentes. ¿No quedó todo claro y extensamente considerado? ¿No aceptamos lo que cada Iglesia representaba y los movimientos que el Espíritu suscitó y que tanta analogía guardan con el carácter de estas asambleas locales en su tiempo?

Podemos regocijarnos de que el bueno y humilde Roura se expresara así. Los siete años transcurridos no habían sido en vano. La medida de su conocimiento era patente. Conocía



la Escritura de Hebreos 5:11 al 14 y él, desde un principio, se había propuesto tomar una posición a los pies del Maestro, no para ser un inmovilista, sino para progresar.

—Así pues —continuó— tenemos una sana curiosidad, o mejor dicho, unos vehementes deseos de escucharte, al menos yo.

—Nosotros también tenemos no solamente deseos —terció Reguant con su esposa—, sino necesidad. Las cosas de Dios son serias; solemnes. Entremos, pues, en el tema propuesto por nuestro hermano, orando en primer lugar, pues sin la ayuda y la dirección del Espíritu nada podríamos. Correríamos el riesgo de ser conducidos por nuestros propios pensamientos, aunque éstos sean bienintencionados. Nosotros precisamos en éste, como en todo negocio, gobernarnos con la mente de Dios.

Reguant elevó pues «al Padre de las luces en quien no hay mudanza ni sombra de variación» la petición de una «dádiva» para sacar provecho de lo que Graells presentaba a los hermanos.

—Opino —dijo Graells empezando— que no existen demasiados escritos en que uno pueda apoyarse para ser ayudado en el estudio del libro del Apocalipsis. Comentarios, análisis, sinopsis, estudios, etc. existen bastantes, pero una exposición seria sobre el tema ya es otra cosa. En vez de traducir a nuestra lengua las excelentes obras que sobre este tema existen, debidas a la pluma de ilustres hombres de Dios, han sido dadas a la imprenta obras mediocres, plagios en su mayor parte, más o menos disfrazados, o relatos que por su ordenamiento y fantasía no merecen la pena ser leídos. Gracias a Dios tenemos ya una obra titulada El Apocalipsis. Está destinada a la ayuda del cristiano en la lectura de este libro de la Biblia. No es muy extensa, pero sí condensada y profun-



da, como todas las obras de este autor. Fue escrita por J. N. Darby (1800-1882).

»Pero a pesar de esta proliferación de obras no recomendables, sin interés, ni base, ni sustancia espiritual ni rigor interpretativo, tenemos algunos trabajos que verdaderamente se recomiendan a la mente, al corazón y la conciencia. Su autoridad consiste precisamente en esto: cuando se leen, tienen poder sobre estas tres condiciones interiores del hombre.

»Al hablaros así lo hago porque tengo que hacer uso, recordando lo que muchas veces ya hemos leído y estudiado, ayudados por el ministerio de estos siervos de Dios.

»Refiriéndose a las siete Iglesias de los capítulos 2 y 3, hace ya más de un siglo uno de ellos escribió: “Mientras que evidentemente estas cartas a las Iglesias son de aplicación universal para cada uno que tiene oídos para oír, y no se dirigen a la conciencia general de la Iglesia, sin embargo no tengo duda alguna de que las siete Iglesias representan la historia de la cristiandad; la historia de la Asamblea bajo la responsabilidad del hombre. Lo prueba el hecho de que el juicio sobre el mundo viene inmediatamente después de estas epístolas (siendo las Iglesias ‘las cosas que son’), y también el carácter que presentan las mismas, empezando por el abandono del primer amor, terminando por la exhortación a ‘retener lo que tienes’ hasta la venida de Cristo, y después el rechazo final de la profesión. La elección del número siete, que no puede significar una cosa completa en un mismo instante dado porque los estados descritos son diferentes; la alusión a la venida de Cristo y la mención hecha de la gran tribulación en la carta a Filadelfia, tribulación que debe venir sobre la tierra; el objeto indicado con claridad en la advertencia a la Iglesia, es decir, la venida de Cristo, habiendo de ser el mundo de entonces la escena de los juicios: todo esto no deja duda alguna sobre el



hecho de que las siete Iglesias representan las fases sucesivas de la historia de la Iglesia profesante, aunque no sean exactamente consecutivas; yendo la cuarta hasta el final, así como las otras tres que la siguen y que continúan de una manera colateral” (J. N. Darby). Todo esto es tanto más sorprendente, así como todo lo que este amado siervo de Dios escribió tocante a las profecías en general y lo relativo al Apocalipsis en particular (lo cual fue mucho) por el hecho de que a pesar de la oposición que halló entre los altos cargos de las Iglesias nacionales protestantes (había un andamiaje de escritos de interpretación profética que no resistían un examen serio) las almas consagradas al estudio de la Palabra, y cuya esperanza estaba y está en la venida del Señor para su Esposa, han aprovechado con bendición este rico ministerio que ha llenado directa o indirectamente de conocimiento a todo el mundo evangélico. Se conozcan o no los orígenes de sus profundos escritos, los creyentes que están al corriente, sea en parte o ampliamente en lo relativo a las profecías, todos han bebido de este ministerio. Los expositores siguientes han matizado, han sido usados para simplificar, para hacer énfasis sobre ciertos elementos de la profecía, etc., pero el núcleo de sus escritos tiene un origen indiscutible: el ministerio de J.N.D.

—Yo, ateniéndome a lo que conozco y generalizando, sin afirmar o hacer uso de términos absolutos (pues no poseo un monopolio de información exhaustiva), pienso que también es así —confirmó Reguant.

—Hay otras estimaciones que siguen en su esquema más o menos esta línea, lo cual me gustaría añadir a lo acabado de exponer, a título de información, y después entrar en el fondo de lo que nos ocupa en estos momentos —prosiguió Graells—. Por ejemplo, H. L. Heijkoop, un hermano holandés, escribió una obra sustanciosa e interesante por la gran



cantidad de citas bíblicas que aporta, la cual ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos el castellano. Se titula: El Porvenir según las profecías de la Palabra de Dios.

—¡Ah, sí, la conozco! La he leído dos o tres veces: me gusta mucho —terció Roura—. Si la memoria me es fiel, creo que este hermano estuvo en Vilargent poco después de conocer yo al Señor, y aún dio alguna conferencia.

—No, en Vilargent no estuvo, pero sí en otras localidades del país. Hace ya años, recuerdo muy bien —respondió Reguant—. Ahora debe ser ya un anciano por la edad. Esta obra tiene su interés en que clasifica los temas en relación con el porvenir. El sumario ya lo aclara. A mí lo que más me llamó la atención y estimo como un valor que resalta de forma positiva, sin minimizar al resto de todas formas, fueron los capítulos primero y segundo, es decir, la introducción a la investigación de las profecías, y el método de investigación. Están en su verdadero lugar y tienen valor aun sin el resto de la obra, pero callo. Sigue, sigue Graells; y perdona que te interrumpamos.

—Nada de interrumpir. Os doy las gracias. Está muy bien y esto me anima, pues veo que todo va cobrando interés para vosotros. Heijkoop escribe así —prosiguió Graells—: «En los capítulos 2 y 3 del libro del Apocalipsis, tenemos una descripción profética de la historia de la Iglesia. No como los hombres la ven y la juzgan, sino como la ve «el que tiene los ojos como llama de fuego». El mismo Señor Jesús. Más tarde hablaremos de esto con más detenimiento. A continuación da una breve reseña de esta historia, tipificada en estas siete Iglesias de Asia Menor, y finaliza diciendo: «Hemos recorrido la historia de la Iglesia tal como la contempla el Señor Jesucristo, y podemos notar que en estos postreros tiempos las cuatro últimas Iglesias permanecen aún:



- »TIATIRA: La Iglesia romana.
- »SARDIS: Las Iglesias protestantes del Estado.
- »FILADELFA: El Residuo Débil.
- »LAODICEA: La cristiandad tibia en las Iglesias Libres y grupos fuera de las dos primeras.

»Tomando nuevamente el tema, esta vez con más extensión, dice: “Como vimos anteriormente, los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis nos dan una visión profética de la historia de la Iglesia. No de la Iglesia como cuerpo de Cristo, compuesto exclusivamente de convertidos, sino en cuanto a su responsabilidad como testimonio de Dios aquí en la tierra. Está representada bajo el símil de siete candeleros de oro, y no por un candelero de siete brazos, que se encontraba en el Tabernáculo. Aquí pues se acentúa la responsabilidad particular de cada Iglesia como portadora de luz.

La división del Apocalipsis es generalmente conocida, ya que la misma Palabra de Dios la indica en el cap. 1:19:

- a. Las cosas que has visto. (Cristo como Juez).
- b. Las cosas que son.
- c. Las cosas que han de ser después de éstas.

Según el capítulo 4:1, la tercera parte, «las cosas que han de ser después de éstas» comienza allí. Por consiguiente «las cosas que son» abarca los capítulos 2 y 3.

En el capítulo 4, vemos que los creyentes glorificados están en el cielo. No se trata, por lo tanto, solamente de fieles muertos, sino resucitados y glorificados, pues llevan ropas blancas y sobre sus cabezas hay coronas de oro.



Sabido es que no somos coronados al momento de haber muerto, sino después de la resurrección. En Apocalipsis 6:9 se establece una distinción en cuanto al grupo que se menciona allí: «debajo del altar». Se trata de «almas».

De lo mencionado pues resulta que en Apocalipsis 2 y 3 tenemos una descripción del estado de la Iglesia visible, desde la era apostólica hasta su recogimiento o raptó, exégesis confirmada por las siguientes consideraciones:

1.º — Todo el libro del Apocalipsis es profecía (1:3), y por consiguiente los capítulos 2 y 3 que nos ocupan.

2.º — Las cartas no debían enviarse por separado a las Iglesias, sino que la totalidad de ellas habían de enviarse a cada Iglesia (1:11). Además, al final de cada carta se repite que «el que tiene oídos para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias», y no lo que el Espíritu dice solamente a aquella Iglesia en particular.

3.º — El número siete es característico en el Apocalipsis. Nos habla, en efecto, de siete Iglesias, siete sellos, siete trompetas, siete copas, siete espíritus de Dios, etc. Sabido es, asimismo, que dicha cifra es símbolo de perfección espiritual y en particular de la perfección de las cosas divinas. Así, en siete días Dios lo hizo todo y «vio que era bueno» (Gn 1:31). Se trata pues en estos capítulos de la Iglesia en cuanto a su responsabilidad, considerada como obra de Dios.

4.º — Las siete cartas han sido visiblemente redactadas según un plan determinado e indican un orden moral en el curso de la decadencia.

5.º — Notemos, por fin, que Dios da, en varios lugares de las Sagradas Escrituras, un compendio profético en siete imágenes o cuadros sobre determinada dispensación, como lo tenemos por ejemplo en Levítico cap. 23 y Mateo cap. 13”.



»Antes de terminar lo que transcribo de este autor, deseo intercalar lo que el Sr. Darby dice en relación con el número siete y otros — dijo Graells haciendo una pausa.

»En su estudio sobre el Apocalipsis, comentando el capítulo 13, hay un párrafo que dice lo siguiente: “La bestia es el Imperio romano original, pero grandemente modificado y bajo una nueva forma. En sus siete formas de gobierno o cabezas existe la plenitud perfecta, pero se compone de diez reinos, lo cual indica, no lo dudo, la imperfección administrativa de su conjunto. Tiene diez cuernos; es incompleto. Siete marca la plenitud de un género más elevado. El Cordero tiene siete cuernos; la mujer, doce estrellas sobre su cabeza. Siete indica la perfección en sí misma; doce, la perfección administrativa en el hombre. Siete es el número primo más elevado; doce, el más perfectamente divisible compuesto de los mismos elementos pero multiplicados unos por los otros, y no reunidos por adición. Cuatro expresa la perfección en una cosa finita; tal un cuadrado, o mejor aún un cubo, el cual es perfectamente el mismo de todas maneras, pero tiene una extensión limitada”.

—Encuentro muy interesante la descripción simbólica de los números —dijo Roura—. Los números tienen un lugar muy importante en la Palabra de Dios, y si conocemos su valor (valor espiritual e interpretativo) nos facilita mucho el conocimiento del plan de Dios. Lo mismo del plan moral que del profético.

—Estoy de acuerdo y prosigo. Me perdonarán los hermanos que me extienda en este preámbulo, pero tal vez nos sirva de ayuda para lo que es de provecho.

—Nada, Graells. No tienes por qué excusarte. Opino que las cosas de Dios son serias. No hemos de tomarlas únicamente por el mero deseo de adquirir conocimientos, sino



para ser impregnados por su sustancia profunda. Para ser formados en nuestra inteligencia, no por una sabiduría ortodoxa solamente, sino para ser involucrados por la acción del Espíritu Santo en las fibras más interiores y sensitivas del nuevo hombre. Todo ello en relación con la mente de Dios. Es por esto que precisamos de un orden tomando las enseñanzas de un conjunto, y cuantos más elementos de apreciación poseamos, mejor. Si no podemos continuar hoy, terminaremos, Dios mediante, otro día. Me parece que merece la pena — concluyó Reguant.

—Sigamos pues, con lo que escribe Heijkoop: «Las siete cartas pueden dividirse en dos grupos. En las tres primeras se dice previamente “el que tiene oídos oiga”, y a continuación viene la promesa “al que venciere”. En cuanto a las cuatro cartas siguientes este orden es invertido. Es como si el Señor hubiera abandonado la esperanza de un regreso de toda la Iglesia a Él, esperando que sólo los vencedores oirán lo que el Espíritu dice a las Iglesias. En estas últimas cartas, el Señor habla también de su Venida, de modo que sabemos que tales estados permanecerán hasta la “Parusia” (Palabra que viene de una voz griega que significa: presencia, llegada, y que en las Escrituras se refiere únicamente a la segunda venida de Cristo). En cada carta el Señor se presenta en relación con el estado de la Iglesia en cuestión».

»El resumen de las siete cartas es el siguiente: daré solamente una pincelada cronológica o posicional de las cinco primeras para proseguir, breve, pero más extensamente con las dos últimas.

»Éfeso “representa el principio de la historia de la Iglesia, o más exactamente un reflejo del período postapostólico”.

»En Esmirna tenemos una clara alusión a las grandes



persecuciones que azotaron la Iglesia durante el segundo y tercer siglo, iniciadas por los emperadores romanos.

»En Pérgamo nos enfrentamos con una situación completamente distinta. La Iglesia no es ya “extranjera y peregrina” aquí abajo, sino que tiene una residencia estable y ésta no se encuentra en el yermo o en la soledad, sino ‘donde hay la silla de Satanás’. Ha buscado sombra y cobijo en este mundo, donde radica el trono del príncipe y dios de este siglo. Esto es lo que vemos en el plan histórico. El emperador Constantino el Grande se declaró abiertamente partidario del cristianismo, que se transformó así en religión del Estado, pero fue a costa de su libertad.

»Tiatira, como hemos dicho anteriormente, tipifica la Iglesia romana.

»Sardis, las Iglesias protestantes del Estado, y finalmente tenemos a Filadelfia y Laodicea.

»La primera, Filadelfia, se caracteriza por dos cosas: una, por haber guardado la Palabra de Dios; y dos, no haber negado el Nombre del Señor Jesús. Estas son precisamente las características del poderoso impulso obrado por el Espíritu Santo después de las guerras napoleónicas, a principios del siglo pasado. A semejanza de la visión de Ezequiel, en muchos países, no sólo de Europa, sino también de otros continentes, el Espíritu de Dios vivificó montones de huesos secos (las almas descuidadas y somnolientas) que había en muchas Iglesias protestantes del Estado, y llevó a una parte de ellas a salir de estas instituciones humanas para volver a la Palabra y al solo Nombre del Señor Jesús.

»Por cierto que no todos rompieron enteramente con las organizaciones y sistemas humanos, ya que no todos tenían igual medida de luz acerca de los pensamientos de Dios. Pero había ciertamente un afán de andar con la luz que uno poseía



según los principios divinos. ¡Qué enfervorizados se sienten nuestros corazones al pensar en aquellos hombres que se entregaron por completo al servicio de Dios, que sondearon la Palabra de Dios para recibir sabiduría, recorriendo después con fe inquebrantable, y con Él, el camino desconocido! Los pensamientos del Señor acerca de este movimiento los tenemos en Apocalipsis capítulo 3:7-13. Filadelfia y Esmirna son las únicas cartas en las cuales no se encuentran cosas reprobables. El Señor mismo se presenta a ellas dando a los vencedores las más preciosas promesas.

»Pero, como en todo, el hombre ha fracasado aquí también. Aunque Filadelfia quedará hasta la venida del Señor y entonces será recogida por Él, se trata aquí de un residuo pequeño y débil. La gran masa de Filadelfia no ha vencido y no ha guardado lo que tenía. De ella ha nacido... Laodicea».

Aquí el autor describe el triste cuadro de esta Iglesia, tal como ella pretende ser y tal como Cristo la ve.

«Laodicea es allí donde se ha apropiado la gracia y arrogado la posición de un cristiano; donde el lenguaje del cristiano es de uso corriente y exteriormente la posición de la Iglesia está en orden, empero donde se encuentra todo esto sin ejercer influencia alguna sobre el alma. ¿No está descrito aquí nuestro estado presente, de manera conmovedora, aquella situación cuyos principios arrancan de Filadelfia? ¿No nos hemos acaso vuelto tibios y mundanos? La buena vida, mayores comodidades, la prosperidad material, ¿no nos han hecho miedosos de sufrir y algo perezosos en lo que se refiere a las cosas del Señor? La presencia del Señor Jesucristo, el Testigo Fiel y Verdadero, ¿es todavía una realidad práctica en la vida de nuestra congregación o asamblea?

»¿Y cuál es la situación de los que profesan reunirse solamente en su Nombre y según su Palabra? ¿Lo hacemos de



verdad? ¿Qué autoridad tiene, y hasta qué punto en verdad, Su Palabra para nosotros? ¿O tendrá el Señor que decirnos también: “He aquí estoy a la puerta y llamo”? ¡Hermanos, Él busca la verdad en lo íntimo del corazón y los meros formalismos no tienen ningún valor!

» ¡Cuánta vergüenza nos ha de dar cuando consideramos lo que hemos hecho del testimonio que Dios nos ha confiado! Quiera el Señor darnos un espíritu quebrantado y un corazón contrito y humillado (Sal 51) para que nos sujetemos, y con sinceridad confesemos nuestro pecado delante de Él».

— Ya veis cuán solemne es todo esto. En particular, dirijo vuestra atención a estos últimos párrafos.

» Así como la obra del Sr. Darby tiene por lo menos cien años, esta es, podríamos decir, de actualidad. No rebasa los treinta años. Está escrita después de la Segunda Guerra Mundial. La traducción castellana vio luz hace aproximadamente veinte años.

» H. A. Ironside compaginó unas notas muy interesantes de unas conferencias que dio sobre el Apocalipsis. La edición castellana fue traducida en Buenos Aires por B. Montllau y familia. Es un extracto, no sé si más o menos extenso, pero suficiente para darse cuenta del esquema y la interpretación del autor. La traducción se remonta a 1935 y las conferencias originales datan de a partir del final de la Gran Guerra de 1914-1918, según se desprende de su lectura. Es pues una obra intercalada, en el tiempo, entre las dos citadas anteriormente.

» De Filadelfia opina así: “Esto nos trae, sin duda, a lo que podemos llamar el periodo de avivamiento. Después de la Reforma hubo un tiempo cuando un formalismo frío y sin vida parecía prevalecer en todos los países protestantes, una era en la cual los hombres se contentaban simplemente con



confesar un credo y, como se ha dicho ya, suponían estar unidos a la Iglesia por el bautismo. Pero en los siglos XVIII y XIX vino una gran bendición sobre todos los países donde anteriormente había penetrado la Reforma. Dios volvió a obrar con poder. Hubo maravillosos despertamientos en el norte de Europa y en las Islas Británicas. Medio siglo después, el mismo gran poder empezó a manifestarse en América. Siervos del Señor llenos del Espíritu, llamando a los pecadores a arrepentimiento, y a los creyentes para que despertasen a sus privilegios, sembraron la Palabra. Un poco más tarde, a principios del siglo pasado, Dios, de una manera especial, empezó a hacer comprender a muchos de su pueblo el valor de su Palabra y su sola suficiencia como guía para los suyos en este mundo. Esto llevó al reconocimiento de que Cristo es el centro de reunión para su pueblo, y, por amor de su Nombre, miles se congregaron en simplicidad, buscando solamente ser guiados por la Palabra de Dios.

“No debemos entender que cualquier movimiento o asociación de creyentes es en sí Filadelfia. Pero así como Sardis nos presenta a las Iglesias nacionales de la Reforma, así también Filadelfia presenta a aquellos en el Protestantismo que dan énfasis a la autoridad de la Palabra de Dios y a lo precioso del Nombre de Cristo. Si una compañía de creyentes pretendiese ser Filadelfia sería una pretensión detestable, y Dios ha desbaratado evidentemente tal presunción”.

»El autor, que fue un cristiano conocido entre el pueblo de Dios, desarrolla la descripción de Filadelfia más ampliamente que en el caso de las otras Iglesias (tal como hizo en su tiempo el Sr. Darby y cual corresponde a una Iglesia aprobada por el Señor en estos tiempos del fin), y en términos generales usando un esquema bastante similar (no se puede pasar por menos), bien que con un estilo más simple y ma-



tizando algún versículo, por ejemplo 3:7, en un sentido no contradictorio, pero diferente, y eso lo hallamos a menudo a lo largo de la obra.

»Destaco el hecho del espacio dado a Filadelfia por considerarlo interesante. Filadelfia representa, lo que aun en debilidad, responde al corazón y a los propósitos de Dios. Esto es innegable. Siendo esta Iglesia típica de una que en el tiempo llegaría hasta el fin, mejor dicho, hasta la venida del Señor, en el estudio de la misma conviene prestar destacada atención, pues no existe otra en que, conjuntamente, se den los rasgos de un testimonio para estos días del fin.

»De Laodicea dice “que completa esta serie septenaria y nos lleva a la última condición de la Iglesia profesante en la tierra, el final de la presente dispensación.

El período de Éfeso pasó hace mucho tiempo, y lo mismo es verdad de los períodos de Esmirna y Pérgamo. Tiatira, que como hemos visto, habla de la Iglesia de Roma y empezó cuando el Papa fue reconocido como el Obispo universal, está todavía aquí y permanecerá hasta el fin. Sardis, que empezó siglos más tarde, permanece hasta ahora y quedará hasta la venida del Señor. Filadelfia, a Dios gracias, también está aquí, y aunque tiene sólo un poco de potencia permanecerá hasta la venida del Señor. Pero Laodicea está más y más en evidencia, y parece arrastrar todo lo que es de Dios”».

»Ahora no podemos comparar o cotejar estas opiniones variadas o afines, pero todo debe servirnos de ayuda, y es con este propósito que lo presento a los hermanos; pero aún no he terminado —dijo Graells—: ¿queréis que hagamos una pausa y lo dejemos para otra noche?

—Tal vez será mejor —dijo Reguant—. Esto nos dará la oportunidad de meditar y orar. Encuentro todo esto muy interesante y serio a la vez. No es preciso que apuremos el



tiempo precipitadamente. Hagamos las cosas con calma y solemnidad en la presencia de Dios.

—Yo me quedaría aquí toda la noche. Me acuerdo que Pablo alargó el discurso hasta medianoche. Claro que él había de irse al día siguiente y nosotros no nos movemos ordinariamente de aquí. Estoy de acuerdo, hermano Reguant, estoy de acuerdo y además Lidia tiene que arreglar todo como siempre.

—Por favor, Roura —repuso Lidia— no se preocupe. Uds. no dan trabajo. ¡Son tan bendecidos estos encuentros! Cuando más se necesita al Señor, Él responde. Pueden irse a descansar tranquilamente, y gracias por honrarnos con la visita.

Roura oró al Señor con la simplicidad de un niño — como agrada a Dios— y con la inteligencia de un hombre en Cristo; en disposición espiritual para ser boca de sus hermanos, los cuales dijeron todos con solemnidad y respeto: amén.

Concertaron otra noche y salieron Roura y Graells despidiéndose del acogedor matrimonio. Bien abrigados, silenciosos, prosiguieron su camino embargados sus corazones en lo que había sido presentado. En la misma encrucijada, esta vez solitaria, en donde se encontraran, se despidieron.

—Que Dios te bendiga, Graells.

—Gracias, y a ti también. Buenas noches. —Y fueron cada cual a su casa.

En el paréntesis que nos ofrece el primer encuentro con el segundo concertado podemos darnos cuenta de que nuestros hermanos poseían y tenían de las cosas del Señor un concepto muy serio. En una palabra: el temor de Dios los gobernaba.



No eran de los que llamaban al mal, bien, ni al bien, mal. Su situación en el testimonio no era dependiente de los hombres. La experiencia les había enseñado que el hombre que confía en el hombre o va tras el hombre está perdido (Jer 17:5). No solamente esto, sino que uno no puede estribar ni en su propia prudencia (Pr 3:5-7).

Como Pablo, estaban contentos y daban gracias a Dios por las almas salvas, fueran cuales fueran los medios o motivos que usaban los que predicaban o anunciaban el Evangelio (Fil 1:15-18), pero ellos no estaban dispuestos a usar cualquier medio, y menos aún a hacerlo por inconfesables motivaciones. No gozaban de muchas simpatías, ni tenían demasiado prestigio en el mundo «evangélico oficial», y menos aún entre los llamados «líderes», pero esto —aunque les daba pena— no les producía ningún cuidado. Si alguien sentía interés, o aun curiosidad, respondían y testificaban. ¿Quién sabe lo que puede producir una palabra «sazonada con sal»?

Y en este preludio de apostasía que se adivina, también «predicaban la palabra e instaban a tiempo y fuera de tiempo», sabiendo que se avecinaba la hora en que «apartarían de la verdad el oído y se volverían a las fábulas» (2 Ti 4:24).

Habían aprendido a esperarlo todo solamente de Dios. Los fracasos habían sido excelentes maestros. «Las señales del azote son medicina contra el mal, y sus llagas llegan a lo más hondo del corazón» (Pr 20:30). Individualmente, habían experimentado Hebreos 12:5-13, y este compendio de enseñanzas positivas en sus propias circunstancias les capacitaron para andar humillados ante Dios, y les enseñaron a no tener de sí otro concepto que el que tuvo Job al final de su propia experiencia. No hay duda de que conocían la cruz; el grande privilegio de la victoria del cristiano (Gá 6:14). Seguramente unos en una medida y otros en otra, pero la conocían. Y en



esta medida (la medida de cada cual), «el mundo les era crucificado a ellos, y ellos al mundo».

En este tiempo, esto es tanto más interesante por cuanto, generalizando, es bien extraño contemplar un cristianismo con vivencias positivas. No negaré que algunas haya. Líbreme Dios de negar la gracia que convierte en triunfadores a pobres seres cual nosotros. Yo mismo he conocido a quien podía repetir con el apóstol: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gá 2:20); pero, desgraciadamente, no es el estado habitual del creyente en la hora actual.

El estado de tibieza es lo que entristecía a nuestros amigos. No eran perfectos, no es preciso repetirlo, pero tibios no, tibios tampoco lo eran. No es pues de extrañar que el sujeto de la meditación de Graells cobrara interés en el corazón de todos.

Coloquio segundo:

—No puedo silenciar una obra extendida de incisiva actualidad—. Estaban nuevamente juntos y, habiéndose encomendado a la dirección del divino Maestro, Graells proseguía en el punto que dejaron pendiente la noche en que se despidieron. —Bueno, no se trata de la obra en sí sino de unos párrafos que estimo interesantes para lo que nos ocupa. Se trata de “La odisea del futuro”, del señor Lindsey. —He leído este libro —dijo Reguant—: ya sabéis que todo lo que se escribe sobre estos temas me interesa. Nos interesa a todos y no solamente la profecía, sino todo lo demás. No hemos de



adquirir conocimiento de unas cosas en detrimento de otras. Estimo que el equilibrio debe gobernarnos, pero las circunstancias, estados, situaciones, hechos, etc. requieren en su momento dar mayor relieve a unas cosas que a otras, y esto a tenor de nuestras necesidades. No es que debamos programar las cosas, pero existe un orden espiritual que nos conduce a realizar lo que agrada a Dios. Esto solamente puede ser producido por el Espíritu Santo: «Él os guiará, os recordará, os enseñará», lo que deja de lado cualquier otro magisterio. Seguramente estos días están caracterizados por el fin de una dispensación. Fuera de desear que los afectos de los santos (afectos muchas veces adormecidos o descuidados) se volvieran en dirección a la persona del Señor Jesús y a su venida: «Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hch 1:11).

»El interés particular por lo que concierne al final de este tiempo de gracia, y la puesta en marcha del reloj profético, arranca del hecho bendito de que el Señor está para venir. Todo lo que rodea, precede o sigue a esta maravillosa realidad es de un valor inefable para el corazón. Se trata más bien de los afectos que de la inteligencia. Prefiero saber que Él vendrá, más que cómo vendrá. Pero esto último también tiene un precio para mí. Como dice Darby: «Sea cual fuere la gloria de Aquel con quien estamos en relación, es lo que Él es para mí, la intimidad de mi relación con Él lo que me viene al corazón cuando su gloria es proclamada. Si un general victorioso pasea en triunfo a través de una ciudad, el sentimiento de su hijo o de su esposa será: es mi padre, es mi esposo.

»La redacción de este libro entiendo que toma otra dirección, bien que no descuida tampoco este hecho bendito, y está situado ante el lector que sea, como presentando unas perspectivas para el futuro nada halagüeñas; barriendo todo



optimismo que los hombres puedan edificar por medio de sus enfermas imaginaciones o por los deseos de sus tornadizos corazones. Este sistema puede parecer poco persuasivo o poco convincente, pero en esto tengo mi opinión bien definida. El estado general, el estado de ánimo, de mente y de vivencia en los días que peregrinamos no está precisamente caracterizado por una predisposición a la reflexión, al temor santo o a la meditación seria. Antes bien, una ola de subversión, de contestación, de tibieza, de fría indiferencia y de irresponsabilidad gobierna todas las esferas sociales, según el caso, y también al individuo.

»Sólo un violento revulsivo que opere directamente en las conciencias puede poner en marcha el organismo atrofiado del hombre interior, y esto creo que es lo que se propone el autor de “La odisea del futuro”. Libro dirigido a las masas frívolas de la cristiandad profesante, a las masas muertas espiritualmente que yacen en la indiferencia y que corren —si no despiertan— el peligro de ser sorprendidas como por un ladrón en la noche. Un aviso también para los incrédulos y los burladores.

»Dios determina o permite que el hombre se gobierne por su libertad e independencia. ¿Cuáles son los resultados? Las fuerzas que le han sido dadas (aunque él crea que proceden de sí mismo: ignorante y culpable pretensión) pueden servir un día para la destrucción de la frágil criatura y de todo el sistema que ha edificado. Su quimera de control, dominio y gloria que reivindica (soberbia al fin) se deshará como el polvo que constituye su propia y vergonzosa envoltura. Este es el fin del hombre tal como lo vemos. ¿Y después qué? «Está establecido que los hombres mueran una vez y después el juicio». Esta escena futura que no puede desvirtuar ni el más refinado racionalismo, ni la más grosera incredulidad,



pues Dios lo ha determinado así, como Juez justo que es cerrará definitiva y eternamente la suerte de los insensatos que edificaron su casa en la arena, y de los que habiendo tenido oídos para oír, no oyeron.

»El esquema profético de esta obra me parece correcto. En cambio la explicación del esquema no puede satisfacer demasiado a creyentes seriamente identificados con el quehacer profético, ni puede aportarles elementos de rigor interpretativo, pero siempre permanece lo que hay de positivo. De todas maneras, como el autor confiesa, su libro no pretende desplazar a los buenos comentarios que él conoce y posee en su biblioteca. Me hubiese gustado que diese el nombre de sus autores.

»Repito, pero, que en este tiempo, y para un numeroso y determinado público, este libro puede ser útil. Que Dios lo bendiga, así como todo lo que está escrito con esta finalidad.

»También he oído una conferencia por el mismo autor y sobre el mismo tema. Está, como el libro, condicionada al estado de sus oyentes, y por lo tanto me gustó, teniendo en cuenta esto. Por otra parte, en el señor Lindsey se trasluce claramente un creyente ortodoxo capacitado para desarrollar su servicio en el área que le es propia. Esto es de agradecer a Dios en un tiempo sobrado de pretensiones y falta de realidades.

—Gracias, Reguant —dijo Graells. Hubiese hecho un pequeño resumen, pero te agradezco la intervención. Has analizado concisa y exactamente, y más explícitamente que yo no hubiera hecho, el andamiaje de esta obra. Me abstendré pues de hacerlo yo, pero deseo insertar un breve pasaje de la misma para constancia, ya que tiene interés para el estudio del tema que nos ocupa: «En estas siete Iglesias típicas vemos las características predominantes de siete eras sucesi-



vas en la historia de la Iglesia. Los aspectos proféticos nunca fueron comprendidos claramente hasta que gran parte de la historia se hubo desarrollado, pero ahora, cuando miramos hacia atrás, podemos ver extraordinarias similitudes entre las características de cada Iglesia del Apocalipsis y los diversos períodos de la historia de la Iglesia hasta el tiempo presente». Este párrafo lo encuentro muy positivo y explícito; solamente hallo la laguna que deja en blanco el hecho de que las cuatro últimas colateralmente llegan hasta el fin.

»El hermano Lindsey da unas fechas a cada una de las sucesiones históricas que corresponden más o menos a las fases que tipifican la marcha de la Iglesia responsable sobre la tierra. La fecha para Filadelfia es de 1750 a 1925. Esto da entrada al avivamiento de los tiempos de Wesley, tal vez como preámbulo “al clamor de media noche: He aquí el esposo viene; salid a recibirle” (Mt 25:6), y de otras doctrinas que siendo vitales en la era apostólica, yacieron en el olvido durante siglos y que ni en la Reforma fueron recobradas. Lo digo a título informativo y no para objetar cualquier cosa. Ironside apunta también en esa dirección. Heijkoop parte de principios del siglo pasado después de las guerras napoleónicas, y, por razones obvias, Darby no reivindica una fecha determinada en este caso particular.

»Laodicea tiene asignado el período 1900-Tribulación. Es de notar que tratándose de la Iglesia profesante su fin no es contemplado por el arrebatamiento, sino que queda aún en la tierra cuando la Iglesia del Señor es arrebatada.

»En relación con la profecía y su interpretación, no podemos pasar por alto la noticia, conocida de todos nosotros, pero olvidada a veces, de una obra escrita seguramente aún en el siglo XVIII y publicada en el XIX. En un trabajo aparecido en 1955 en “Vida Cristiana” leemos lo siguiente: ‘La Venida



del Mesías en Gloria y en Majestad'. El título que antecede es el de una célebre obra publicada a principios del pasado siglo XIX cuya lectura encontró insospechados ecos en diversos sectores de la cristiandad. Muchos la consideran como 'el clamor de medianoche' que vino a sacar del letargo espiritual a miles de almas, recordándoles que el Mesías, Cristo Jesús, estaba acercándose a cada momento, preciosa verdad caída entonces en el olvido más completo.

»"Cosa extraña, su autor era un sacerdote jesuita de Sudamérica, poco influenciado, desde luego, por el espíritu de la Compañía. Llamábase Manuel Lacunza, nacido el 19 de julio de 1731 en Santiago de Chile, el cual ingresó a los dieciséis años en la Sociedad de Loyola. En 1767, expulsados los jesuitas de los Estados españoles marchó a Italia donde hizo vida solitaria. El 17 de junio de 1801 se le encontró muerto sobre la ribera del río que baña la ciudad de Imola.

»"Lacunza, que escribió su libro bajo el seudónimo hebraico de Juan Josafat Ben Ezra, dice que él se propone cuatro cosas:

»"1. Hacer conocer la adorable persona de Jesucristo.

»"2. Promover entre los eclesiásticos la afición al estudio de la Biblia.

»"3. Corregir la incredulidad.

»"4. Consolar a los judíos, sus hermanos según la carne».

»"La Venida del Mesías en gloria y en majestad' fue publicada por primera vez, al parecer, en Cádiz, por F. Tolosa en 1811. Al año siguiente estaba prohibida por la Inquisición, próxima a desaparecer. Desde esta fecha hasta 1826 tuvo nada menos que diez ediciones en España, Méjico, Estados Unidos, Italia, Francia y Gran Bretaña. Una traducción inglesa dio a luz en Londres (Ed. Irving, 1827, 2 vol.)".



»A continuación hay unos extractos que no estimo útiles para el tema que nos ocupa, pero que sí lo son desde el punto de vista dispensacional y profético, y más teniendo en cuenta la fecha en que fue escrito. Lamento no poseer la obra. Hace muchos años leí amplios extractos en una revista evangélica española que apareció con anterioridad al 1936 y que se titulaba “El evangelista”. Después he oído comentar su posible influencia sobre los siervos de Dios que en Inglaterra y a partir de 1830, tal vez, empezaron a escudriñar estos temas y otros relativos a la Iglesia, siendo abundantemente bendecidos en la interpretación de las Sagradas Escrituras por la guía y la acción del Espíritu Santo.

»Es a partir de entonces —como dije en un principio—, que la profecía fue entendida inteligentemente por el pueblo de Dios o, por mejor decir, por individuos que forman parte de este pueblo. No todos aprovecharon esta rica bendición que el Espíritu ponía al alcance de los santos. Los viejos esquemas de interpretación —que confundían más que esclarecían— fueron defendidos por sus veladores pero gracias a Dios, lo que en aquel tiempo era del dominio de unos pocos ejercitados por el ministerio de aquella generación y la otra subsiguiente, ha llegado hasta nosotros alcanzando resonancia en más amplios círculos cristianos que en su origen, siendo a la par aceptado por muchos y habiendo llevado a la luz a otros que se aferraban a interpretaciones que no resistían un elemental examen bíblico.

»Otra obra, no muy extensa pero fecunda, y también del siglo pasado (1851), fue la compilación de ocho conferencias dadas en común por W. Trotter y T. Smith y que recibió el título de “Ocho lecturas sobre la profecía”. Dada a la im-



presenta una traducción al castellano, no muy correcta, queda compensada por el valor de este libro, siempre de bendecida actualidad. Discurre ampliamente sobre el tema del “premilenarismo” en contraste con el entonces ampliamente difundido y aceptado “postmilenarismo”, doctrina errónea que sitúa la venida del Señor a por su Iglesia después del milenio, lo cual da lugar a situar los acontecimientos proféticos narrados en Apocalipsis cap. 4 al 19 y otras numerosas porciones de la Palabra en las vivencias de la historia profana durante estos veinte últimos siglos: es decir, en el tiempo de la gracia. Esta doctrina aún se sostiene en el monolítico sistema tipificado por Tiatira, en el cuarteado de Sardis, y en algunas sectas provenientes de este último.

»A la luz de la Palabra, esta postura es insostenible, y esto ha dado lugar a que multitud de hermanos piadosos que estaban en el error — en la mayor parte de las veces por herencia posicional— hayan aceptado este bendito ministerio que sitúa a los hijos de Dios en el mismo plano de la feliz expectativa de “Arrebatados por el Esposo, vuelven con el Rey”.

»En relación con esto, que de forma general entra en lo que comúnmente conocemos por la expresión de “dispensacionalismo” (doctrina bíblica relacionada con las diversas economías), no quiero pasar por alto que Charles Caldwell Ryrie, escritor evangélico contemporáneo, ha escrito un libro importante titulado “Dispensacionalismo hoy”. Ha escrito también otros libros, entre ellos un comentario del Apocalipsis, pero para lo que nos ocupa no vamos a trasladar ningún párrafo del mismo, pues los pasajes relacionados con las siete iglesias son breves y apenas rozan el examen interpretativo.

»Pero volviendo a “Dispensacionalismo hoy”, debemos opinar que el autor —según se desprende por esta obra— a



la par de su erudición tiene una fuerte dosis de sencillez y comedimiento, y como señala el introductor de la obra (que le conoce personalmente) “muestra su caballerosidad y sensibilidad”, confirmando otro comentarista “que trata con franqueza y cortesía a los críticos del dispensacionalismo”.

»He leído esta obra con interés, y soy de la opinión de que sí es cierto que trata cortésmente y hace gala de caballerosidad y franqueza con los opositores del dispensacionalismo. A mi modo de entender, le falta algo de rotundidad (tal vez es la opinión de un latino frente al comportamiento anglosajón), toda vez que es un hombre convencido de lo que escribe y que conoce el pro y el contra de lo que existe escrito sobre tema tan interesante. Es una obra recomendable, en particular para los hermanos iniciados en estas disciplinas. Parte de su obra se refiere al señor Darby y a su incidencia en el dispensacionalismo. No diremos exactamente que se trate de una apología, pero sí que sitúa el ministerio de este honrado siervo de Dios en una posición equilibrada y reivindicativa, haciendo una crítica justa y ponderada frente a los ataques irresponsables de que ha sido y aún es objeto.

»Obra traducida al castellano (y bien traducida), circula bajo el sello de la Editorial Portavoz, y, entre otros lugares, se halla en depósito en la Librería Evangélica, c/. Camelias 19, 08024 Barcelona, España.

»Pero existen aún otras obras altamente recomendables, debidas a la pluma de insignes hombres de Dios, que nos ayudan sobremanera en el estudio de las siete Iglesias del Apocalipsis, y en particular de las cuatro últimas. Por ejemplo: William Kelly (1821-1906), de quien un hermano ya con el Señor (Paul F. Regard) informaba que había sido un universitario y hebraísta reputado, autor de numerosas obras de primer orden sobre el Antiguo y Nuevo Testamento y redac-



tor de una importante revista. Principal colaborador e íntimo amigo de John Nelson Darby (recopilador también de su vasta obra), éste decía de él que ningún otro hermano se había identificado tan profundamente y tan de cerca con su pensamiento como el señor Kelly.

»Una de sus obras importantes es el “Estudio sobre el Apocalipsis” (última edición revisada por el propio autor en 1901). El carácter que este hermano imprimía a sus escritos y la clarividencia y objetividad de sus deducciones espirituales le dio una plaza de preeminencia entre los hermanos en el terreno del conocimiento y la interpretación de la Palabra. Al afirmar esto, no debemos olvidar que aquel tiempo estuvo caracterizado por la existencia de hombres profundos y piadosos a la vez. Usando una figura retórica, podemos añadir que eran una raza de gigantes. Entre otros me limitaré a decir cuatro palabras en relación con J. G. Bellet, que partió para estar con Cristo en 1864, autor, entre otras, de las trascendentes obras “El Hijo de Dios” y “Los patriarcas”. La primera, de una exquisitez remarcable y una profundidad que iba acompañada de todo el bagaje de la más pura sensibilidad espiritual, fue la propia de un hombre marcado por la humildad, la obediencia, la dependencia y la comunión con Dios.

»Sus escritos, que más bien parecían cantos (su amado hermano y amigo J. N. Darby decía de él que lo que hablaba y escribía era de una rara hermosura de lenguaje y pensamiento, sin esfuerzo alguno al correr de la pluma), todos sustanciosos y edificantes, sirvieron además para que fuera conocido como “el ruiseñor” entre los hermanos.

»Tomando nuevamente nuestro tema, opino que este libro del Apocalipsis es muy explícito y vasto, teniendo en cuenta de lo que se trata. Transcribiré de la versión francesa algunos textos, que se refieren también, como en el caso de



los otros escritores citados, a las cuatro últimas iglesias del Apocalipsis, caps. 2 y 3.

»De Tiatira dice “que no puede dudar que esta carta contiene un esbozo exacto y también completo de lo que por medio de los hechos presentes en aquel entonces identifican los tiempos de la Edad Media”. De la Jezabel simbólica manifiesta que era un género de mal no conocido hasta entonces. No se trata simplemente del clericalismo, o de las personas que tienen la doctrina de Balaam, sino de un estado de cosas formalmente establecido, como por lo general lo representa siempre la mujer tomada en sentido simbólico. Es fácil cerciorarse de este interesante extremo si tomamos las Escrituras y las examinamos. El hombre es el agente, la fuerza activa; la mujer es el estado de cosas producido. Jezabel es pues el símbolo de lo que aquí convenía, como Balaam en la Iglesia precedente. La actividad estaba en el clero, el cual había establecido con el mundo los más vergonzosos compromisos y había vendido el honor de Cristo por el oro, la plata, el bienestar y la dignidad terrena. De ahí había salido Jezabel. Tal era la condición tolerada durante la Edad Media en lo que llevaba el nombre de Cristo: “[...] pero digo a vosotros, a los demás que están en Tiatira... —aquí aparece claramente el residuo ‘vosotros’, este remanente a quien el Señor se dirige ahora— ...yo digo a vosotros, a los demás que están en Tiatira, cualesquiera que no tienen esta doctrina y no han conocido las profundidades de Satanás como dicen: no enviaré sobre vosotros otra carga, empero la que tenéis, tenedla hasta que venga”. El Señor, sin esperar de ellos grandes cosas, habla con la más exquisita ternura de los que eran fieles a su Nombre. Estoy persuadido de que con ello se hace alusión a los que comúnmente son conocidos por los valdenses y albigenses, y puede ser de otros también que hayan tenido un



carácter parecido. Eran sinceros y llenos de ardor para Cristo, pero con una pequeña medida de luz y conocimiento si se les compara al testimonio más completo y más rico que el Señor ha suscitado más tarde, como nos muestra el capítulo siguiente.

»En Tiatira hallamos la representación mística del romanismo, pues sería difícil negar que Jezabel describe cuanto menos este carácter; mientras que “los otros”, el residuo, representan a los que, sin ser protestantes, han formado parte, y fuera del papado, de un cuerpo de testigos antes de la aparición del protestantismo histórico, cuya descripción hallamos al principio del capítulo tercero.

»En los pasajes traducidos que se relacionan con el romanismo, el señor Kelly, apoyándose en la alusión hecha a la venida de Cristo, dice que la historia de este sistema irá hasta el fin.

»En Sardis contempla el protestantismo, y entra en amplias consideraciones acerca del mismo. Si fuera otro el carácter de estos coloquios, muy a gusto trasladaría sus edificantes e instructivas conclusiones, pero tengo que circunscribirme a poner de relieve solamente algunos de los pasajes más sobresalientes: “Nada es tan común entre los protestantes como que se admita una cosa perfectamente válida porque la tal se halla en la Biblia, sin que por eso tengan la menor intención de obrar en consecuencia. ¡Cuán serio es todo esto! Los católicorromanos en general conocen muy poco las Escrituras para saber lo que contiene o no. Excepto los puntos comunes de controversia, ignoran casi todo de la Santa Palabra, e incluso se sorprenden cuando se les dice que esto o aquello se halla en sus páginas. Seguramente en la actualidad no podemos aplicar una opinión tan definitiva, pero en términos generales la cosa se mantiene más o menos como queda ex-



presado. El protestante, en cambio, puede leer su Biblia sin el control de un confesor (ahora los católicos también pueden leerla); esto es un favor real, un precioso privilegio, pero a causa de esto mismo, ¡cuán grande es su responsabilidad!

»"El Señor advierte al ángel de la asamblea de Sardis que si no vela vendrá a él como un ladrón 'y no sabrás a qué hora vendré a ti', añade. No es así como se expresa el Señor cuando habla de venir a por los suyos. Para los que le esperan constantemente su venida constituye un motivo de gozo. ¿Cómo podría sorprenderlos como un ladrón? No será así, puesto que ellos suspiran por su presencia más que un centinela por la luz de la mañana. La figura de un ladrón que se presenta inopinadamente sólo puede convenir al mundo y a los que se han adherido a sus ideas. Esta solemne advertencia supone pues, que la asamblea de Sardis había cesado de esperar prácticamente al Señor como el objeto de su amor. Todo indica que le temían como a un juez, y con razón. Han resbalado hacia el mundo y comparten sus temores y ansiedades. Han perdido el sentimiento de la paz profunda que Cristo ha dejado a los suyos y no se regocijan ya, pensando que Jesús viene, lleno de amor, a tomar a los que ama tierna y perfectamente para tenerlos para siempre allí donde él está. Si gozasen de la dulce y santa esperanza que Él da en su Palabra, cuando dice 'vengo en breve', no podría ser para ellos como un ladrón cuya presencia inoportuna solamente produce turbación.

»"El que venciere será vestido de vestiduras blancas'. Había algunos en Sardis que no habían ensuciado sus vestidos, y debían andar con Él en vestiduras blancas, pues eran dignos. También hallamos aquí, como por doquier, algunas almas piadosas y preciosas para Cristo. Hemos de tener el gozo de ayudarles para que adquieran un más exacto cono-



cimiento de la gracia del Señor; no precisamente atenuando el hecho de su posición o de su manera de obrar, sino con el más profundo amor hacia ellos siguiendo el ejemplo del Señor”.

»”Ahora nos hallamos ante la asamblea de Filadelfia. ‘Escribe al ángel de la asamblea de Filadelfia: estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre’. Cada una de estas palabras por las cuales Cristo se presenta difiere de lo que es dicho de Él en el capítulo primero. Esto es precisamente lo que caracteriza el capítulo tercero, y sobre todo la porción que nos ocupa en este momento. Hemos notado ya que el principio de la carta a Sardis, aunque aluda a la de Éfeso, ofrece, no obstante, un evidente contraste con ella. Es como un segundo principio, y en esto sí existe una analogía con Éfeso; de todas formas, el Señor es presentado bajo un aspecto nuevo. Cristo, teniendo los siete espíritus de Dios, difiere enteramente de la descripción que nos ofrece de Él la carta a Éfeso. En las cartas que siguen a ésta no hallamos tampoco nada parecido. Se trata de un nuevo estado de cosas, estado que aparece tanto más evidente cuando nos enfrentamos con Filadelfia. ‘Estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David’. Nada parecido a esto había sido dicho del Señor en el primer capítulo.

»”En el segundo capítulo, lo que es dicho del Señor es una repetición de lo que Juan había contemplado en su visión. La única excepción la hallamos en la epístola a Tiatira, en donde es designado el Hijo de Dios; pero Tiatira ofrece un estado de transición, tal como se ha hecho notar. Esta Iglesia es en su responsabilidad —pero sin un poder real— un cuerpo eclesiástico que presenta cosas abominables a los ojos del Señor, a pesar de que en tal cuerpo exista un remanente



apreciado por su corazón. Este estado continúa hasta el fin y conduce a la venida del Señor, lo cual no es el caso de las tres primeras iglesias. Las palabras que parecerían tener relación con lo que les es dicho se refieren únicamente a los juicios del momento, mientras que en las cartas a Tiatira, Sardis y Filadelfia hallamos la mención explícita de la venida del Señor. Pero de todas formas es a Filadelfia a quien de manera remarkable es manifestada la persona del Señor y su gloria moral. Es el mismo Cristo, el Cristo que la fe descubre revestido de una nueva hermosura que no depende simplemente de las visiones de la gloria que antes habían sido vistas, sino de lo que es en sí mismo: 'el Santo y el Verdadero'.

»"Mira que he puesto ante ti una puerta abierta que nadie puede cerrar, porque teniendo poco poder, guardaste sin embargo mi palabra' (V.M.). Obras poderosas como las que Sardis haya podido realizar no son las que distinguen a los santos de Filadelfia. Nada hay entre ellos que suscite ni llame la atención del mundo. Nada que excite la sorpresa, la estimación y la admiración de los hombres. ¿Estamos satisfechos de ocupar un lugar semejante? Tal es Filadelfia que anda tras los pasos de un Cristo rechazado. Todos sabemos cuán poco caso se hacía de Él en esta tierra; así es también en lo relativo a esta asamblea; ¿pero es que acaso esto no tiene un valor positivo a los ojos del Señor? Esto no es todo. Sabemos que un tiempo terrible debe venir sobre este mundo. La hora, como dice aquí, no es simplemente de tribulación, sino de tentación y de prueba. Pienso que la hora de la prueba abarca todo el período apocalíptico, es decir, que no se refiere únicamente a la época terrible cuando Satán, arrojado del cielo, desciende lleno de furor y cuando la bestia, habiendo recibido de él su poderosa energía, llega al cenit de su posición, sino también al período lleno de turba-



ción, de seducción y de juicio que precede este acontecimiento. La hora de la tentación, según opino, es un término que abarca mucho más que la gran tribulación de Apocalipsis 7 y todavía más que la tribulación sin igual que debe alcanzar al país de Israel (Daniel 12, Mateo 24 y Marcos 13). Si esto es así, ¡cuán completa es la preciosa promesa! ‘Porque has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo para probar a los que moran en la tierra’.

»”En vano los hombres intentarán escapar; la hora de la tentación vendrá para todos; los alcanzará aunque esperen sustraerse. Los únicos que escaparán serán los que Cristo arrebatará. Notad bien que esto no quiere decir solamente que serán puestos en un seguro abrigo, como el caso de Lot en Zoar y que algunos interpretan, sino que esto significa que los tales serán conducidos fuera de la esfera y de la escena de la prueba. ‘He aquí vengo presto’. Aquí no viene como un ladrón, sino que su venida es para el gozo y la felicidad de los que le esperan.

»”El Señor ha hecho revivir en los corazones la verdadera esperanza de su regreso. Los hay que esperan así, y es a ellos a quien esta carta es dirigida. ‘Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona’. Aquel que vencerá será revestido en el día de gloria de un poder tan remarcable como ahora caracteriza la pequeñez en la que goza hallarse en esta escena presente, donde disfruta del despliegue de la gracia.”

»De Laodicea opina que “el estado que es descrito es el resultado de haber odiado y menospreciado el testimonio precedente (Filadelfia) suscitado por el Señor. Si uno ignora y desdeña la verdad poseída por los que esperan al Señor, se halla en peligro de caer en la terrible condición que la Palabra sitúa ante nuestros ojos. Cristo cesa de ser el único objeto al



cual el corazón se adhiere; deja de existir el sentimiento de la bendición relacionado con su venida y que conduce a la esperanza; aún se posee menos la vivencia de gloriarse en la flaqueza. Al contrario, se desea ser grande entre los hombres y ser tenidos en estima por los tales, de modo que se pueda decir. 'Yo soy rico y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa'. Esto pone de manifiesto cuán importante lugar el hombre religioso se asigna a sí mismo.

»"Es por esto que el Señor se presenta como el Amén, el fin de toda esperanza en el hombre, hallándose la seguridad únicamente en la fidelidad de Dios. Solamente Él es "el testigo fiel y verdadero". Es lo que la Iglesia debía haber sido, y, al no serlo, el Señor ha optado por tomar esta posición. Es la que ya ocupaba, cuando lleno de gracia estaba en este mundo, y ahora debe tomarla de nuevo en poder, en gloria y en juicio. ¿Puede concebirse una nota de censura mayor y más solemne infligida a la condición de los que debieran ser sus testigos sobre la tierra? Además es también 'el principio de la creación de Dios'. Esto margina completamente al hombre, y la razón consiste en que Laodicea es la glorificación del hombre y de sus recursos en la Iglesia.

»"Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueres frío o caliente! Mas por que eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca'. Son indiferentes, en principio y en práctica; su corazón está dividido; sólo la mitad es para Cristo. Estoy persuadido de que nada es más propio para engendrar la indiferencia que un sano temor de la verdad, cuando no existen el juicio de uno mismo y una piedad sincera. Tanto más se halla uno adelantado como portador del testimonio de Dios; tanto más habrá conocido o profesado conocer la gracia y la verdad de Dios, pero si el corazón y la conciencia no son gobernados y animados por el



poder del Espíritu por medio de esta verdad y esta gracia que son en Cristo más profundamente también, sea temprano o tarde, caerá en un estado de indiferencia o tal vez de activa enemistad.

»"Se volverá indiferente a todo lo que es bueno, y si existe algún celo será empleado para lo que es malo. Este es exactamente el estado de Laodicea. En relación con la promesa, el autor añade y finaliza: 'He aquí estoy a la puerta y llamo: Si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo'. Aun en esta triste condición de ruina colectiva el Señor se presenta lleno de gracia para responder a las necesidades de las almas. Pero en las palabras que finalizan la epístola no hallamos nada especial. No van más allá de la promesa de reinar con Él. Es decir, esto es lo que alcanzará cualquiera que tendrá parte en la primera resurrección, aun los judíos que en una u otra época sufrirán bajo el reino del Anticristo. Es un menosprecio el contemplar en esta promesa una distinción particular. Quiere decir, en cambio, que después de todo el Señor se mostrará fiel, a despecho de la infidelidad. Tal vez pueda hallarse una fe individual que sea real aún en el medio más miserablemente alejado de la fidelidad y la consagración". Como queda indicado, esto es lo que escribió W. Kelly hace más de ochenta años.

»Ahora bien, en vista de todo lo expuesto, habríamos de distinguir —si es que hay que hacerlo— entre hecho o posición. O si hay que aceptar ambas interpretaciones y fundirlas en una sola: hecho (que es en este caso suceso e historia en el tiempo) con posición o estado (en este caso de doctrina y de vivencia). Además, todo esto aplicado a asambleas locales, y por ende al conjunto de las mismas sobre el mismo terreno de comunión, es decir, en un Cuerpo universal. O bien al conjunto de individuos solamente, hállese donde se hallen,



siendo conocidos como tales por el Señor únicamente. Es indiscutible que las tres primeras Asambleas, en este aspecto, son las que no presentan ningún problema. Son estados, pero es historia. Y los estados y la historia sin fundirse coexisten en cada caso. Pero a partir de la cuarta Iglesia, hasta la última inclusive, todos los entendidos siguen el camino que trazó el señor Darby. Colateralmente van hasta el fin, y sin embargo, históricamente se suceden por el orden en que son presentadas y también tipifican a la vez unas condiciones.

»Tiatira y Sardis, como instituciones confesionales, como cuerpos religiosos, son de fácil interpretación; Roma y el Protestantismo, mayormente en sus Iglesias nacionales. Por mi parte, pienso que las llamadas Iglesias de oriente (la Ortodoxa griega y sus hermanas) hay que insertarlas en Tiatira. No se puede hacer abstracción o ignorar a este numeroso cuerpo de profesión cristiana.

»Pero ¿qué diremos de Filadelfia? Su origen, bien que con alguna variante (variante cronológica) todos lo identifican. Pero ¿y su estado actual? ¿En dónde se halla? ¿Quiénes son? Repetimos a Ironside: “Si una compañía de creyentes pretendiese ser Filadelfia sería una pretensión detestable, y Dios ha desbaratado evidentemente tal presunción”. Creo que en este último párrafo se refiere, veladamente, por delicadeza, a las numerosas divisiones y cismas sobrevenidos al Cuerpo que inició su andadura histórica allá por 1828 y que fueron conocidos en su origen por los “hermanos de Plymouth”. Después, varias de sus ramas salidas del tronco común se denominan, discriminándose unos a otros, “el Testimonio”. Esto ha sido un desastre y una vergüenza. Motivo de la más profunda humillación para nosotros. Heijkoop, en su obra “El porvenir”, afirma: “La gran masa de Filadelfia no ha vencido y no ha guardado lo que tenía. De Filadelfia ha



nacido... Laodicea”, bien que también identifica a Laodicea “con la cristiandad tibia en las Iglesias libres y grupos fuera de Tiatira y Sardis”. Esto para mí es difícil de entender. No digo de admitir, sino de entender.

»¿Por qué no somos humildemente sinceros y enfatizamos, aceptando la responsabilidad de nuestras afirmaciones y así los hermanos nos entenderán? O bien, ¿por qué no confesamos llanamente que hay lagunas interpretativas que imposibilitan, por el momento, una definición taxativa?

»En lo que poseemos, existe material inapreciable que puede ayudarnos a inquirir más diligentemente cada día. Hay rasgos de autoridad que se recomiendan a la inteligencia de los santos. Darby —el más antiguo de los comentaristas serios— escribe: Tiatira puede ir hasta el fin, pero no es lo que caracteriza el Testimonio de Dios hasta entonces. Otros estados deben ser introducidos con esta finalidad. «Sardis empieza una nueva fase colateral en la historia de la Asamblea... la Asamblea como tal es nombrada; se trata aún de su historia». Esto tiene mucha sustancia. Estado; fase; historia.

»Entiendo que Sardis es un hecho. Un hecho bien delimitado que históricamente continúa hasta el fin. Pero es también un carácter, pues su conducta no es análoga a la de Tiatira, y esto la distingue.

»Ahora bien, Sardis no es un grupo monolítico en su disciplina eclesiástica, ni tan siquiera doctrinal. Es una institución desnaturalizada por los hombres. Para entendernos, podemos decir que la Reforma fue la obra de Dios, pero el Protestantismo es lo que los hombres han hecho de aquella obra. Es una institución indefinida que en la unidad no tiene carácter visible. Estamos incluidos (o mejor dicho, nos incluyen) a todos los que confesamos a Cristo y que no pertenecemos a las masas confesionales de Roma o de la Iglesia



ortodoxa oriental. Pero la realidad es otra. Aquí el hecho histórico y la posición se diferencian claramente, aunque ambas subsisten a la vez. ¿Nos ayudará esto a comprender las posiciones, los estados, etc., que coexisten en las cuatro últimas Iglesias, todo y estableciendo una identificación de las mismas? Para los hijos de Dios que no han vivido las inquietudes proféticas esto es ininteligible, ya lo sé, pero también es cierto que ahora hay una sed diseminada por doquier, que aporta de la parte del Espíritu una respuesta a los redimidos en relación con los tiempos que se avecinan.

»Filadelfia se identifica como un estado generalmente salido del estado precedente: Sardis (en mucha menor proporción, también de Tiatira). Es una posición que miles de creyentes de esa Iglesia tomaron de manera diferencial (guardar la Palabra y no negar el Nombre) y que sin disputa caracterizaron a un grupo —no masificado—, pero sí ampliamente diluido como un testimonio de la verdad en medio de la muerte espiritual de la cristiandad profesante, principalmente del mundo occidental. Después, la obra misionera lo extendió mundialmente. Este grupo se extendió en número y en bendición y su carácter fue universal (cual corresponde a un testimonio), y tuvo su punto de partida histórico a principios del siglo XIX. El carácter de Filadelfia era bien manifiesto en su aspecto general.

»Darby, en su tiempo, describe los rasgos que definen la posición y el carácter de Filadelfia, bien que no la identifica con ningún grupo diferenciado en su tiempo. Es un silencio significativo y de delicada humildad: “El Señor era el Santo y el Verdadero; a ojos humanos tenía poca fuerza, guardaba la Palabra y vivía de toda palabra que provenía de la boca de Dios; esperaba pacientemente en Jehová, y es a Él que el portero abría. Vivía en los últimos tiempos de una dispensa-



ción; el Santo y el Verdadero era rechazado, y a ojos de los hombres no se veía ningún resultado de su trabajo entre los que se decían judíos y no lo eran, sino que la Escritura los nombra sinagoga de Satán. En Filadelfia es lo mismo con los santos: andan en un medio parecido al que Cristo se encontraba; guardan Su palabra, tienen poca fuerza, no son distinguidos, como Pablo por ejemplo, por la energía del Espíritu, pero no niegan Su Nombre. Este es el carácter y el móvil de su conducta. Cristo es confesado abiertamente, la palabra es guardada, y el nombre no es negado. Esto parece poca cosa pero en la decadencia universal, entre las muchas pretensiones eclesiásticas, cuando un gran número se extravía con los razonamientos humanos, guardar la palabra de Aquel que es el Santo y el Verdadero y no negar su Nombre es el todo”.

»Esta posición se denominó también “el Testimonio”. Este fue el origen, pero hemos transcrito anteriormente sus resultados. ¿Qué queda de ello? Cuantitativamente, mucho más que entonces, pero ¿y lo que corresponde a la realidad? Ironside, veladamente, hace mención de la ruina espiritual de las divisiones y Heijkoop afirma que la gran masa de Filadelfia no ha vencido y no ha guardado lo que tenía, y que de Filadelfia ha nacido Laodicea, bien que reconoce que Filadelfia quedará hasta la venida del Señor, y entonces será recogida por Él, pero que se trata aquí solamente de un residuo pequeño y débil. Yo pregunto: este residuo, ¿dónde está? Es identificable, ¿sí o no?

»Unos hermanos argentinos y uruguayos, que aunque no son denominacionales se autodesignan como “Iglesias Cristianas Evangélicas No-Denominacionales, Independientes y Fundamentalistas”, se presentan como un núcleo aglutinador y lanzan una llamada mundial, en particular a las llamadas “Iglesias Independientes”, habiéndose confederado



con las I.F.C.A. (Iglesias Independientes y Fundamentales de América), EE. UU. y algunas otras diseminadas, para que el Señor en su venida halle a “Filadelfia” velando. Reivindican una de tantas declaraciones de principios fundamentalistas, pero que no dice nada en su vertiente eclesiástica. Mucho entusiasmo y seguramente sinceridad, y todo lo bueno que gozamos hallar en ellos. Que Dios los halle fieles y haya entre ellos quienes posean el carácter de los vencedores de Filadelfia, es lo que desea el que esto escribe.

»Pasemos a Laodicea. La tibieza es lo que caracteriza al último estado de la profesión en la Asamblea, la cual ha llegado a un punto tal en relación con Cristo que éste debe vomitarla de su boca. No es la simple falta de poder, sino la falta de corazón, el peor de todos los males. Esta amenaza es absoluta y no condicional. Supone que el rechazamiento es irremediable. Unida a la falta de corazón para Cristo y su servicio, vemos en Laodicea mucha pretensión a la posesión de recursos y de capacidad en sí mismos. “Soy rica, dice, mientras que la realidad es que no tiene nada de Cristo. Es la Iglesia profesante diciéndose rica sin tener a Cristo como riqueza del alma por la fe”. Esto escribe Darby.

»Ironsides dice que “Laodicea completa la serie septenaria y nos trae prácticamente a la última condición de la Iglesia profesante en la tierra y que su forma de gobierno está caracterizada por la democracia, pues dice que la correspondiente a Laodicea es la era de la democratización, tanto en el mundo como en la Iglesia”. Heijkoop escribe que Laodicea es allí donde el hombre se ha apropiado la gracia y se ha arrogado la posición de un cristiano; donde el lenguaje del cristiano es corriente en su uso y exteriormente la posición de la Iglesia está en orden; empero todo esto se encuentra allí sin ejercer influencia alguna sobre el alma. ¿No está descrito aquí nues-



tro estado presente de manera conmovedora, la situación cuyos principios arrancan de Filadelfia?”. Ya ven los hermanos que esto tiene un carácter de denuncia para nosotros. ¿Cuál es la situación de los que profesan reunirse solamente en Su Nombre y según Su Palabra? ¿Lo hacemos de verdad?

»Ahora bien, ¿se trata del estado general de la Iglesia de los últimos tiempos, es decir, de la Iglesia como un conjunto, o bien es característico también de un grupo determinado? Porque si las cuatro últimas Iglesias van colateralmente hasta el fin, y en todas hay vencedores y sin embargo el cuerpo profesante es juzgado, salvo Filadelfia, en la que no hallamos reprensión, ¿cómo podemos identificar un tiempo histórico que corresponda a cuatro estados a la vez si estos se suceden uno tras otro, y si cada cuerpo religioso tiene sus propias características y un juicio dictado a tenor de las mismas?

»Desearía ser ayudado en esto. Mis preguntas no son formuladas en plan de duda, ni tampoco objetando algún desacuerdo. Tal vez todo está claro. Antes lo aceptaba todo —en relación con estos pasajes— sin entrar en cualquier análisis, pero ahora desearía ser esclarecido en esto que nos toca tan de cerca y nos afecta tan íntimamente.

—No seré yo quien trate, ni tan siquiera intente, aclararte nada de esto que has expuesto, querido Graells —dijo Roura—. Solamente debo decir que sigo esto con todo el interés, y no por mera curiosidad. Comprendo todos los interrogantes que el hermano plantea con su ejercicio y me gustaría ayudarle, pero ya me conocéis. Yo mismo necesito ser ayudado. Sugiero que oremos unos días sobre este asunto en particular y que meditemos bajo la dependencia del Espíritu. Dios nos bendecirá y nos guiará y también nos guardará, porque hemos de ser humildes. Todo esto es difícil. Si no acomodamos lo espiritual a lo espiritual no haremos progre-



sos y podemos desviarnos, y más tratándose de una cuestión profética. ¿Qué te parece, Juan? ¿No opinas así? —Juan Reguant había escuchado, absorbiendo, por así decir, todo lo que Graells exponía. No le era difícil entrar en el ejercicio de su hermano. Familiarizados como estaban entre sí, se captaban las ideas porque la comunión todo lo hacía fácil.

—Estoy de acuerdo con Roura y es tarde ya. Conviene orar y meditar. Pediremos por todo esto; que Dios nos sea propicio. Si es Su voluntad, Él ordenará en nuestros espíritus la interpretación provechosa para la mente y el corazón.

Oraron con fervor, y después de desearse mutuamente la bendición del Señor en todo este negocio espiritual acordaron una fecha, hecho lo cual Roura y Graells se despidieron, dejando a Lidia y a Juan Reguant, pensativos.

—Graells está documentado —dijo Lidia a su esposo—: y a mí me gusta mucho este tema, pero según me doy cuenta pienso que él espera que tú le ayudes a ordenar su mente, con la ayuda del Señor, en relación con el tema de su ejercicio. La exposición de su preámbulo, podríamos llamarlo así, ha sido extensa, y lo que se ha dicho invita a la reflexión. ¿Retienes en la memoria todo lo que ha presentado? ¿Podrás satisfacer los deseos del hermano? Que el Señor te ayude, amado. Ya sabes que ellos suelen confiar en tus juicios, pero te ruego, Juan, que oremos mucho antes de responder. Que sea el divino Maestro quien nos enseñe a todos. Que seamos pequeños a nuestros propios ojos, y no vayamos más lejos de nuestra medida.

—Estoy de acuerdo, Lidia. Cada vez me doy más cuenta de que sin Él nada podemos. Pero su gracia me da confianza a esperar todo de Él. He interpretado claramente lo que el hermano piensa, aunque no retenga en mi memoria todas las palabras que ha dicho. Graells es tenaz. Lee mucho y conoce



el ministerio escrito de los hermanos. Tiene muy buen material en sus estanterías. Además, su mente es lúcida y su corazón desborda de amor para todos. Es un hombre liberado y por eso habla así; tiene verdadero temor de Dios y éste es el secreto de lo mucho que ha adelantado. Es para mí un gozo tener semejante hermano y amigo. Su tónica no ha variado con el tiempo. Su fervor por Cristo es prioritario, y de ahí se desprende su conducta en favor de los demás. Su vida le confiere autoridad moral. Tiene un don de Dios. Cristo llena su vida y su corazón. Ya sabes como le amo y cómo he penetrado en la intimidad de sus sentimientos. Los años nos han unido cada vez más, bien que somos de tendencias naturales diferentes.

»Al verle solitario, en la vida del desierto, le he repetido e insinuado varias veces sobre la necesidad de buscarse una fiel compañera. Siempre me responde lo mismo. “Gracias, Juan. Veo tu solicitud y te lo agradezco, y más en un caso tan importante como éste. El fantasma de la soledad tiene influencia sobre el corazón humano y en mi debilidad a veces he pensado en ello, pero el Señor suple y aún suplirá mi futuro terrenal. En otro aspecto, su don de gracia me basta. El apóstol Pablo decía: ‘Quisiera más bien que todos los hombres fueran como yo’. Yo soy como él, en este sentido. ¿Por qué tengo que cuidarme de unas preocupaciones que embarazarían mi vida de soldado?”. Tiene razón el bueno de Graells. Bendito él, que tiene un don que le permite consagrar toda su vida al servicio del Maestro. Tengo pues un profundo respeto por sus ejercicios que sin duda obedecen a un deseo sincero. Supongo que te das cuenta que a todo lo que ha expuesto no puede uno responderle con ligereza. Graells es un hermano dotado, y espero que esto aportará bendición para todos.



Coloquio tercero:

Esta tercera vez, y con el espíritu a la expectativa de lo que el Señor fuera a enseñarles, se hallaban nuevamente juntos.

Después de la oración, permanecieron silenciosos. Tenían conciencia de la solemnidad de las cosas de Dios, y meditaban.

Graells levantó la cabeza y dirigió una mirada a todos, y finalmente con plácida serenidad se dirigió a Reguant:

—Queridos hermanos, ahora soy yo quien desea oírlos. Hemos hecho una pausa que ha dado lugar a la oración, al estudio y a la meditación. Espero que el Espíritu tiene algo que mostrarnos sobre esta porción de la palabra de Dios en que hemos meditado.

—Soy consciente —respondió Reguant— de que pides una respuesta de mi parte. La daré. Pero es solamente a título de opinión personal. No adelanto ningún juicio definitivo, ni como poseyendo alguna autoridad en mis expresiones. Si unos hombres estudiosos y consagrados parece ser que no han llegado a salvar ciertas lagunas (no juzgo, es una simple expresión), ¿qué podría hacer yo cuando tantas gracias he de dar a Dios por haber sido ayudado por los escritos de estos siervos del Señor, en especial los del siglo pasado? Ahora bien, por medio de ese bendecido ministerio, situándonos en la hora presente, y con la Biblia abierta a nuestra mente y a nuestro corazón, bien podemos confiarnos a la bondad de Dios para ser enseñados de Él.

»No intento responder punto por punto a todos los interrogantes que Graells presentó, ni entrar en todas las consideraciones, documentales o personales que expuso. Ahí quedaron ante nosotros como el análisis objetivo de un tema,



no por lo inesperado, menos interesante. De todo lo que está ante nuestros ojos, y de todo lo que tenemos noticia, debemos concluir que, como dice Ironside, no existe ningún grupo denominacional visible en este momento que pueda reivindicar para sí el nombre o la posición de Filadelfia. ¿Hemos de deducir por esto que Filadelfia sólo es un estado y no un hecho en el tiempo? No. Creo que no hemos de deducir tal cosa. Filadelfia es un hecho histórico en su tiempo, y ahora es un estado allí donde se dan estas condiciones, es decir, las del Santo y el Verdadero: Las de guardar la palabra de Dios y no negar su Nombre.

»¿Quiénes son? ¿Dónde están? El Señor conoce a los suyos y Él es quien puede identificar este remanente.

»Procuremos peregrinar en este espíritu sin reivindicar nada, y no caer por lo tanto en la soberbia e irresponsable pretensión de «ser ricos, de habernos enriquecido y no tener necesidad de ninguna cosa».

»Allí donde exista una asamblea local de creyentes que guardan la Palabra y no nieguen Su Nombre (con todo lo que esto implica) allí está representada Filadelfia. No tiene ningún valor —ni ninguna autoridad administrativa, y sí una grave responsabilidad— el reivindicar una comunión «oficial» de carácter universal, como siendo poseedores de una ortodoxia doctrinal y posicional, si las condiciones y las vivencias de los que las profesan están marcadas por la esterilidad del corazón y el amor al mundo. Esto no es Filadelfia; es Laodicea.

»Es innegable, creo yo, que estos estados y lo que representan en la historia coexisten a los ojos del Señor, bien que nosotros podríamos equivocarnos si pretendiéramos identificarlos como un grupo confesional determinado, sea exclusivo o bien confederado.



»Repito, pero, que esto no excluye la responsabilidad que tenemos en manifestar el carácter positivo de Filadelfia, tanto más cuanto tenemos el privilegio de conocer alguna cosa.

»Hay vencedores en los cuatro estados que coexisten en este tiempo de nuestra historia; y esto no tiene contradicción. Basta leer los finales de las cartas a las Iglesias. Si Dios se lo propusiera, Él puede todo. Podría, por la poderosa acción del Espíritu, preparar a su pueblo uniformemente y de manera a ser distinguido para recibir al Señor (y esto se creyó por un tiempo), pero parece ser que un estudio serio de la Palabra no avala esta idea. De todas las Iglesias que colateralmente van hasta el fin y que coexisten históricamente en estos días (las cuatro últimas) la suma de los vencedores en estos días es la Esposa de Cristo, conjuntamente con todos los creyentes que nos precedieron. Bien es cierto, no obstante, que sólo Filadelfia, en tanto que Iglesia distinguida de las otras, está marcada con el carácter de un testimonio colectivo, y esto es consolador. El Señor tiene pues un Testimonio en medio de la profesión. ¡Bendito sea su Nombre! Tiene un testimonio hasta su venida.

»Después la profesión sin vida proseguirá, y Babilonia corresponde a aquel sistema que amalgamará a todos aquellos que sin tener la vida de Dios en el alma se descansaban en la militancia religiosa, sin pertenecer al cuerpo de Cristo. Al final el juicio de Dios les alcanzará, «por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos» (2 Ts 2:10). Esta es la consecuencia de la apostasía.

»No quiero guardar para mí un reciente trabajo aparecido en el “Messenger Evangelique”, debido a la pluma del hermano A. Gibert, y que después de la redacción de estas cuartillas apareció en el primer número del año 1977. Por creerlo



de utilidad y muy ilustrativo en relación con el tema que nos ocupa, ofrezco la traducción del mismo a mis hermanos:

Aún una palabra sobre filadelfia

«Es una interpretación generalmente reconocida, que los estados representados por las cuatro últimas asambleas de Apocalipsis caps. 2 y 3 aparecen sucesivamente y coexisten hasta la venida del Señor. Filadelfia será arrebatada antes de ‘la hora de la prueba’, mientras que Tiatira, Sardis y Laodicea continuarán profesando un cristianismo sin Cristo y sin vida, del cual Babilonia será la común y final expresión que culminará en la destrucción de la misma por el juicio de Dios, consumado antes de la aparición del Señor en gloria.

»”Pero existe un punto que tal vez no se toma demasiado en cuenta: éste consiste en que Filadelfia es la única de las cuatro asambleas a la que el Espíritu se dirige como un todo. Aquí no se trata de ‘los otros’ como en Tiatira, ni de ‘algunos’ que como en Sardis no han ensuciado sus vestiduras, ni tampoco de ‘alguno’ oyendo como el Señor llama a la puerta, como sucede en Laodicea.

»”Nadie duda que los fieles distinguidos de la masa en estas tres asambleas participarán en el arrebatamiento, así como también será el caso de los santos de épocas precedentes y pertenecientes a otras dispensaciones, pero es en Filadelfia y solamente en ella, que el Señor — que va a venir presto — ve a la Asamblea como tal sin hacer distinción de residuo alguno. Este era el caso de las tres primeras asambleas (que representan estados históricos cumplidos). La Iglesia era vista en su conjunto y exhortada globalmente, sea a arrepentirse (Éfeso y Pérgamo) o a sufrir como en el caso de Es-



mirna. En Filadelfia, el Señor tiene ante sí al conjunto de los salidos de Tiatira y de Sardis (habiendo salido esta última a su vez de Tiatira), quienes en la debilidad y el oprobio no niegan su Nombre, guardan su Palabra y le esperan en medio de una apostasía que va madurando.

»"Tal era el caso con el residuo piadoso de Israel en otros tiempos (Lucas cap. 1 y 2). Solamente él conoce a todos: sea como individuos dispersados como cuerpos extraños en el seno de las múltiples denominaciones eclesiásticas, o bien reunidos por aquí y por allá apartados de la sinagoga de Satán. Así fue también en el Avivamiento, del cual únicamente Él sabe cuándo o cómo ha operado el Espíritu para producir y extender sus bendecidos efectos. Así mismo continuará siendo todo hasta el arrebatamiento. Todos éstos forman una compañía cuyo conjunto es indiscernible para otros ojos que no sean los Suyos, asociados a Sí (y no al mundo) y de quien también reciben promesas, ánimos y exhortación. Se dirige a ella como Su asamblea, de tal suerte que una agrupación que tomara para sí el nombre de Filadelfia no podría por menos que hallarse en contradicción con el estado filadelfiano. Esta pretensión sería la reivindicación tácita de poseer la fuerza, cuando uno de los caracteres fundamentales de Filadelfia es el tener poca fuerza. Por otra parte, todo cuerpo particular que se denomina Iglesia fragmenta la unidad del único cuerpo de Cristo; pero los principios de esta unidad permanecen, y toda reunión efectuada realmente en el Nombre del Señor es invitada a testificar en relación con esta singularidad que ya existe, pero que es en Cristo y solamente en Él, asegurada por su Espíritu y expresada en su Mesa. Si entendemos esto y nos lo apropiamos sentiremos más profundamente el alcance de la promesa: 'Yo te guardaré de la hora de la prueba', así como de la advertencia que acompaña el 'vengo en breve':



‘Retén lo que tienes para que nadie tome tu corona’. ¿Y no es acaso en el gozo más profundo del amor del Señor por su Asamblea, marcada por la debilidad en cuanto a sí misma, que se desarrollará este ‘amor fraternal’ inseparable de un testimonio filadelfiano? Esto es precisamente lo más opuesto a un espíritu sectario.

»”Laodicea, la cual aparece como la reacción de la cristiandad profesante frente al Avivamiento filadelfiano, añade al tradicionalismo de Tiatira y al de Sardis el modernismo que deja a Cristo fuera de la puerta.

»”Filadelfia o Laodicea: ¿Qué es de nosotros?”

»Lo dicho y lo transcrito es todo lo que me sugiere el ejercicio de Graells y doy gracias a Dios por estas buenas veladas que hemos pasado considerando tema tan sugestivo.

—Yo también doy gracias a Dios —intervino Graells—. En pocas palabras, es difícil hallar una respuesta tan clara como ésta después de tanto argumentar por mi parte—. Y sin darle tiempo a proseguir, Roura, con su voz poco disciplinada pero cálida, entonó en solitario este conocido cántico de esperanza, al que embargados y felices se unieron todos los demás:



Jesús en breve volverá
Y tomará Su pueblo a Sí
Del mundo, y El nos llevará
Al buen hogar del Padre allí
Para Su rostro contemplar,
Y Sus loores entonar.
En breve nos vendrá a buscar
Nos urge el tiempo redimir;
Cuidemos siempre de agradecer
A Aquel que pronto ha de venir,
Mirando atentos el albor
Cual los que esperan al Señor.

En breve el tiempo pasará
¿Por qué esquivamos nuestra cruz?
Benignamente aliviará
Su peso el Salvador Jesús;
Y su divina bendición
Será cabal compensación.
¡En breve; ven, Señor Jesús!
La Esposa y el Espíritu
Exclaman, y en plena luz
Tu rostro han de ver, y Tú
Presencia en el celeste hogar
Por siempre en gloria disfrutar.

JOHN NELSON DARBY
«IGNORADO, MAS CONOCIDO» (2ª Co. 6:9)

Breve resumen de su vida y ministerio
compendiado de su correspondencia

«Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es vano».

(1 Co. 15:58)

El cartero se cruzó en la calle con una señora conocida.

—Buenos días, Sra. Reguant. Tengo carta para Ud.; tó-mela, por favor, y me ahorra llegar hasta su casa.

—Gracias, señor. —Lidia tomó la carta, y al llegar a su vivienda la abrió sin dilación. Era de su esposo. He aquí su contenido:

Castellformós, 14 de septiembre de 197...

A Lidia Serra, Vilargent

Amada esposa y hermana en el Señor:

Me veo precisado a enviarte dos líneas apresuradamente para notificarte que mi regreso no será, como había previsto, el próximo martes. Tengo por cierto que el Señor va a retenerme aquí bastante tiempo. Las almas tienen sed de la Palabra de Dios. La gracia las ganó y están gozosas, pero precisan ser confirmadas y enderezadas en la verdad que acaban de conocer.

Yo sé que aceptarás este tiempo sin mi compañía, pues conozco sobradamente la consagración de tu espíritu al servicio del Maestro. Tu vida —a través de los años de nuestro matrimonio— ha sido una constante renuncia, silenciosa y sin reivindicaciones por amor a los demás. Las horas que



pasaste solitaria a ojos humanos fueron para ti una escuela de gozo, por la suficiencia de la compañía invisible, pero no menos real, del bendito Peregrino que siempre te acompañó, y la guía y dirección del Espíritu Santo imprimieron consolación a tu alma.

Rindo este tributo de admiración a la compañera que Dios me dio, la cual muchas veces animó con ternura fraterna mi espíritu abatido por el combate y también me ayudó en mis debilidades; instrumento de Dios en bendición para mi vida en Cristo. Ha sido para mí, a la vez, un privilegio poder ser útil en los desfallecimientos de un corazón demasiado sensible al dolor, y sobre todo al dolor de los demás.

Los años han marcado tu negro cabello con hebras de plata, pero también tu corazón con la suficiencia en la confianza y el reposo en Aquel que jamás defrauda a los que esperan y confían en Él.

Cuídate y saluda a mis amados hermanos en la fe; particularmente a Ricardo y a Pedro, con quienes hemos sufrido un poco, pero gozado un mucho en el Señor.

Mucho me alegraré de que mi ausencia no sea causa para que cesen las reuniones que en casa asiduamente teníamos. Que el Señor os sea propicio para provecho y bendición.

Te iré escribiendo, teniéndote al corriente de la obra en este lugar. Entretanto, amada, quedas siempre en mi memoria y en el tierno afecto de mi corazón como esposa y hermana en Cristo, nuestra esperanza.

Juan.

La lectura de esta carta produjo en Lidia un sentimiento de resignación, pero después el ejercicio responsable de la compañera de un hombre de Dios; hombre sencillo, pero consa-



grado al servicio del Maestro. Su esposo la alababa con entusiasmo. La carta era un fiel reflejo del sentir de Juan por su esposa, pero aunque tal vez el amor sobrevaloraba un poquito las cualidades de Lidia, había en ella una bendita realidad: era una buena esposa, una buena madre y una abnegada, servicial e inteligente hermana.

He aquí pues, otra vez, la casa de nuestros amigos.

El timbre sonó; Lidia abrió la puerta, y Roura, afable, tomó la mano que su hermana en la fe le tendía.

—Entra, entra. Aún tengo la carta sobre la mesa. Juan tal vez tardará un tiempo en volver. Hay bendición allá y él siente el afecto de un padre por esos hermanos. No quiere dejarlos solos; son muy tiernos todavía.

—¿Un padre, dices? Sí, es un padre. Para mí ha sido eso —dijo Roura—. Él un padre y tú una hermana paciente.

—Bueno, hombre, él también tuvo un padre espiritual, y yo una madre, pues en la familia de Dios existen esos estados y esos lazos. Todo lo dispensa el Padre Celestial, origen de toda bendición, pero... ¿de dónde vienes con maletín y ropa de viaje? —preguntó Lidia.

—Estuve en Lérida un par de días a causa de la venta de la fruta que allí tengo, pero ahora, gracias a Dios, otra vez en Vilargent; terminé mis comisiones allá. Al bajar en la estación, como está cerca, pensé: voy a ver si Juan regresó o regresa pronto. Por eso me ves así, y a esta hora.

—No, ya ves que no. Pero Juan escribe (aparte de enviar muchos saludos para todos, especialmente para Ricardo y para ti), que me hagáis un poco de compañía, como cuando él está. Os agradeceré pues que no tengáis a esta solitaria, casi anciana, desamparada — dijo con una confiada sonrisa.



—¿Cómo? Vendremos como siempre. Me voy, Lidia. A la tarde iré a buscar a Ricardo y pasaremos un buen rato en este hogar bendito.

Y fue así. Ambos subían gozosos por el conocido camino de siempre y, llegados, entraron saludando a la dueña de la casa. Preguntados por la salud, las circunstancias de la vida diaria y la familia, Lidia dio las noticias que eran de provecho para el conocimiento de los hermanos.

—Es un privilegio —dijo Roura— que tengamos a Juan. Dios le ha dotado de energía y de tacto a la vez, además de equilibrio y facultades en el discernimiento de la Palabra. Ahora está haciendo la obra suya; la obra paciente y sabia de apacentar a los corderos del Señor. Se le puede aplicar que «cuando apareciere el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria» (1 P 5:4).

—Eres muy generoso con la apreciación que tienes de Juan, pero a él no le digas esto. Es un hombre como los demás y podría envanecerse. Satanás es muy astuto e incluso trata de sacar provecho de los sentimientos sinceros que tenemos hacia los hermanos —dijo Lidia.

—Sí, claro —terció Graells—, pero aquí en la intimidad y en su ausencia el corazón se ensancha por el afecto que le tenemos en Cristo. Me gustaría tanto poderle acompañar en este servicio... pero el Señor da a cada cual su propio trabajo.

—Ahora que hablas de trabajo y servicio, recuerdo el hecho de que estoy leyendo una literatura muy edificante e instructiva, a la par que interesante. Tengo en casa la colección completa del “Messenger Evangelique”, editado en la Suiza de habla francesa, desde hace ya ciento diecisiete años (son muy constantes esos hermanos). Como poseo un índice de todos los temas que existen en la colección, he ido separando todas las cartas del señor Darby, desde 1832 hasta 1882,



año en que murió. No sé, pero hay muchas. Tal vez quinientas. Aunque mi conocimiento del francés no es tan perfecto como yo deseara, su lectura me es bastante familiar, si se trata especialmente de las cosas del Señor, y así empecé a leer, sin orden, algunas de ellas que, dicho sea de paso, me han llamado poderosamente la atención. Después las he ordenado por fechas para seguir su obra con un orden cronológico, y mi interés ha ido creciendo. ¡Es una maravilla! He dejado, de momento, la tarea de leer, y estaba pensando en algo que quiero exponeros y que puede ser de utilidad.

»Hay un trabajo laborioso y paciente a realizar. Tampoco propongo la cosa como siendo inmediata, pero me gustaría que cuando Dios nos conceda que Juan vuelva nos hallara ocupados en algo que seguramente le depararía una agradable sorpresa. Digo “nos hallara”, porque yo solo no puedo llevarlo a cabo, ni por tiempo ni por capacidades. Pero colaboraré y os ayudaré con todas mis fuerzas. Esto es algo en que Lidia puede ser útil; muy útil. Seguramente más que nadie. En primer lugar, es la hormiga tenaz, y en segundo lugar conoce la lengua francesa más y mejor que todos nosotros, y además entiende lo que lee con ventaja sobre mí.

—Y sobre mí, añadió Graells.

—Por favor, hermanos, hoy es el día de las alabanzas para el matrimonio Reguant. No seáis tan entusiastas en cuanto a nosotros. El incienso para el Señor. Pero vamos a ver, tenemos derecho —ya que nos propones un trabajo— a saber no sólo el principio, sino también el final. Has leído, has clasificado, y ahora ¿de qué se trata? —preguntó Lidia.

—Pues se trata de lo siguiente —y Roura continuó—: tengo la idea de compaginar un resumen de las actividades de J. N. D. tomando como fuente de información sus conocidas cartas. Esto abarca un período de cincuenta años, y ellas dan



cuenta de todos sus viajes en su país y en el extranjero, que fueron muchos. No olvidemos que eran los inicios del ferrocarril y de la navegación a vapor, pero aún se usaba la diligencia en todos los desplazamientos locales y comarcales, sin olvidar el caballo, amén de, por multitud de parajes, las insoslayables marchas a pie. Pero no se trata de sus viajes solamente (esto es lo menos importante). Lo más interesante son sus consejos, su servicio en favor de todos, la predicación de la palabra de gracia, el magisterio que impartió a las ovejas y corderos del rebaño de Cristo. Hombre dotado de una inteligencia singular y de una vasta cultura, pudo luchar contra la incredulidad, contra el racionalismo que invadía Inglaterra en aquel entonces, contra las herejías; es decir, como fiel paladín de la verdad de Dios, fue hombre de brecha y de lucha aun a su pesar. No era contencioso, sino sufrido, paciente, tolerante (salvo contra el mal que empañaba la gloria y los derechos de Dios en la Asamblea). No se preocupaba de su persona, pero sí de lo que afectaba a los intereses de Cristo. En fin, yo soy un hombre entusiasmado con su ministerio, y he recibido y recibo aún tanto bien que no me cansaría de prodigar elogios a su persona, ahora que no puedo dañarle con mi admiración. Pensaba ordenar un poco sus temas, siguiendo un orden de tiempo según la fecha de sus cartas, pero lo veo muy difícil por el hecho de que los mismos temas, con determinadas variantes, los hallamos a través de todas sus cartas. Es una lástima, pues uno se da cuenta de que su peso era más efectivo a medida que transcurrían los años. Así, he optado por señalar una temática sin tener demasiado en cuenta la cronología. Por lo general, sus conclusiones eran siempre sabias, presentadas con poder y enfatizando la verdad, que por otra parte se recomienda a sí misma. En fin, podría extenderme más, pero os adelanto solamente la idea. Si cristalizará o no, no lo



sé. Dios lo sabe. Tú, Ricardo, también tienes esa colección y en la estantería de Juan también la he visto.

—Si yo la adquirí fue por vuestro conducto y unos hermanos de Francia me proveyeron de ella; me la regalaron. Esto no tiene precio.

—Sí, es bien cierto que la tenemos y conocemos y admiramos el valor inestimable de estos cuadernos que, desde antes de la guerra franco-prusiana, han llegado hasta nuestros días. Han pasado muchas cosas en ciento diecisiete años. Tanto en el mundo como en la cristiandad, y también en el Testimonio.

»¡Qué temas de meditación hallamos! Libros debidos a la pluma de los que nos precedieron. Aquellos hombres de la primera generación del Testimonio que vivieron tan cerca de Dios, en la dependencia del Espíritu Santo, acatando el señorío de Cristo: J.N.D., Bellet, Kelly, Mackintosh, W. Trotter, W. J. Lowe y muchos más; después, H. Rossier, Ladriere, S. Prod'hom, etc., y otros muchos cuyos nombres silencio porque aún están peregrinando entre nosotros, pero por los cuales damos gracias a Dios. Tengo que confesar con gozo que ha sido para mí una fuente de bendición, de instrucción y de interpretación. Es difícil no hallar respuesta a cualquier tema, asunto, problema, etc. Además poseo, al igual que Roura, un índice que abarca ochenta y siete años. Éste ha sido un trabajo de paciencia, abnegación, constancia... ¿Quién lo hizo? No lo sé. Nadie ha puesto su firma, pero ahí está: humilde, Modesto, pero rotundamente eficaz. Gracias a Dios por ello. Mucha parte de mis conocimientos —aunque bien limitados por cierto— los debo sin embargo a este vasto trabajo de más de un siglo de proyección (son 117 volúmenes). Los correspondientes redactores (no han sido muchos, pues conscientes de lo que hacían y para quien lo hacían, Dios les



proveyó de un espíritu de firmeza, exento de desmayos) se fueron sucediendo en la medida que quemaron sus vidas en este trabajo. También damos gracias a Dios por el silencioso y anónimo trabajo de los expedidores, compaginadores y por todos los que dedicaron su tiempo, haciendo, solícitos, la labor de la hormiga. Su trabajo no ha sido en vano. Hoy gozamos en leer artículos, conferencias, meditaciones, estudios, cartas, etc., bien sustanciosos y edificantes, de fechas en las que nuestros padres aún no habían nacido, y este alimento es de positivo beneficio para la generación actual. Claro, ya veis que no sólo la conozco por tenerla en la estantería, sino que me he ocupado en ella muchas horas de mi vida (podría decir que después de las Escrituras, es lo que más he leído), pero nunca se me había ocurrido la idea del amado Roura, y no sé si a Juan y a Lidia se les ocurrió alguna vez, porque en los años que hemos comentado tantas cosas de su contenido, y entre ello las cartas —pues son muy conocidas (existen tres tomos en inglés con la totalidad relativa de las que escribió)— nunca pensamos en un trabajo semejante, pues ni en francés existe (creo yo) ningún volumen que compagine las quinientas y pico de cartas que en los ciento diecisiete años están diseminadas a través de las aproximadamente cuarenta mil páginas del “Messenger”. Eso sí, si no estoy mal informado, creo que existe un folleto del depósito de Vevey, más bien reducido, con extractos de estas cartas. Felicito pues a Roura por esa idea genial y propongo que oremos por este asunto. Si el Señor no muestra ni dispone lo contrario, me pongo a la disposición de mis hermanos para hacer lo que Él estime mejor en este trabajo. Tengo confianza en los propósitos y en el orden de las ideas de Pedro. — Así respondió y se expresó Graells.

Lidia, a su vez, añadió:



— Aunque no tengo los ánimos ni la energía de antes (los años no pasan en vano), dispongo de tiempo y lo que no haga la energía, contando con el Señor, lo hará el tiempo. No sé cuándo volverá Juan. Estamos acostumbrados a contar siempre con él, sobre todo yo, claro está, pero me gustaría que se llevara una sorpresa, aunque bien mirado, no se la llevará; él conoce de lo que sois capaces, pero digo una sorpresa en el sentido de encontrar a su regreso algo en lo que ni tan siquiera había pensado, pues como ha dicho Ricardo de esto nunca habíamos hablado antes. Estoy de acuerdo en hacer de secretaria y traductora, pero Ricardo tiene que traducir también, él lo hace bien; lo prueba todo lo que ha traducido. No, no te excuses. Ninguno de nosotros somos profesionales, ni eruditos en cuestión de letras ni en idiomas, pero sí se puede ofrecer algo que sea legible; que sea comprensible; y si los que lo leen son benévulos con nosotros, ya podemos darnos por pagados. Hemos de hacerlo con el intento de ser de ayuda, como otros lo fueron y aún lo son en favor nuestro.

— Bueno, bueno, no me excuso del trabajo, pero yo haré lo menos comprometido, pues tú me aventajas, Lidia, y no lo digo para halagarte; la realidad es la realidad —dijo Graells.

— ¿Qué has dicho, Ricardo? ¿Qué insinúas con tu respuesta? ¿Yo tengo que dirigir todo este trabajo? —intervino Roura—. No, esto no puede ser. Yo lo he propuesto y ayudaré en todos los conceptos, pero no estoy capacitado para más. Preguntádselo a Juan. El trabajo de dirección es cosa tuya, Ricardo.

— Mira, amado, yo te conozco bastante. Hace muchos años que me abriste tu casa y tu corazón. Conozco tus costumbres, tus capacidades, tus ejercicios y tu amor para los hijos de Dios. Eres humilde, pero un poco acomplejado a la vez; lo primero está bien, lo aceptamos, lo admiramos y



damos gracias a Dios por ello, pero de lo último tienes que desembarazarte. Sí, tú eres un «payés» (denominación del hombre de campo catalán), pero eres un señor payés. Tienes más cultura de la que muchos quisieran para sí. Tus padres pudieron enseñarte, y si has continuado con la hacienda es porque eres un enamorado del campo y de la naturaleza, y has preferido esta actividad al mecanismo de la complicada civilización industrial y comercial. Esto, por mi parte, te lo alabo. Pero de ahí a que siempre te presentes como un labriego ignorante no lo acepto. Eres más reflexivo que nosotros, más ordenado, y en términos generales tienes más conocimientos de nuestro entorno. En la vida espiritual tal vez no tienes tanta actividad visible como nosotros; no eres un analista de la talla de Juan ni profundizas como él. Es mayor que tú, y su vida ha estado marcada por la lucha. Hay pues una experiencia y un discernimiento. Esto lo reconocemos todos, pero no tienes por qué situarte tanto en la retaguardia. Hoy estamos aquí; mañana quién sabe. Somos unos frágiles instrumentos, pero la mano que nos usa es diestra. Tenemos pues que estar a la disposición del Maestro. No tienes porque temer tanto de tu pretendida pequeñez, pues en el peor de los casos, el Señor, con un martillo pequeño, puede desmenuzar una roca muy grande. Esto lo ha hecho infinidad de veces. Hay que considerar siempre la potencia y la habilidad del brazo que lo usa, y no el volumen o tamaño de la herramienta usada. Así que, esta vez, tú vas a gobernar este negocio, y que el Señor te bendiga.

Con este sincero deseo, Graells terminó la apología que hizo de su hermano. Roura enrojció, y no precisamente de ira. Con dificultad podía soportar la admiración de sus hermanos; él no había nacido para protagonizar nada. Pensaba: «¿cómo soportar la idea de dirigir una actividad espiritual



cualquiera, si era menos que nadie?». Graells y Lidia Serra insistieron y le rogaron, en el nombre del Señor, que con toda confianza tomara la responsabilidad de este servicio. Sin atreverse apenas a levantar la vista del suelo aceptó, contando, dijo, con la benevolencia de los hermanos.

Oraron sobre esto, mientras en días sucesivos formaban sus planes de trabajo y estudiaban un método conveniente bajo la mirada del Señor.

Al final, un día resumió Roura sus maduradas impresiones, la organización de la tarea, y el orden que deberían imprimir a la obra.

—Pensaba presentaros las siguientes conclusiones, bien que no son definitivas. En primer lugar, tengo un brevísimo esbozo biográfico (obra de un amado hermano francés) y a continuación un resumen itinerante que el mismo J.N.D. nos ofrece a lo largo de sus cartas. Todo es biografía, en cierto sentido. Después tengo unas notas sobre lo que escribió y está editado, y a continuación las cartas. No todas, puesto que sería un trabajo que nos ocuparía más tiempo del que ahora podemos dedicar a esta actividad. Además, mucho de lo que está escrito es historia de hechos y circunstancias que tienen un sello muy local o personal, según sea el caso, y que no nos afectan en su carácter administrativo (espiritualmente hablando). Cosas condicionadas a circunstancias particulares, o del entorno en que se movió y las relaciones que tuvo. Cosas de marcado interés cuando estas cartas fueron publicadas por primera vez (pues aún vivía una generación que conocía al señor Darby y le habían tratado), pero que ahora para nosotros no tienen otro interés que el de una vivencia histórica; eso sí, instructiva e interesante. Pero la infinidad de temas generales, de diversas motivaciones que siempre son de actualidad, son temas desarrollados con un poder aplica-



tivo y una sabiduría extraordinaria: la sabiduría de lo alto; otros tienen su origen en preguntas que se le formularon, sobre consultas doctrinales, interpretación de pasajes, etc... esto sí que es de un provecho siempre constante y actual. Cartas que tratan de circunstancias de dolor: fallecimiento de esposas, de esposas y madres jóvenes, de esposos, de hijos e hijas, de hermanos y hermanas que murieron cargados de años; otras, de personas creyentes que murieron en circunstancias y produjeron a su alrededor un sentimiento de aflicción y también de temor; circunstancias solemnes producidas por la voz fuerte del Señor, delante de quien debemos bajar la cabeza con humillación y temblor. Consultas sobre casamientos, que tanto hermanos como hermanas jóvenes le hicieron, respondidas y tratadas con delicada exquisitez de sentimientos cristianos, a la luz de la palabra de Dios. La partida de este mundo de venerados hombres de Dios (como Bellet por ejemplo). Sus opiniones en relación con personas conocidas de la asamblea; opiniones favorables o desfavorables, según el caso, pero siempre sin acrimonia o sin desmedida alabanza, sino como de uno que habla en la presencia de Dios. Cartas dirigidas a los desanimados, a los tomados en alguna falta, a los excomulgados; ocasiones todas de mostrar un corazón ejercitado en el amor de Dios, en la gracia, en la paciencia de Dios y en el poder restaurador del Abogado y del Pontífice. Temas como el bautismo, la Cena, el Cuerpo de Cristo, el Testimonio, la unidad del Cuerpo, el bautismo del Espíritu Santo, Israel, las naciones, la Iglesia, la profecía, etc. ¿Qué es lo que no podía escribir y predicar con provecho un hombre de Dios como él?

»Todo esto pensaba acotarlo por temas y que cada cual cuidara de traducirlo; yo lo más fácil, y vosotros lo demás; y al final ordenarlo todo. Cuando Juan regrese, habrá que leer-



lo y considerarlo. Necesitamos su opinión, sus consejos y su posible colaboración. No me consideraría feliz si prescindieramos de él; sería una pérdida para nuestro trabajo conjunto.

»Existe también una carta que no fue enviada a su destinatario, seguramente para no dar la impresión de que J. N. Darby hablaba demasiado de sí. Fue hallada entre los papeles del amado siervo después de su fallecimiento. Es interesante. Habla de los inicios de sus ejercicios y de la obra. Cuando la escribió contaba ya más de cincuenta años. Se hallaba, no obstante, a mitad de camino de su andadura en el ministerio. Pensaba insertarla aparte del cuerpo de la obra, al principio, a continuación de las notas biográficas. De momento esto es todo, hermanos. Tengo deseos de oíros y de que refutéis o enderecéis, o bien transforméis el orden en que he presentado mis ideas sobre el trabajo. Cualquiera de vosotros lo haría mejor. Me habéis casi obligado, y ya sabéis que yo siempre lo he esperado todo de los demás.

Cuando terminó, sus hermanos no cabían en sí de gozo. Era el sentimiento producido por la obra de Dios en los demás. En este caso en el corazón de Roura. Porque Pedro, por encima de todo, por encima de sus facultades, su tesón, su abnegación, su innegable y equilibrada inteligencia, era un corazón; un corazón para Cristo y para sus hermanos.

Ricardo Graells y Lidia Serra tenían seguramente algo que objetar. El enfoque del trabajo les complacía; el esquema, no tanto. Tal vez pensaban que un orden progresivo en la presentación de la correspondencia ayudaría al lector a considerar el adelanto y la madurez en el conocimiento del Hijo de Dios, y todo lo que a Él atañe, que John N. Darby adquirió a través de los años. «La senda del justo es como la luz de la aurora que va en aumento hasta que el día es perfecto» (Pr 4:18); pero por nada del mundo querían presentar ningún



reparo a su amado Roura. No fuera que, un poquito acomplejado que era en relación con sus hermanos, se retrajera después del despliegue confiado que de sus facultades (bien entendido que venían de Dios) había hecho. Pero quién sabe. Tal vez estaba en lo cierto. El trabajo por temas podía, por otra parte, ser más asequible y más meditativo. Así es que, por todo comentario, y con un brillo de felicidad en sus ojos, ambos dieron a Roura un efusivo apretón de manos.

Eliminaron de sus quehaceres diarios todo aquello que siendo legítimo no era imprescindible, es decir, dejaron lo bueno por lo mejor.

Pasaron las semanas y el material disponible iba aumentando. Roura lo compaginaba según el plan preestablecido.

He aquí el trabajo de nuestros amigos:

JOHN NELSON DARBY

Su nacimiento, peregrinaje y muerte

Nota biográfica gentileza de A. G.

John Nelson Darby nació en Londres en 1800 en el seno de una acomodada familia irlandesa. Después de unos brillantes estudios en la Universidad de Dublín, renunció a la carrera de abogado para consagrarse al servicio de Dios. Un profundo trabajo de alma, antes de tener la paz por la simple fe en Cristo y en su obra, le preparó para este cometido. Consagrado como pastor anglicano en 1826, empezó su ministerio en una pobre y ruda comarca de Irlanda, dándose al mismo con ardor y plena dedicación. Allí adquirió la convicción de que no solamente la Iglesia anglicana se hallaba en un triste estado moral y espiritual, sino de que la existencia de múltiples iglesias y denominaciones religiosas de la cristiandad



era, de hecho, la negación de la sola y única Iglesia, a saber, el conjunto de los creyentes que son una unidad en Cristo, de quien forman su Cuerpo sobre la tierra unido a la Cabeza glorificada en el cielo.

Dimitió de sus funciones religiosas y entró en relación con otros cristianos que, como él, se hallaban iluminados únicamente por la luz de las Escrituras.

Algunos empezaron a reunirse con él, fuera de toda organización, en la ciudad de Dublín. Otros grupos se formaron al mismo tiempo y a continuación en Inglaterra y en el continente (Suiza, Francia y después Alemania), así como en Norteamérica.

J. N. Darby, que unía a una grande y humilde piedad una cultura intelectual de excepción, un espíritu abierto y una capacidad de trabajo sorprendente, se consagró por entero hasta su muerte acaecida en 1882 en Bournemouth a la propagación, por medio de su palabra y de su pluma, de las verdades que hallaba en la palabra de Dios. Anunciaba el evangelio a los inconversos con un gran amor en favor de las pobres almas esclavas del pecado, pero en particular orientó su servicio en reunir a los creyentes alrededor del Señor, a esclarecerles sobre la excelencia de su posición ante Dios a consecuencia de la perfección de Cristo y su obra, sobre la vocación celestial y la esperanza de la Iglesia, y sobre el sentido del testimonio de Dios en la tierra.

No cesó jamás de viajar, recorriendo amplias zonas de la Europa occidental (Francia, Suiza, Alemania, Italia, Holanda), y largas visitas a los Estados Unidos, Canadá, las Antillas, Nueva Zelanda, etcétera.

Ha dejado un gran número de escritos, en su mayoría tratados y opúsculos relativamente breves. Han sido reunidos durante su vida y después de su muerte por la diligen-



cia y los cuidados de William Kelly, y forman una colección (Collected Writings) de treinta y cuatro volúmenes, más otros siete de notas y comentarios sobre la Escritura.

Entre los más significativos podemos mencionar: “La Iglesia según la Palabra” (1850), “El culto según la Palabra” (1848), “La esperanza actual de la Iglesia y las profecías que la establecen” (1840), numerosas publicaciones de controversia —pues tuvo que combatir a muchos contradictores y falsos maestros—, comentarios escriturales, etc., “Los estudios sobre la profecía: notas sobre el Apocalipsis” (1842), “Estudios sobre Daniel” (1840). También se ha publicado una voluminosa correspondencia, de la cual destacan tres tomos de cartas en inglés.

Pero sus obras capitales son, de una parte, los “Estudios sobre la Palabra”, publicados a partir de 1852 (primero en francés y después en inglés), y de la otra su traducción de la Biblia al francés efectuada con la colaboración de hermanos calificados, obra de valor inestimable por su exactitud y por el respeto con el que ha sido tratado el texto sagrado. La traducción en francés sirvió de base a la traducción alemana y a una versión inglesa.

RESUMEN ITINERANTE TOMADO DE SU CORRESPONDENCIA (Todo este resumen es aproximado)

Desde 1832 hasta 1839 toda su correspondencia está dirigida desde Irlanda o Inglaterra, pero el 22 de noviembre de 1839 hallamos su primera carta fechada en Neuchâtel (Suiza), país donde permaneció hasta 1843, circunscribiéndose al área o cantones de lengua francesa (Lausana y Ginebra principal-



mente). Regresa a Inglaterra, donde reside hasta el año siguiente, y en marzo de 1844 escribe su primera carta desde Francia (Montpellier). Después de una breve estancia en este país regresa a Londres, y desde allí viaja a numerosas ciudades de Inglaterra. En enero de 1847 escribe desde la isla de Guernesey (canal de la Mancha). En la primavera de este mismo año visita nuevamente Montpellier, en donde permanece poco tiempo. Regresa a Inglaterra en octubre y en enero de 1848 volvemos a encontrarle en Montpellier, desde donde vuelve a regresar a Inglaterra (casi siempre a Plymouth), desde donde escribe en mayo. Viaja por Inglaterra ocupado constantemente en el ministerio, y a finales de año fecha sus cartas en Ginebra, después en Vernoux (marzo de 1849), en abril desde Montpellier y en mayo desde Orthez (Bearne). La obra empieza a tomar cuerpo en Francia. Regresa a Montpellier y en octubre lo detectamos en Nîmes. A continuación, después de permanecer bastantes semanas en esta población (tres meses por lo menos), lo hallamos en Lausana (Suiza) en julio de 1850; en febrero de 1851 en Montpellier, y desde Londres escribe el 14 de julio del mismo año. El señor Darby tiene ya cincuenta años cumplidos.

Viaja por Inglaterra durante bastante tiempo (casi dos años) y en 1853 otra vez a Montpellier. Lo reencontramos en Irlanda en mayo de 1854 y en Londres el mismo mes, hasta agosto. A principios de 1855 se desplaza a Elberfeld (Alemania), parece ser que por primera vez; en el mes de abril aún escribe desde allá. Alemania llenó una no pequeña parte de su ministerio, con grande bendición. En el mes de noviembre lo hallamos en Inglaterra y en junio de 1856 nuevamente en Francia, en el Gard (Nîmes).

En septiembre de 1857 inicia sus primeros contactos con creyentes holandeses y escribe desde Rotterdam. Desde esta



ciudad se traslada otra vez a Alemania, y a primeros de 1858 regresa a Londres. Permanece en Inglaterra, pero en octubre de 1859 escribe desde Dublín; en abril de 1860 otra vez desde Nîmes (Francia); en agosto desde Saint-Agrève (Ardeche) y llega a Lausana en octubre, en donde queda tres o cuatro meses. Los años van sucediéndose. J. N. Darby ha cumplido sus sesenta años con una gran labor de ministerio oral y escrito en favor de las almas en tinieblas y entre los hijos de Dios. El Maestro le dirige, y él gobierna su vida en dependencia a los dictados de arriba.

En octubre de 1861 escribe nuevamente desde Elberfeld (Alemania), y en diciembre le hallamos nuevamente en Londres. Después de visitar numerosas comarcas del país (pues la obra en Inglaterra es importante, la nación número uno), en otoño de 1862 lo hallamos en Canadá. Allá permanece un año aproximadamente, visitando numerosas ciudades y lugares inverosímiles entre los indios, los leñadores, lugares que hasta poco —dice él— eran dominio de los osos y de los lobos.

Noviembre de 1863: otra vez en Londres, pero en febrero de 1864 lo tenemos nuevamente en Lausana. En la Suiza de lengua francesa la obra fue muy bendecida. Podemos casi asegurar que proporcionalmente al número de habitantes —unos novecientos mil en la actualidad— es donde mayor número de asambleas locales existen, algunas de ellas bastante numerosas, y también mayor número de almas vinculadas al testimonio.

En marzo de 1864 visita nuevamente Pau (fue el lugar en donde se realizó la mayor parte del trabajo de traducción del Nuevo Testamento en su versión francesa). En agosto del mismo año escribe desde Zurich; es la primera vez que seguramente visita la Suiza de habla alemana. En octubre le halla-



mos nuevamente en Londres, y en diciembre ha efectuado ya su segunda travesía del Atlántico y escribe desde Montreal. A mediados de 1865 deja el Canadá y por tierra se traslada a los Estados Unidos. Entra en contacto con diversos creyentes, principalmente oriundos de Europa (franceses y suizos). Visita Nueva York y Boston, desde donde probablemente regresa a Europa; llega en octubre del mismo año, y después de visitar la Isla de Wight, Dublín y Glasgow regresa a Londres, en donde fecha una carta en enero de 1866. Se traslada nuevamente a Dublín en donde permanece hasta mayo, y desde allí se dirige a París para regresar nuevamente a Londres, desde donde volvemos a tener noticias en junio del mismo año.

En el mes de agosto vuelve a atravesar el Atlántico por tercera vez; ha llegado al Canadá, por donde viaja durante tres meses de un lugar a otro (Hamilton, Toronto, Guelph) para dirigirse desde allí a Nueva York el mes de noviembre, donde se hospeda dos meses. En febrero de 1867 lo detectamos en Boston por poco tiempo y de allí regresa a Nueva York, desde donde, después de permanecer otros dos meses, se traslada a Massachusetts, y desde Boston (capital del estado) escribe en mayo. En junio le hallamos en Guelph (Canadá), lugar en donde se daban las conferencias anuales con la asistencia de hermanos canadienses y norteamericanos. Se traslada a Toronto donde permanece por un tiempo, y otra vez desde allí a Nueva York hasta finales de 1868. Regresa nuevamente a Canadá en marzo de 1869 (Montreal) y en julio le tenemos ya de regreso en Irlanda. Escribe desde Dublín y un mes más tarde desde Londres, donde reside hasta el 17 de noviembre. Nuevamente cruza el Atlántico por cuarta vez, y a fines de año visita por primera vez la Guyana inglesa, las Antillas (Barbados, San Vicente y Jamaica). Pasan los meses y escribe cartas desde Georgetown, Kingston, etc., hasta mayo



de 1869. Regresa a Londres, desde donde fecha una carta el 5 de junio. En agosto otra vez le hallamos en Ginebra; a continuación en Pau (Francia) y en noviembre en Elberfeld (Alemania). En esta población permanece bastante tiempo, tal vez cinco meses. Desde allí escribe mucho. En mayo de 1870 el señor Darby se encuentra en Londres. Alcanza un hito en su pasaje terrenal: tiene ya setenta años (Sal. 90:10).

En julio de 1870 (año de la guerra franco-prusiana en que tantas circunstancias penosas sufrieron los franceses del norte, en particular, y entre los tales bastantes hermanos) el señor Darby se traslada al Canadá atravesando el océano por quinta vez. Escribe desde Guelph, reembarca en agosto, según se deduce por su carta, y en septiembre escribe desde Londres. Su permanencia en el continente americano ha sido muy breve. Seguramente cambió sus planes al producirse la declaración de guerra por parte de Napoleón III el 15 de julio. En esta fecha se hallaba en Guelph y podemos creer que su corazón sufría. Tanto en Francia como en Alemania había hermanos que debieron enrolarse en los respectivos ejércitos. Esto es un desastre para los verdaderos hijos de Dios en las circunstancias del desierto. En sus cartas de esta época nos daremos cuenta de cómo trata todo este asunto, los derivados y las consecuencias. Como siempre, dirige el corazón de los santos por encima de lo que es terrenal, con aquella sabiduría y tierna delicadeza en favor de los que podían verse involucrados por sentimientos nacionales.

Desde septiembre de 1870 le seguimos por sus cartas y nos damos cuenta que esta vez ha permanecido en Inglaterra unos seis meses. En junio de 1871 le hallamos en Dublín, en agosto lo encontramos en Belfast, desde donde regresa a Londres el mismo mes. En septiembre escribe desde la Suiza de habla francesa (Vevey). Leemos varias cartas de fecha



imprecisa y en noviembre lo hallamos en Turín (Italia). Allí permanece hasta enero de 1872; entra en Francia por Niza, de allí se traslada a Nimes, desde donde recorre el Gard. En abril está en París, desde donde regresa a Londres en el mismo mes. Pero he aquí que en junio lo hallamos nuevamente en Boston, en su sexta travesía del Atlántico. De Boston se traslada a St. Louis, Chicago, Springfield, y de allí nuevamente a Chicago a final de año. Parece increíble tanta actividad a sus años y en su tiempo. Desde el Estado de Kentucky escribe en enero del 1873, en marzo desde Montreal (Canadá), y a renglón seguido regresa a Estados Unidos (Boston), yendo a continuación en abril a Nueva York. El mes de julio de 1873 fecha sus cartas desde Inglaterra: Leeds, Ryde, Ventnor, Bath, Hereford, Londres, Edimburgo (Escocia), otra vez Leeds, Londres y Dublín (Irlanda), hasta finales de año.

Empezamos el 1874 y en enero lo hallamos en Belfast (Irlanda del Norte), después viaja hacia París y en febrero está en Milán (Italia). En abril aún sigue allí y el mismo mes se traslada a Vevey (Suiza de habla francesa). Escribe mucho desde allí y en junio lo encontramos en Dillenburg, después en Siegen, Elberfeld (todo esto en Alemania) para volver a Londres en julio.

A mitad del 1874 aproximadamente (Darby tiene ya 74 años) emprenderá su séptimo y último viaje al Canadá y Estados Unidos. Pero esta vez atravesará el continente americano de este a oeste desde San Francisco. Después de haber pasado cinco días y seis noches en ferrocarril, embarcará hacia Nueva Zelanda. Más de treinta días de buena navegación le llevarán a Auckland, la más importante de las ciudades neozelandesas, enclavada en la isla norte (una de las dos grandes islas del archipiélago). Pero sigamos con la ruta de sus cartas...



En el mes de septiembre de 1874 escribe desde Boston y en noviembre desde Nueva York. Vuelve a Boston, donde permanece todo el mes de marzo. Entre Concord, Nueva York y Filadelfia pasa el mes de abril y luego se dirige a Chicago, hasta junio. En agosto lo hallamos ya en San Francisco, a orillas del Pacífico. De esta ciudad embarca rumbo a Nueva Zelanda, a donde llega después de cinco semanas de navegación. Escribe su primera carta desde Auckland, la segunda desde Nelson, la isla sur, en octubre de 1875, en donde permanece unas semanas. En febrero de 1876 lo hallamos otra vez en la isla norte, esta vez en Wellington (la capital), y en marzo en Christchurch, la ciudad más importante de la isla. Desde esta ciudad escribe que se propone trasladarse a Melbourne (Australia) para asistir a una conferencia, y de allí a Sydney para embarcarse de regreso a San Francisco. Efectivamente, el 9 de junio de 1876 escribe ya desde esta ciudad.

Desde Brandford (Canadá), en el mes de julio escribe a un hermano de Francia: «Nueva Zelanda me ha tenido un poco alejado de la obra de Europa; del cuerpo de la obra, no del corazón. Ahora estoy ya de regreso, esperando encontrarme allá antes del invierno. Cuando recibí su carta, acababa de atravesar el Pacífico; treinta y un días de mar, debiendo añadir a esto cinco días y seis noches de ferrocarril. Salvo el calor de estos dos últimos días, bastante fatigoso, me encuentro muy bien por la bondad de Dios, y gracias a Él he hallado a los hermanos de aquí gozosos y en paz. Puede que sean un poco negligentes en relación con los de fuera, pero son espirituales, piadosos, unidos, teniendo solicitud los unos por los otros».

Desde San Francisco, y antes de trasladarse a Brandford para asistir a una conferencia que reunió a numerosos hermanos del Canadá y de los Estados Unidos, se fue a Chicago



para empezar a escribir la carta cuyo extracto queda indicado anteriormente, y de allí a Hamilton, desde donde escribe a mediados de julio. En Toronto fecha una carta el 20 de agosto; en Belleville, en septiembre. Después se traslada a Quebec; en noviembre escribe desde allí y a finales de este mes también desde Boston, en Estados Unidos. En diciembre aún permanece en esta ciudad, no sé hasta cuando, pero el hecho es que no ha regresado a Europa antes del invierno, como tenía previsto. A principios de marzo de 1877 está en Nueva York y el día 21 del mismo mes en Halifax, donde continúa por algún tiempo. El 4 de junio escribe desde Ottawa, la capital administrativa del Canadá. Después parece ser que desde Quebec regresó a Inglaterra, y que de allí se trasladó a Dublín, según una carta fechada el 23 de junio.

Ha estado ausente de Europa desde septiembre de 1874 hasta junio de 1877 (casi tres años) visitando los países nombrados. Aún tiene bastante energía, pero según confiesa siente el peso de la vejez, aunque también el de gloria. Se halla más desligado de la tierra y más cerca del Señor. Sus cartas tienen cada vez un sabor más celestial. Las hay que parecen venir de otro mundo y de estar escritas por un hombre de otra raza. Realmente es así.

Viaja y escribe desde Leeds y regresa a Londres, donde permanece por un tiempo. A finales de año se halla en Dublín, lugar donde le sorprenden los albores de 1878. Escribe, siempre escribe. Muchos días responde a trece o catorce correspondientes, pero no es todo. Tenemos el compendio de su grandiosa obra escrita que ha ido creciendo a través de los años, y que gracias a Dios tenemos a nuestra disposición. Todo esto no ha sido obra de gabinete (aunque también haya ocupado mucho tiempo en él), sino viajando de aquí para allá, levantándose a las cuatro de la mañana y trabajando has-



ta las once de la noche, un día y otro día, un mes y otro mes; un año tras otro. Con la fatiga de la vida, las enfermedades, los accidentes; las largas correrías, los viajes a caballo, la diligencia y el ferrocarril de aquel tiempo; la alimentación, tan dispar según los países y lo que esto lleva aparejado (el riesgo de constantes trastornos digestivos), etc. No es comprensible — naturalmente hablando — su proliferación de trabajo, tanto de cuerpo como de espíritu, si hacemos abstracción de la energía, la guía y el poder del Espíritu Santo. Durante semanas predicando cada día seis y siete veces; los estudios con los hermanos, las visitas por las casas, el tráfigo de la lucha, la contradicción de los incrédulos, el racionalismo que invadía Inglaterra... ¡siempre en la brecha!

En mayo de 1878, este anciano se desplaza aún a Elberfeld (Alemania), a Zurich, Ginebra y Berna (todo esto en Suiza), y en septiembre regresa otra vez a Londres.

A principios de 1879 — ahora es preciso contar los meses muy despacio — lo hallamos en Pau (Francia). Se hospeda durante seis meses en casa del amado hermano Schlumberger, trabajando para completar la versión francesa de la Biblia, o tal vez la revisión del Antiguo Testamento, pues el Nuevo hacía años que se había publicado. En julio escribe desde Londres, en donde permanece un par de meses, y vuelve a trasladarse a Francia (siempre amó mucho la obra de ese país). En septiembre escribe desde Les Ollieres (Ardeche), y después desde Vernoux y Montpellier en octubre. El mismo mes regresa a Pau, desde donde se dedica a escribir mucho y donde permanece tres meses con alguna salida por los alrededores y a Burdeos en diciembre de 1879, pero en enero de 1880 escribe todavía desde Pau.

A primeros de febrero fecha una carta desde Londres. En abril, otra desde Reading, donde creo que existían difi-



cultades serias en la asamblea local. En mayo está en Dublín; en junio, en Belfast, y en julio regresa otra vez a Dublín. En septiembre se desplaza a Escocia (Edimburgo, Aberdeen) y en octubre regresa a Londres.

Ha cumplido los 80 años y no puede desplazarse como hasta entonces (Sal 90:10).

En Londres permanece alrededor de medio año hasta mayo de 1881, pero siempre con sus plenas facultades mentales e intelectuales, trabajando en su gabinete o en la cama, o como sea. El 28 de junio escribe desde Croydon (cerca de Londres) en donde permanece dos meses, y regresa a Londres desde donde, a continuación, vuelve a Croydon, y escribe también desde Ventnor en el mes de octubre.

En el mes de enero de 1882 —año de su fallecimiento— escribe aún desde Londres y desde Croydon en febrero, regresando a Londres nuevamente, desde donde fecha una carta el 28 de este mes.

El 10 de marzo el señor Darby se halla ya en Bournemouth —último viaje de peregrino y lugar donde terminó su carrera terrestre. El día 11 se despide (por mano de otro, pues no puede ya escribir) de su amado P. Schlumberger de Pau, «deseándole la bienvenida en el otro mundo».

Aún leemos otra carta con fecha 28 de marzo, y el 29 de abril de 1882 partió para estar con su Señor después de una carrera pletórica de bendecido trabajo.

Entierro del Sr. Darby

Como queda dicho anteriormente, J. N. Darby partió para estar con Cristo el día 29 de abril de 1882. A continuación traducimos y entresacamos, de una carta manuscrita por un



hermano testigo de la efeméride, unos detalles de interés referentes a sus últimos días, y en particular al entierro del amado siervo de Dios.

«Fue un día muy triste; sí, muy triste, aquél en que nos tocó acompañar el cuerpo de nuestro amado hermano a su última morada terrestre. Pero nos consuela el hecho de saber que “ausente del cuerpo, estaba presente con el Señor”.

»El jueves que precedió su muerte, decía: “Soy como un pájaro dispuesto a volar”, y dos días después, el sábado 29 de abril, a las 10:55 de la mañana, dejó este mundo para irse con Cristo, “lo cual es muchísimo mejor”.

»Como pensamos en la posibilidad de que haya corazones deseosos de conocer lo concerniente a las circunstancias del día del entierro, damos unos pormenores tan simples y tan exactos como son posibles. Sin embargo, debemos advertir que nos ceñimos a hechos exteriores, pues nos está vedado precisar lo que sentían los corazones, cuyo estado sólo puede valorar Aquel que lloró sobre la tumba de Lázaro.

»Nuestro hermano había permanecido las últimas ocho semanas de su vida en el agradable y tranquilo hogar de nuestros hermanos señor y señora Hammond, rodeado y cuidado con toda la ternura que el afecto cristiano puede sugerir y proyectar. Tal fue su última morada en vida. De allí salió para la tumba.

»El 2 de mayo (día del entierro) tuvo lugar una reunión de oración previamente convocada para el mediodía. Los que acudieron pudieron contemplar —al atravesar el vestíbulo que precede el espacioso salón donde la gente se reunió— el féretro situado sobre dos caballetes, en el que también podía leerse:

»”J. N. Darby, nacido el 18 de noviembre de 1800 y que durmió en el Señor el 29 de abril de 1882”.



»Como alguien dijo: la triste y solemne realidad para nosotros consistía en el hecho de que nuestro amado hermano había dejado este mundo. Que el instrumento escogido que había trabajado con afán para apacentar el rebaño de Cristo y exponer las verdades y la riqueza de la Palabra había entrado en su reposo.

»En el mismo salón en que tuvo lugar un estudio sobre las Escrituras y en el que sus últimas enseñanzas impartidas habían versado sobre el tema expuesto al final del cap. 3 de Efesios: “A fin de que Cristo habite por la fe en vuestros corazones”, los afligidos hermanos se hallaban ahora reunidos de nuevo, esperando en Dios y en silencio, con dolor sincero, pero con el sentimiento profundo de la presencia del Señor.

»Esta calma solemne fue interrumpida por el canto del himno “El reposo de los santos en lo alto”, a continuación del cual un hermano anciano rindió gracias al Señor, en primer lugar por la gloria que ha puesto delante de nosotros y nadie puede arrebatarlos, y después por la plena suficiencia de Cristo y por la certidumbre de Su bendita presencia hasta el final de nuestro peregrinaje terrenal.

»A continuación un hermano pidió al Señor que la partida de nuestro amado hermano J. N. Darby pudiera ser bendecida para todos, haciéndonos sentir la urgente necesidad de vivir ocupados en el Señor mismo de una manera más real, así como más consagrados a Su servicio.

»Otra oración siguió (y por cierto conmovedora) por la cual un hermano agradeció al Señor el don que había dado a la Iglesia por medio del servicio fiel que su siervo había cumplido, y por la vida de consagración que vivió en conformidad con los principios que la habían dirigido. Fue tan intensa su emoción que no pudo continuar.

»Otro hermano, con acciones de gracias por todo el bien



que el ministerio del amado hermano nos había aportado, pidió que su muerte ofreciera aún la posibilidad de hablar al corazón de todos los que le conocían y que sus escritos puedan contribuir de forma bendecida a proveer firmeza espiritual a los santos.

»Y por fin, un hermano muy anciano oró con grande confianza en Dios, y esta dulce, aunque triste y solemne reunión de oración y acciones de gracias, finalizó con el canto del himno “Tú, manantial secreto de sereno reposo”.

»Atendiendo a la sugerencia de un hermano, se procedió a la lectura en presencia de todos, antes de abandonar el salón, de las últimas palabras que J.N.D. escribió.

»Hacia las tres de la tarde, el cuerpo fue conducido por ocho hermanos a la sencilla carroza fúnebre que esperaba a la puerta y que debía de conducirlo al cementerio, situado a respetable distancia. Ningún vehículo de duelo siguió al féretro, únicamente algunos cabriolés para los que no podían caminar tan largo trecho. La mayoría de los que se habían reunido se trasladaron al cementerio por un camino distinto del seguido por el coche mortuorio, de suerte que no se diera motivo alguno para llamar la atención del mundo. Hemos de notar que éste había sido el deseo de nuestro amado hermano, deseo que los hermanos respetaron.

»El cuerpo llegó al cementerio hacia las tres y media. Centenares de personas se hallaban congregadas en el lugar para recibirle. A una corta distancia de la puerta de entrada fue bajado del coche fúnebre desde donde veinticuatro hermanos, relevándose de trecho en trecho, le condujeron a la sepultura. Alrededor de mil santos afligidos rodeaban la fosa. Algunos habían venido de Escocia, otros de Irlanda.

»Después de un momento de concentración espiritual, un hermano (el señor McAdam) indicó el cántico:



¡Oh día precioso! viene el Señor
A tomar a su pueblo que le espera,
Más allá de los cuidados de la tierra
En donde no se conoce el pecar.
¡El Señor viene a buscar a los suyos
Y a sentarlos con Él en su trono
Para su gloria por siempre compartir!
La mañana de la resurrección se acerca,
Cada santo que duerme en el Señor será despertado
Y conducido a la luz plena.
Día demasiado glorioso para los ojos mortales,
Cuando la Iglesia reunida
Arrebatada será a las celestes esferas
Para siempre con Cristo estar.
Oh Señor, ¡cuán lentos son nuestros corazones
Para el cántico eterno alzar
Y gloria, honor y alabanza tributar!
Pero hasta ese día de gloria,
Bendito Salvador, tú nuestro escudo serás,
Pues a nuestras almas te has revelado
Cual nuestra fuerza y castillo protector.

»Un hermano (el señor Stuart) leyó a continuación Mateo 27:61, y dijo: «¡Qué contraste entre el entierro del Maestro y el de su siervo para el cual nos hallamos reunidos aquí hoy!

“José de Arimatea halló un lugar para el cuerpo de su Maestro. Con la ayuda de Nicodemo, lo puso en un sepulcro nuevo de su propiedad. Pero ¿quiénes eran las personas afligidas? ¡Dos pobres mujeres! ¡Cuán significativa y demostrativa es la realidad de la humillación voluntaria del Dueño



del Universo! Nuestros corazones se hallan tristes alrededor de la tumba del discípulo, ¡pero cuánta mayor tristeza sentían aquellas almas piadosas que le habían seguido en la tierra, y qué diferencia también en el carácter de este dolor!

“Una tristeza amarga, una angustia sin consuelo, llenaba los corazones, pues en aquel sepulcro, al depositar el cuerpo del Maestro, enterraban —al menos así lo creían— todas sus esperanzas. Habían esperado que Él era el libertador de Israel pero había muerto, y toda la luminosa expectativa en relación con la nación se había esfumado juntamente con la vida de Aquel que había partido y de la cual —pensaban— no les quedaba otra cosa que el recuerdo. En este momento doloroso nada sabían de la resurrección, mientras que nosotros nos hallamos alrededor del sepulcro del servidor sabiendo que Jesús ha resucitado, y que está con Su presencia haciéndonos compañía en nuestra tristeza, así como que también volverá pronto para tomarnos a Sí e introducirnos en el cielo.

“¿Cómo podríamos haber venido aquí con confianza y depositar en el sepulcro el cuerpo de nuestro hermano amado si nouviésemos firmemente asegurada la esperanza de la resurrección? Cuando pensamos en todos los gloriosos privilegios que se desprenden de la resurrección de Cristo, un gozo real se mezcla con el dolor que sentimos sobre una tumba que va a cerrarse. En presencia de la muerte no nos conviene elogiar al difunto. Un solo ser entre los que han pisado la tierra es digno de alabanza. Es Aquel que ha vencido la muerte y que tiene todo el poder sobre la misma, Aquel que muy pronto despertará de la tumba a los que durmieron y llamará también con poder a los que vivan para estar siempre con Él. El Señor murió y fue sepultado, pero ha resucitado. “Mas cada uno en su orden: Cristo las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida”. Es con esta esperanza bendita que



nos consuela, que nos libera y fortifica, que depositamos en la tumba el cuerpo de nuestro amado hermano que partió”.

»El servicio continuó con fervientes oraciones; se leyeron y comentaron otras porciones de las Escrituras, entre ellas Génesis 48:21: “He aquí yo muero, mas Dios será con vosotros, y os hará volver a la tierra de vuestros padres”. Un hermano (Charles Stanley) leyó también en el Evangelio de Juan 14:1-3 y 1ª Tesalonicenses 4:13-18, lo cual fue también comentado. A continuación se añadieron otras oraciones con himnos de esperanza.

»Después de un breve silencio, el ataúd fue bajado a la fosa por diez hermanos, y uno de ellos confió el cuerpo del siervo a los cuidados del Señor hasta el día de la resurrección. Aún se cantó otro himno a Aquel que había tomado a nuestro hermano, y finalmente, sin que nadie lo indicara, se elevó —como proviniendo de un solo corazón y de una sola voz (con acorde armonioso y gozoso a la vez)— el canto de estas palabras:

Gloria, honor, alabanza y poder,
sean para siempre al Cordero.
Jesús es nuestro Redentor,
¡Aleluya, Aleluya, Alabemos al Señor!

»Muchos dirigieron una mirada a la tumba, como un último adiós en el desierto. Después nos dispersamos para pensar aún en aquél que reposa de sus trabajos en la presencia del Señor».



CARTA AUTOBIOGRÁFICA

Correspondencia sobre diversos temas

La carta que damos a continuación es como una breve autobiografía ceñida a un tiempo determinado (unos treinta años). Seguramente es la única que en su totalidad, y de forma ordenada, escribe de sí y de su obra. Como se desprende de la misma, la redactó por solicitud del profesor Tholuck, pero como se ha hecho constar en otro lugar no fue enviada a su destino. Después de su fallecimiento, los hermanos la hallaron entre sus papeles. Fue publicada en el apéndice del tercer tomo de sus cartas en inglés, y el año 1913 apareció traducida al francés en el “*Messenger Evangelique*” de Vevey (Suiza). Es de la versión francesa que ha sido tomada para darla al castellano:

Al Sr. Profesor Tholuck

«Querido hermano en Cristo:

Desde que nos vimos casi siempre he estado de viaje, de modo que habría sido difícil enviarle el relato que interesó de mí. Lo mejor que puedo hacer es comunicarle, con toda sencillez, cómo han sucedido, en mi caso, las cosas de esta obra de Dios desde el principio. Podrá comprender con facilidad que otros muchos han trabajado, y muchos de ellos con más consagración que un servidor, y aún con un resultado más relevante en lo que concierne a las almas y la bendición de las mismas. Pero es de la obra de Dios y no de nuestro trabajo que debo ocuparos, pues Ud. extraerá de mi relato lo que convenga a sus propósitos.



Yo era abogado. Juzgando que si el Hijo de Dios se había dado por mí, me debía por entero a Él, y que el llamado mundo cristiano se hallaba, en relación con Cristo, en una posición de ingratitud insoportable, mi alma suspiraba por una consagración completa a la obra del Señor. Mi idea era dedicarme a trabajar entre los pobres católicos de Irlanda. Me recomendaron que empezara por hacerme consagrar. No me sentía atraído a ocupar un cargo regular, pero joven en la fe (no estando aún liberado, vivía gobernado por el sentimiento de mi obligación hacia Cristo, y no lleno del convencimiento de que todo lo había hecho por mí; por lo tanto, que era rescatado y salvo) seguí los consejos de los que tenían una posición más adelantada que la mía en el mundo cristiano.

Fui consagrado y me trasladé entre los pobres montañeses de Irlanda, a una comarca inculta y ruda, donde permanecí dos años y tres meses trabajando como mejor pude. Sin embargo, sentía que todo esto no se correspondía con lo que leía en la Biblia en relación con la Iglesia y el cristianismo, ni con los efectos de la acción del Espíritu de Dios. Mi espíritu trabajaba sobre todas estas cosas desde el punto de vista práctico. De todas maneras, me ocupaba asiduamente de los deberes del ministerio que me había sido encargado, trabajando noche y día entre una gente casi tan rústica como las montañas en que habitaban. Me sobrevino un accidente (mi caballo se desbocó y me lanzó sobre el quicio de una puerta) que me inmovilizó por un tiempo, y estas ideas se fueron desarrollando. Después de un gran ejercicio de alma, la palabra de Dios tomó sobre mí una autoridad absoluta. Siempre la había reconocido como siendo verdaderamente esto: la Palabra de Dios.

Entonces comprendí que estaba unido a Cristo en el cielo y que, en consecuencia, mi posición ante Dios era la suya,



que no se trataba más, ante Él, de este miserable yo que me había cargado y fatigado, durante seis o siete años, en presencia de la ley. Entonces comprendí que la Iglesia de Dios, en su aspecto real, se componía de los que estaban unidos a Cristo y que la cristiandad exterior no era la Iglesia (salvo en relación con la responsabilidad de la posición que ella pretendía gozar, verdad ésta, por otra parte, muy importante en su lugar), sino que en realidad era el mundo. De otro lado vi que el cristiano, teniendo un lugar en Cristo en el cielo, no tiene otra cosa que esperar sino la venida del Salvador, para encontrarse, de hecho, en la gloria que le ha sido adquirida en Jesús.

La lectura de los Hechos me ofreció un cuadro de la Iglesia primitiva, lo cual me volvió profundamente sensible al estado actual de la amada Iglesia de Dios. En este tiempo caminaba ayudado de muletas, de tal manera que no tenía ocasión de mostrar mis convicciones o mis pensamientos de cara al mundo, y mi salud no me permitía acudir al culto, por lo cual me hallaba forzado a abstenerme. En esto vi la buena mano de Dios viniendo en mi ayuda, ocultando mi impotencia espiritual por medio de la física. Entretanto, se desarrollaba en mi corazón el pensamiento de que todo lo que el cristianismo había hecho en el mundo no respondía de ninguna manera a las necesidades de un alma que sentía lo que el gobierno de Dios debía producir.

En mi forzado retiro, el cap. 32 del profeta Isaías me enseñaba claramente de parte de Dios que había aún una economía futura y todo un orden de cosas que no está aún establecido. La conciencia de mi unión con Cristo me había dado la parte celeste de la gloria; este capítulo, me hacía conocer la parte terrenal. No podía aún situarlas ni coordinarlas, como puedo hacerlo ahora, pero las verdades estaban reveladas de



parte de Dios por la acción de su Espíritu en la lectura de su Palabra.

¿Qué hacer? Veía en esta Palabra la venida de Cristo para tomar a su Iglesia a la gloria. Veía la cruz, fundamento de la salvación, como debiendo imprimir su propio carácter sobre el cristiano y sobre la Iglesia hasta la venida del Señor; veía que entretanto esperaba, el Espíritu Santo era dado para ser la fuente de la unidad de la Iglesia; la fuente de la actividad y de toda la energía cristiana.

Por lo que atañe al evangelio, la diferencia no radicaba en los dogmas. Las tres Personas en un solo Dios, la divinidad de Jesús, cuya obra de expiación en la cruz, su resurrección, su lugar a la diestra de Dios eran verdades que, aprendidas como doctrinas ortodoxas, tenían una realidad viviente para mi alma; eran las condiciones conocidas, sentidas y actuales de mis relaciones con Dios. No solamente eran verdades, sino que además conocía personalmente a Dios de esta manera; no tenía otro Dios que Aquel que se había revelado así. Era el Dios de mi vida y de mi culto, el Dios de mi paz, el solo y verdadero Dios.

La diferencia práctica de mi predicación, cuando volví de nuevo al ministerio activo, fue ésta: había predicado (en mi rol eclesiástico) que el pecado había abierto un abismo entre nosotros y Dios, y que solamente Cristo podía tapanlo o cubrirlo; ahora predicaba que Cristo lo había hecho todo. La regeneración, que era siempre una parte de mi enseñanza, se relacionaba más particularmente con Cristo, el postrer Adán, y comprendía más y mejor que se trataba de una vida real, toda nueva, comunicada por el poder del Espíritu Santo; pero, como he dicho, más en relación con la persona de Cristo y el poder de su resurrección, que reúne al mismo tiempo el poder de la vida victoriosa sobre la muerte en una nueva



posición del hombre ante Dios. Es la liberación. La sangre de Jesús ha borrado, en el creyente, toda mancha, toda traza de pecado según la misma pureza de Dios. En virtud de su aspersión, única propiciación, puede invitarse a todo hombre a acudir a un Dios de amor que con este fin ha dado a su propio Hijo.

La presencia del Espíritu Santo, enviado desde el cielo para hacer morada en el creyente como unción, sello y arras de la herencia —y en la Iglesia como poder que la une en un solo cuerpo y distribuye a los miembros dones según su voluntad—, tomó un gran desarrollo y una gran importancia ante mis ojos. Con esta última verdad se relaciona la cuestión del ministerio. ¿De dónde proviene? De la Biblia; claramente de Dios, por la acción libre y poderosa del Espíritu Santo.

En aquel entonces, cuando estaba ejercitado en estas cosas, aquel con quien me hallaba, localmente, en relación cristiana como ministro, era un excelente creyente digno de todo respeto y por quien siempre he sentido un gran afecto. No sé si vive aún; después de separarnos lo nombraron arcediano. Pero eran los principios y no las personas lo que obraba sobre mi conciencia, pues hacía tiempo que había renunciado ya, por amor del Señor, a todo lo que el mundo podía darme.

Yo me decía: “Si el apóstol Pablo viniera aquí, no le sería permitido (según el sistema vigente) predicar siquiera, al no estar legalmente consagrado. Pero si viniese un obrero de Satán que negase al Salvador por su doctrina podría predicar, y mi amigo cristiano (con quien comparto el ministerio parroquial) debería reconocerle como coadjutor, mientras que no puede reconocer a uno, aun siendo fiel y capacitado por el Espíritu Santo, si antes no ha sido consagrado por el sistema”



Todo esto es falso, pensé yo. No se trata de abusos; éstos pueden existir por doquier: se trata del principio del sistema. El ministerio pertenece al Espíritu. Entre el clero hay personas que son ministros por el Espíritu, pero el sistema está fundado sobre un principio opuesto.

Desde entonces no pude continuar. En la Palabra hallaba los dones, y éstos eran los que servían en vez de un clero fundado sobre otros principios. La salvación, la Iglesia, el ministerio, todo quedaba ligado y todo se relacionaba con Cristo, Cabeza de la Iglesia en el cielo; con Cristo, el cual había realizado una salvación perfecta, y con la presencia del Espíritu Santo sobre la tierra, uniendo los miembros a la Cabeza y también entre sí para formar un solo cuerpo, y obrando en ellos según su voluntad.

En la práctica, la cruz de Cristo y Su regreso debían caracterizar a la Iglesia y a cada uno de sus miembros (los miembros del Cuerpo). ¿Qué hacer? ¿Dónde estaba esa unidad y ese cuerpo? Y el poder del Espíritu, ¿dónde era reconocido? ¿Dónde era esperado el Señor?

Las Iglesias nacionales estaban unidas al mundo. En su seno, algunos creyentes estaban diseminados en el mundo mismo de donde Jesús los había separado. Y se hallaban separados unos de los otros, mientras que Jesús los había unido. La Cena, símbolo divino de la unidad del Cuerpo, había venido a parar en el símbolo de unión entre éste y el mundo; es decir, precisamente lo contrario de lo que Cristo había establecido. La disidencia (los que no formaban parte de las Iglesias nacionales) me ofrecía hijos de Dios, no lo dudo, pero unidos sobre principios que no concuerdan con la unidad del cuerpo de Cristo. Si me unía a ellos me separaba de todos los demás. Era la desunión del cuerpo de Cristo, y no su unidad. ¿Qué hacer? Tal era la pregunta que se me presen-



taba sin ninguna otra idea que la de satisfacer mi conciencia según la luz de la Palabra de Dios. La expresión de Mateo cap. 18 dio respuesta a mis anhelos: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos”. Exactamente esto era lo que precisaba: la presencia de Jesús estaba asegurada a nuestro culto; es allí en donde sitúa su nombre, como en otro tiempo lo había hecho en el templo de Jerusalén para que los israelitas acudieran.

A cuatro personas que se hallaban más o menos en idéntica situación espiritual que la mía, habiéndonos reunido en mi apartamento y hablado de las cosas que nos afectaban, les propuse partir el pan el domingo siguiente, lo cual tuvo lugar en Dublín. Otras personas se unieron a continuación. Pronto dejé mi residencia, pero la obra tomó impulso en Limerick, ciudad también de Irlanda, y a renglón seguido en otros lugares.

Transcurridos dos años, en 1830 me trasladé a Cambridge y Oxford. En esta última población algunas personas todavía activas en la obra compartieron mis convicciones y sintieron que la Iglesia debía ser para Cristo como una Esposa fiel.

Fui invitado a desplazarme a Plymouth para predicar, lo cual también acepté e hice. Predicaba por doquier donde me solicitaban, sea en los templos o bien en locales particulares. Más de una vez, aun con los ministros del clero nacional (anglicanos), hemos partido el pan el lunes por la noche, después de reuniones de edificación cristiana en las cuales había libertad para leer, orar o indicar un himno de alabanza. Unos meses después empezamos a realizarlo los domingos por la mañana, usando de la misma libertad, pero añadiendo la Cena a nuestras actividades en este día, pues teníamos y tenemos el hábito de participar en ella todos los domingos (a



veces se ha participado más a menudo). Más o menos, en esa misma época, en Londres también empezaron a gobernarse siguiendo esta línea de conducta.

La unidad de la Iglesia, cuerpo de Cristo, la venida del Señor, la presencia del Espíritu Santo, tanto en el individuo como en la Iglesia; un desarrollo asiduo de la Palabra; la predicación del Evangelio como obra de pura gracia; obra cumplida y por lo tanto dando al corazón (por el Espíritu Santo) la seguridad de la salvación; la separación práctica del mundo; la consagración a Cristo como siendo el que ha redimido la Iglesia; un andar, no teniendo otro motivo o regla que Él; en fin, otros temas en relación con los citados, todo esto ha sido tratado y promovido en publicaciones separadas o en escritos periódicos, y estas verdades se han difundido ampliamente.

Un buen número de ministros nacionales (anglicanos) dejaron los cargos de sus iglesias para andar según estos principios, e Inglaterra se llenó poco a poco de reuniones más o menos numerosas.

Siendo Plymouth el lugar en donde se editaban la mayoría de estos escritos, la denominación de “hermanos de Plymouth” vino a ser la usual para identificar esas reuniones.

En 1837 visité Suiza, y estas verdades empezaron a introducirse. Repetí esas visitas varias veces. La segunda vez me hospedé en Lausana por un tiempo, y allí Dios operó conversiones y reunió a un buen número de sus hijos fuera del mundo. En Suiza había disidentes de la Iglesia oficial desde hacía veinte años, y habían sufrido fielmente por el Señor en aquel tiempo, pero no había mucha actividad entre ellos, y el avivamiento inicial se encontraba en vías de extinción. Por la bondad de Dios, su obra se ha multiplicado por el país y las conversiones han sido numerosas. En cambio, en la Suiza de lengua alemana no se ha alcanzado tanto desarrollo.



Durante dos de mis permanencias en Lausana, algunos creyentes jóvenes que deseaban consagrarse a la evangelización pasaron cerca de un año en mi compañía estudiando la Biblia. También participábamos conjuntamente, y cada día, en la celebración de la Cena.

En el mismo tiempo, aunque con independencia de lo que sucedía en Suiza, un hermano que trabajaba en Francia en la obra del Señor despertó la atención en un distrito de considerable importancia por su extensión, lugar que se caracterizaba por la incredulidad y las tinieblas.

Algunos de los jóvenes hermanos de quienes he hablado, y dos o tres más conocidos, pero que no habían estado conmigo, fueron a trabajar a Francia. Otros obreros de diversas Sociedades, sintiendo que serían más felices trabajando bajo la dirección inmediata del Señor en vez de sujetarse a cualquier comité (organismos que por otro lado no son conocidos, ni de hecho ni por principios, en la Palabra, y a los que además la posesión del dinero les confiere el derecho de dirigir la obra del Señor) han renunciado a su salario y se han consagrado a la obra, confiándose a los siempre fieles cuidados del Señor. Dios ha suscitado otros, aunque es bien cierto “que la mies es mucha y los obreros pocos”. Dios ha bendecido abundantemente a estos obreros y ha habido numerosas conversiones en la Francia meridional. Desde el principio visité esas comarcas y compartí con ellos las penas y las vicisitudes de la obra con alegría, pero han sido esos esforzados hermanos a quienes corresponde el honor de este trabajo. En algunos lugares, las primeras fatigas han sido mi porción; en otros solamente he visitado y ayudado, cuando la obra, gracias a Dios, había sido ya establecida. El Señor nos concedió ser de un corazón y un alma para ayudarnos mutuamente, buscando el bien de todos y reconociendo nuestra debilidad.



Casi al mismo tiempo comenzó en el este de Francia una obra parecida, pero también con independencia de ésta. Ha sido visitada, y en la hora presente su extensión abarca desde Basilea hasta los Pirineos con una gran laguna, teniendo como cabecera la ciudad de Toulouse. El país está más o menos sembrado de reuniones, y la obra, por la gracia de Dios, se va extendiendo todavía.

Debo decirle que jamás me mezclé ni intervine en manera alguna en la vocación ni en la obra de los hermanos que estudiaron la Biblia conmigo. Refiriéndome a algunos de ellos, tenía la convicción de que Dios no los había llamado, y efectivamente la cosa quedó confirmada, pues de hecho volvieron a sus ocupaciones ordinarias. En cuanto a los demás, he procurado ayudarles en el estudio de la Biblia comunicándoles las luces que Dios me impartía, pero dejándoles por entero la responsabilidad de su vocación, tanto para la obra de evangelización como de la enseñanza de la Palabra.

Hemos tenido el hábito de reunirnos de tiempo en tiempo por unos días, cuando Dios nos ha deparado la ocasión, para estudiar todos juntos temas bíblicos o libros de la Palabra, y comunicarnos mutuamente lo que Dios había dado a cada cual. Durante algunos años, tanto en Irlanda como en Inglaterra, habían tenido lugar grandes conferencias con motivo de lo acabado de exponer. Estas conferencias duraban una semana. Tanto en el continente europeo como en Inglaterra esto ha variado, y ahora son menos frecuentes. En tales circunstancias hemos pasado quince días o tres semanas estudiando alguno de los libros de la Biblia.

Mi hermano mayor —que es también cristiano— ha vivido dos años en Düsseldorf. Se ocupa también en la obra del



Señor. Ha sido de bendición para algunas almas en los alrededores de esta ciudad. Estas almas, a su vez, han propagado la luz del Evangelio y la verdad, y un cierto número de personas se reúnen en las provincias renanas (es decir, provincias situadas en las orillas del río Rin). Se han traducido diversas publicaciones y tratados de los hermanos y se han repartido profusamente, y así se halla diseminada la luz en relación con la liberación del alma, la posición de la Iglesia, la presencia del Espíritu Santo aquí, entre los santos, y el regreso del Señor. Dos años después, ayudado por las luces proyectadas por este ministerio escrito, pero independiente de esta obra, según creo, ha tenido lugar en Elberfeld un movimiento del Espíritu de Dios. Existía allí una hermandad que empleaba a doce obreros, si no me equivoco. El clero ha querido prohibir a estos obreros la predicación y la enseñanza del Evangelio. Instruidos sobre la libertad del ministerio del Espíritu y compadecidos por amor a las almas, no han querido obedecer esa orden. Siete de esos obreros y otros miembros se han separado del grupo, y algunos de ellos, con otros que Dios ha suscitado, han continuado la obra de evangelización que se ha extendido desde Holanda (Gueldres) hasta Hesse. Las conversiones han sido numerosas y varios centenares de almas se reúnen ahora para el partimiento del pan. Más recientemente, la obra ha comenzado a establecerse en Holanda, así como también en el sur de Alemania. Por medio de otros instrumentos de Dios, ya existían algunas reuniones en Württemberg.

La evangelización de Suiza e Inglaterra, saltando el océano, ha formado varias reuniones en Estados Unidos y en el Canadá. Desde allí se ha extendido a los negros de Jamaica, la Guyana inglesa y entre los indígenas del Brasil, en donde un hermano se ha abierto camino pero ha muerto, y no sé si



otro hermano conocerá bastante la lengua para continuar esta obra que había sido bendecida.

Las colonias inglesas en Australia también tienen sus reuniones de hermanos; pero no me extendo más, pues creo que este resumen le bastará.

Los hermanos no reconocen otros cuerpos sino el de Cristo, es decir, la Iglesia de los primogénitos en conjunto. También reconocen a todo cristiano (puesto que es miembro de Cristo) que ande en la verdad y en la santidad. Su esperanza de salvación está fundada sobre la obra expiatoria del Salvador, del cual esperan Su regreso según la Palabra. Creen en la unión de los santos con Él como un cuerpo, del cual también Él es la Cabeza. Esperan el cumplimiento de la promesa de Su venida para ser introducidos en la casa del Padre y estar donde Él está. Mientras están a la expectativa de estas cosas, deben llevar cada uno su cruz y sufrir con Él, separados del mundo que le rechazó. Su persona es el objeto de la fe; su vida, el ejemplo a seguir en la conducta. La Palabra, a saber, las Escrituras inspiradas de Dios, la Biblia, es la autoridad que forma su fe; es el fundamento, lo cual también reconocen como debiendo ser lo que gobierne sus acciones. Y el Espíritu Santo el único que puede hacerla eficaz por medio de la vida recibida y por la práctica de la misma».



Fragmentos de cartas en relación con el interesante
tema del Cuerpo, Alma y Espíritu

St. Hippolite, 1851

«Al Sr. M.:

Amado hermano:

Respondo brevemente a sus preguntas según mi capacidad.

En general, “alma” y “espíritu” son casi equivalentes, siendo usadas de una manera un poco vaga en contraste con el cuerpo para significar la parte espiritual, inmortal, responsable e inteligente del hombre. En el pasaje que Ud. cita (aunque no incluye la cita, seguramente se trata de 1ª Tesalonicenses 5:23) pienso que el apóstol procuraba sobremanera desarrollar ante los Tesalonicenses la santificación íntegra del hombre, designando para tal fin todo lo que puede distinguirse en él. Sin duda alguna, el Espíritu ha querido hacernos discernir estas cosas en nosotros mismos. La diferencia entre ellas me parece que es la siguiente: tenemos el cuerpo, que es dependiente de la inteligencia y la voluntad, en el bien y en el mal, y el canal de las impresiones de lo que está fuera de nosotros, el vaso y el instrumento de nuestras pasiones; no es preciso que me extienda sobre el particular.

El alma es la vida natural en donde radican las afecciones y toda la acción vital que nos distingue de la existencia vegetal; supone una voluntad, y más o menos la inteligencia. Así pues, una bestia tiene un alma, un alma inferior sin duda alguna bajo todos los aspectos, pero la tiene. Pero está escrito



que Dios alentó en la nariz del hombre soplo de vida; y vino a ser un alma viviente; esto es lo que esencialmente distingue al hombre de la bestia. Dios hizo que de la tierra surgieran toda suerte de animales, para venir a existir como seres vivientes según su voluntad suprema; pero jamás alentó espíritu de vida en las narices de los tales. Esta diferenciación nos constituye en linaje de Dios (Hch 17:29). Ahora bien, podremos engréirnos, queremos ser independientes, desearemos razonar sobre Dios para querer ser como Él, o bien al contrario, anhelaremos recibir las comunicaciones que nos hace su Espíritu para sentir nuestra responsabilidad y someternos, amar subjetivamente, lo cual corresponde a obedecer de corazón. Ocuparnos de sus pensamientos y recibirlos con sumisión, esto es la santificación de espíritu.

Las afecciones del alma pueden tener el yo por centro, o ser ordenadas según Dios y santificadas. A menudo, como ya he dejado dicho, el espíritu —punto de contacto del alma con Dios— está comprendido en la expresión “alma”, pues es por este soplo-espíritu de vida que el hombre vino a ser un alma viviente. El corazón es el alma contemplada desde el punto de vista de las afecciones, y con frecuencia se identifica con las mismas; por ejemplo: cuando decimos “de todo corazón”, “tiene mucho corazón”, etc. El espíritu es el alma desde el punto de vista de su inteligencia, por lo cual queda bajo responsabilidad. Si contemplo el alma desde esta perspectiva, diré: “mi espíritu”; si lo hago desde el lado de las afecciones, entonces diré: “mi corazón”.

En la conciencia hay dos partes: el sentimiento de la responsabilidad hacia uno a quien se es deudor, y el conocimiento del bien y del mal. La primera parte existía ya en la inocencia, y existe por doquier donde subsiste la conciencia de la relación que nos sitúa en la posición del deber. El co-



nocimiento del bien y del mal que nos hace sentir en nosotros mismos la diferencia entre las cosas buenas y las malas, convenientes o inconvenientes, lo hemos adquirido por la caída —terrible conocimiento y agravamiento de la responsabilidad para un pecador ya comprometido, pero necesario para tenerlo frenado y darle el verdadero sentimiento de su obligación.

El entendimiento no difiere gran cosa del espíritu. Es la facultad del alma por la cual piensa y juzga, discierne y decide interiormente; no digo por la cual es decidida, esto es otra cosa. En Efesios 1:18, en el original dice “corazón”; en Romanos 7:23-25, “entendimiento” o “espíritu”. Creo que “inmundicia de espíritu” (2 Co 7:1) quiere decir, ante todo, inmundicia en los pensamientos en contraste con los actos del cuerpo, de las cuales ambas cosas debemos purificarnos.

No entro en las consideraciones metafísicas en cuanto a la diferencia entre el alma de los hombres y la de las bestias; hallamos que la de las bestias es ajena a las abstracciones y en cambio los hombres son capaces de afecciones morales que son algo superior a la pasión y al instinto».

Quince años después de esta carta, el señor Darby escribió al hermano Schlumberger de Pau (Francia) en relación con el mismo tema, en los siguientes términos:

«Nueva York, 24 de noviembre de 1866

He recibido su carta, y en primer lugar responderé a sus preguntas metafísicas.

Si no estoy mal informado, cuerpo, alma y espíritu es una división que hallamos ya en los escritos de Platón. Esta



división se halla justificada por el hecho de que Dios alentó en el hombre un espíritu de vida, y es así, y no por un acto de creación y voluntad divina, que el hombre ha venido a ser un alma viviente. Dios ha hecho salir de la tierra, sin más, a los animales, en cambio ha formado al hombre y después lo ha animado. De esta manera hemos de entender que somos “linaje de Dios” (Hch 17:29). Tenemos el cuerpo y el alma, centro de las afecciones de un ser viviente en relación con su individualidad y su actividad voluntaria; además, esta parte superior por la cual existe conexión con Dios y eleva el carácter del alma, hace que todo lo que se halla deba ser formado y guardado en vista de nuestra responsabilidad en relación con Dios, es decir, en la vinculación que nos hallamos con Él, pues nuestra obligación siempre consiste en ser consecuentes con las relaciones en que nos hallamos. En cuanto a éstas (las relaciones) nos encontramos separados de Dios por nuestra posición de seres caídos. Enemistad hacia Él, corrupción, egoísmo e incredulidad, la pretensión de no necesitar a Dios y de levantarse contra Él en independencia, tal es el pecado en sus tres partes: cuerpo, alma y espíritu. Pero habiendo sido formados para Él, hallados en esta condición, se pone de manifiesto la miseria moral y espiritual de la manera más degradante, cuando las cosas aparentes cesaron y tenemos que ver con Dios. Pero ahora el poder de la vida divina ha tomado posesión de nuestro ser; el espíritu se somete a Dios y goza de Él, revelado en amor y en santidad; el alma pierde su egoísmo y el cuerpo se convierte en instrumento de justicia para Dios. Las relaciones humanas creadas por Dios ocupan su justo lugar; no existe la infidelidad ni la idolatría. La presencia y el don del Espíritu Santo presentan otro carácter. Esta presencia da la conciencia de nuestras nuevas relaciones con Dios y con Cristo, y la inteligencia y la fuerza para con-



ducirse aquí de una manera consecuente con estas relaciones. Esto corresponde a los privilegios especiales que tenemos en Cristo, es decir, como hijos de Dios en Él, como miembros de su cuerpo, etc. No hay duda de que el espíritu piensa, pero es una locura de la filosofía presentar la facultad de pensar como la cosa más sublime del hombre. No lo es. Dios no piensa: todo le es conocido. En cambio, nosotros pensamos porque no conocemos. La parte superior del hombre es lo que tiende sus relaciones hacia Dios. Un animal, hasta cierto punto, piensa; pero no creo que haga abstracciones. El hombre está por encima de esta esfera a causa de su inteligencia, pero ésta no se eleva ni puede elevarse hasta Dios. El instinto del alma sabe que existe un Creador; tan pronto como el hombre piensa, le es imposible creer, porque la idea de la creación le es inasequible. La razón no sabe jamás que una cosa es, sino que es preciso que sea — es una conclusión lógica, nada más. Pero el Creador es “lo que se puede conocer de Dios”; Su eterno poder y Su divinidad “a ellos se manifestó” (Ro 1:19-20). Dios lo ha divulgado. Estas cosas se “disciernen por medio de la inteligencia”. Esto no es una conclusión sacada de los razonamientos, aunque la inteligencia se ocupa. “Las cosas invisibles de Él se disciernen”, pero la conclusión se desprende de lo que es creación o creador. El propósito, y Quien lo tuvo, son correlativos; en manera alguna puedo ver lo que delata un propósito sin pensar en alguien. Esto es así. ¿Por qué supongo una causa primera? Porque estoy hecho de tal manera que no puedo ver lo que existe sin pensar en una causa. Ahora bien, Dios existe y no puedo pensar en su existencia sin una causa, es decir, no puedo conocerle. Con esto afirmamos que somos seres creados, y por lo tanto pensamos según nuestra naturaleza. Puedo también decir que todo esto no existe sin un ser creador, sabio y poderoso, y no entrar en



otras consideraciones en cuanto a la creación; puedo y debo decirlo, pues es esto “lo que de Dios se conoce”. Los filósofos han querido conocer por la razón al Creador; esta es otra de sus locuras, pues para ello sería preciso ser Dios, y en consecuencia han caído en el panteísmo y la especulación, unas más absurdas que otras; y, en fin, en el positivismo, única cosa que es verdad, pues nos dice que no podemos conocer a Dios, pero también supremamente falsa porque pretende negar a Dios, cuando según su teoría no se puede saber nada.

“El cuerpo espiritual” (1 Co 15:44) significa solamente que el cuerpo resucitado no es un cuerpo de bajeza como el que ahora tenemos. Dios puede darnos uno como Él estime, y con tanta facilidad como nos dio el que ahora nos cubre. Lo que llamamos existencia material es relativo; la materia existe para la materia. Dios abre la puerta a Pedro, sin embargo el ángel entra sin necesidad de pensar en este obstáculo (Hechos 12:7 y 10)».

Graells había tomado la responsabilidad de traducir lo correspondiente a este interesante y sugestivo tema. Sujeto profundo que debe conducirnos más allá de la simple curiosidad. Conocía otros extractos no debidos al mismo autor, pero que a su entender podían ser de provecho a los lectores. Pensó consultar con Roura especialmente por el hecho de tener la responsabilidad del conjunto de la obra, y este rasgo de delicadeza espiritual y de humildad dio los frutos apetecidos.

He aquí pues, en primer lugar, un extracto breve, y después un trabajo más extenso de singular importancia a causa de su sencillez.

Dejemos que sea el mismo Graells quien hable:



—En conexión con esto, deseo transcribir unos párrafos de un siervo de Dios sobre un tema de tanta trascendencia como es Hebreos 4:12 y 13:

«Vamos a extendernos y hacer notorio algo más del carácter penetrante de la palabra de Dios. El hombre suele hablar de sí mismo como una combinación de alma y cuerpo como si esta división fuera correcta. La palabra de Dios penetra más profundamente y divide entre el alma y el espíritu —o sea, entre las dos partes no materiales de su ser—. La distinción que de ordinario hacemos es que el alma tiene que ver con los afectos, los apetitos y los deseos que rigen el cuerpo; todo lo que tiene en más alto grado, pero en común con los animales inferiores en la escala de la creación. Estos afectos se dividen en lo que llamamos las emociones, los sentimientos y las pasiones.

Por otro lado, se halla el espíritu que dirige las facultades superiores de la mente y de los sentimientos morales, y que llamamos conciencia. La palabra de Dios viene y divide entre ambas (entre alma y espíritu). Ahora bien, hay muchas personas que al examinar sus experiencias religiosas no saben distinguir entre los sentimientos —que corresponden al alma— y las decisiones espirituales.

Si fuera posible conseguir que las personas presentes en una reunión donde se predica la palabra de Dios llegasen a una conclusión, juzgarían el valor de sus experiencias religiosas por las emociones que hubiesen experimentado. Si se sienten felices y contentos al oír las verdades religiosas, creen que gozan de la salvación. Si se sienten conmovidos por la gravedad de sus pecados y reconocen su indignidad, llegan hasta el punto de temer que la gracia divina no es para ellos, y dudan de que la salvación pueda alcanzarles. Mas a pesar de ello, este último puede estar más cerca del reino de Dios que



el primero. A menudo los hombres confunden sus sentimientos con la operación de la conciencia, y son estos sentimientos los que estorban o tuercen el juicio, desviando el corazón de sus propósitos espirituales.

Pero la palabra de Dios penetra hasta la división entre el alma y el espíritu. Es posible que Ud. sea conmovido hasta el punto de derramar lágrimas, pero esto no es una señal segura de que haya nacido de nuevo en el reino de Dios. Puede ser que sus emociones dominen completamente todo su ser. El sentimiento de gratitud puede ser tan hondo, y Ud. tan bajo en su propia estimación, que éste (su ser) se postre abatido ante Dios al igual que los árboles se doblan ante la fuerza del huracán; y, sin embargo, que el hombre interior no se rinda hasta el punto de la obediencia.

La palabra de Dios cala más hondo que estas exterioridades y se presenta ante la conciencia, demandando un acto de sumisión por parte de todo el ser; el reconocimiento por la inteligencia de la autoridad de la Palabra de Dios para presentar la verdad (o como portadora de ella), la aceptación por la conciencia de la purificación del pecado, hecha por la sangre del Señor Jesucristo, y la entrega de la voluntad por un acto de fe que acepta la salvación como un don gratuito de Dios» (transcrito de «Auxilios para los Peregrinos», 1912).

Ahora, finalmente, añadiremos un trabajo aparecido en 1959 en la revista “Vida Cristiana”, página 19, que en una de sus secciones titulada “las palabras del Nuevo Testamento”, en relación con el tema espíritu, alma y cuerpo, dice así:

«En todos los idiomas las palabras tienen, al lado de su sentido real o primitivo, uno o más sentidos secundarios o figurados. Así, por ejemplo, la palabra “alma” no sólo significa la parte espiritual, razonable e inmortal del hombre, la cual le transforma en súbdito de un gobierno moral, o sencillamente



el principio intelectual, o sea, el entendimiento, sino que se usa a menudo en el sentido de una “persona”; así, “no había alma viviente” significa que no había nadie; “una ciudad de cincuenta mil almas” es sinónimo de una ciudad de cincuenta mil habitantes.

Esta variedad de matices en el uso de la palabra no da lugar a ninguna dificultad seria porque mediante el contexto aparece inmediatamente el verdadero sentido del término empleado. Es pues de suma importancia entender lo que el contexto quiere realmente decir, a fin de no prestar a una palabra un sentido diferente del original o de su sentido real en cualquier pasaje.

Tomemos por ejemplo ciertas palabras sobre las cuales se apoyan algunos para probar que el alma muere. Ezequiel 18:20: “El alma que pecare, ésta es la que morirá” (V.M.). Sin embargo, la Escritura no habla nunca de la muerte del alma cuando tiene el sentido primitivo de la parte inmortal del hombre. La palabra mortal se aplica invariablemente al cuerpo. Pero citemos todo el pasaje al cual hemos hecho alusión: “El alma que pecare, ésta es la que morirá: el hijo no llevará la iniquidad del padre, ni el padre llevará la iniquidad del hijo; la justicia del justo estará sobre él, y la maldad del malo sobre él estará”.

Se quejaba Israel de que Dios le castigaba a causa de los pecados de los padres, diciendo: “los padres comieron el agraz, y los hijos sufren la dentera”. Pero el profeta les demuestra que no era cuestión que el hijo llevase la iniquidad del padre —como ellos pretendían que era el caso—, sino que cada uno moría por sus propios pecados: “El alma que pecare, ésta morirá”. El énfasis de la expresión recae sobre el demostrativo “ésta”, sin ocuparse, en el pasaje, de la suerte del pecador después de la muerte. En cuanto a esta cuestión, el



Señor mismo levanta el velo del misterio en Lucas capítulo 16. Es la persona que peca la que morirá; el juicio es individual. Es ahí donde reside el sentido evidente del referido versículo.

En el texto original del Nuevo Testamento, “alma” (psujé) se usa de diversas maneras; notemos unas cuantas:

1) Parte interior, espiritual y moral del hombre contrastada con el cuerpo y estrechamente ligada al “espíritu”. Véase: “no dejarás mi alma entre los muertos” —literal: “en el hades”— (Hch 2:27, V.M.). “Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero el alma no la pueden matar; temed más bien a aquél que puede destruir así el alma como el cuerpo en el infierno” —literal: “gehenna”— (Mt 10:28, V.M.). “Y ruego que vuestro ser entero, espíritu, alma y cuerpo sea guardado y presentado irreprochable...” (1 Ts 5:23, V.M.).

2) Sede de los afectos, de los deseos del corazón, etc. Véase: “Mi Amado, en quien se complace mi alma” (Mt 23:38). “Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma» (Mr 12:30).

3) Espíritu. Véase: “Y la muchedumbre de los creyentes era de un mismo corazón y de una misma alma”(Hch 4:32). “Pero los judíos que no creían excitaron los ánimos —literal: “almas”— de los gentiles” (Hch 14:2).

4) Vida. Ocurre muy frecuentemente, por ejemplo: “no os afanáis por vuestra vida (literalmente: “vuestra alma” — psujé— (Mt 6:25; etc.).

5) Personas. Véase: “Tres mil almas” (Hch 2:41). “Y vino temor sobre toda alma” (Hch 2: 43 V.M.).

Como se ha hecho notar, estando el alma estrechamente ligada al cuerpo, como su principio de vida, esta palabra



se usa a menudo para designar la vida misma* El espíritu, el alma y el cuerpo permanecen en íntima relación. Podemos decir que el “espíritu” es la parte más elevada, intelectual, energética; mientras que el “alma” queda más bien vinculada a los afectos.

El apóstol Pablo, abarcando al hombre por entero, ruega que todo su ser (espíritu, alma y cuerpo) sea conservado irreprochable. Es pues el hombre compuesto de tres partes: el cuerpo siendo naturalmente una cosa material que podemos ver y palpar; el alma y el espíritu permaneciendo intangibles e invisibles para nosotros. Y sin embargo existen y no son por eso menos reales, según el testimonio de la Escritura.

El alma

Empezando por el alma, llamaremos la atención del amado lector sobre el hecho de que nuestro Señor, precaviendo a sus discípulos contra los que les perseguían, les dice que no teman a los que sólo pueden matar el cuerpo, mas no pueden tocar el alma. ¿Era el alma menos real en este caso? De ningún modo. Notemos también el orden de las palabras en el citado pasaje: “espíritu, y alma, y cuerpo”; y es así también como nuestro Señor habla de destruir el alma y el cuerpo en la “gehenna”; el alma es antepuesta al cuerpo. Está pues claro que es después de la muerte cuando el alma y el cuerpo se hallan en la “gehenna”; de modo que esto existe después de la muerte, incluso para el malo. Destruir no significa aniqui-

* Trátase de la vida del cuerpo, o «ánima», como principio motor de toda vida animal o animada. No es la vida en su sentido espiritual (la vida eterna), para la cual se usa una voz completamente diferente en el original (zôé).



lar, como veremos más adelante. “Está decretado a los hombres que mueran una sola vez” dice el apóstol en Hebreos 9:27, “pero después de esto se seguirá el juicio”. La muerte, y “después de la muerte”, el juicio; ésta es la suerte común del hombre pecador e impenitente; hay algo, pues, que sobrevive a la muerte y que está sujeto a juicio.

Algunos dicen que el alma deja de existir, pero que resucitará el cuerpo. Pero lo que ha dejado de existir no puede jamás ser resucitado. Si hay una cesación de existencia con la muerte es preciso que Dios cree un nuevo ser en la resurrección, pues ha desaparecido la identidad, y con ella la responsabilidad vinculada al hombre en este mundo.

A este propósito, encontramos un pasaje muy notable en Job 19:25-27. “Pues yo sé que mi Redentor vive y que en lo venidero ha de levantarse sobre la tierra, y después que (los gusanos) hayan despedazado esta mi piel, aún desde mi carne he de ver a Dios, a quien yo tengo que ver por mí mismo, y mis OJOS le mirarán; y ya no (como a) un extraño”. Así, en aquellas tempranas edades existía el conocimiento (revelado por Dios) de que Job vería al Redentor por sí mismo. No se trata de un nuevo Job reemplazando al antiguo, por cuanto dice “y ya no (como a) un extraño”, sino del mismo hombre en una nueva posición y en un estado nuevo.

Abundan en las Escrituras las pruebas de la existencia del alma después de la muerte, y son de una claridad diáfana para todos, menos para aquellos que están cegados por su afán de sostener una determinada teoría. El Salmo 16 nos enseña, acerca de nuestro Señor Jesucristo, que su alma no fue dejada en el hades, es decir, despojada del cuerpo; y en cuanto a éste, no vio corrupción.

Varias falsas conclusiones han sido extraídas del hecho de que en Génesis cap. 1 la expresión “alma” o “ánima vi-



viente” se aplica tanto a los animales como al hombre. Es verdad, por cierto, que tienen una vida ligada al cuerpo, mas aquel que niega la diferencia entre el hombre y los animales rebaja al hombre al nivel de las bestias nacidas para “presa y destrucción”.

Si se formula esta pregunta — como lo hizo otro escritor — veremos que la Escritura, estudiada pacientemente bajo la guía del Espíritu Santo, habla de tal manera que en pocas palabras anula todas las especulaciones humanas. En Génesis 2:7 leemos que Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en sus narices aliento de vida, y el hombre vino a ser “alma viviente”. Vemos pues que fue del soplo de Dios, este altísimo poder de vida, por el cual el hombre vino a ser “alma viviente”. Primeramente, Dios había moldeado el cuerpo como juzgó conveniente, y fue al comunicarle la vida proveniente de Sí mismo como animó la forma que había hecho. Los animales habían salido de la tierra por su voluntad y por la palabra de Su poder. Había dicho: “Produzca la tierra seres vivientes según su especie”. Y fue así: aparecieron las criaturas vivientes. No ocurre lo mismo con el hombre. Según sus solemnes designios, Dios decidió hacer al hombre a su imagen conforme a su semejanza. De este modo, creó al hombre a su imagen entregándole el dominio, y le bendijo. Dios le señaló asimismo su lugar, su comida, así como el alimento de los animales, etc. Siendo objeto de los designios de Dios, y habiendo recibido el aliento de vida, era también el receptáculo de las comunicaciones divinas. Pero hay más que esto: Dios le coloca en una relación consciente con un Creador conocido, de modo que aprenda su responsabilidad. Le enseña la obediencia mandándole no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Dícese del hombre que es del linaje de Dios (Hch 17:28) y Adán, como ser creado, incluso



es llamado “hijo de Dios” (Lc 3:38); y, aunque caídos, todavía somos reconocidos como hechos a imagen de Dios (Stg 3:9).

No cabe la menor duda de que la creación del hombre no sólo fue enteramente distinta de la de los animales, sino que el hombre fue colocado en una posición de relación y responsabilidad para con Dios, cosa que jamás ningún animal ocupó.

Las falsas teorías sobre este tema modifican toda la verdad de las Escrituras, e invalidan hasta la misma expiación. Si el hombre no es sino una especie animal más elevada, sin espíritu inmortal o alma, entonces la expiación no vale para nada, porque sus efectos serían limitados a cosas hechas en el cuerpo; por consiguiente, de ser este sistema verdadero, la responsabilidad humana no diferiría sensiblemente de la de la bestia, aun en el caso de que existiera.

Por otra parte, en Apocalipsis 6:9 se nos habla de “las almas de los que habían sido muertos a causa de la palabra de Dios y a causa del testimonio que mantenían”; y en el capítulo 20:4 de “las almas de los que habían sido degollados a causa del testimonio de Jesús”, etc. Es cierto que se trata de una visión, pero nos muestra la realidad de la existencia del alma después de la muerte y el hecho de que los que habían padecido el martirio esperaban el momento de la primera resurrección, cuando el cuerpo y el alma serán reunidos y tendrán parte en las bendiciones del reino milenario. Veamos ahora la palabra

El espíritu

El espíritu es distinto del cuerpo y del alma, y es mencionado en primer lugar en el deseo que expresa el apóstol



para los tesalonicenses pide que “su ser entero, espíritu y alma y cuerpo sea guardado irreprochable”. Distinto del alma, el “espíritu” es —por así decir— la parte que suministra la energía y que dirige. Así la palabra de Dios penetra “hasta la división del alma y del espíritu” (He 4:12). Lo que es de los sentimientos y de los afectos, del pensamiento y de la voluntad; lo que puede ser y a menudo es el fruto de la obra de Dios en el hombre.

Leemos en 1ª Corintios 2:11: “¿Pues quién de los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?” Aquí, desde luego, el espíritu es considerado como una entidad distinta; diferente del cuerpo que le sirve de “vaso” o receptáculo. Del mismo modo, en 1ª Corintios 7:34 tenemos “para que pueda ser santo, tanto en cuerpo como en espíritu” otra prueba de que el espíritu es una parte bien definida de la persona, distinta del cuerpo y el alma. Pero resulta falso decir que la muerte puede alcanzar al espíritu; el cuerpo es mortal, mas nunca se dice semejante cosa del espíritu.

Así oímos decir a Esteban, moribundo: “¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!” (Hch 7:59), y nuestro Señor mismo entregó el espíritu (Mt 27:50), diciendo: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!” (Lc 23:46). Podía anunciar al ladrón: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Algunos intentan vanamente anular la fuerza de este pasaje cambiando la puntuación y colocando la coma después de “hoy”. Hay un contraste manifiesto entre el hecho de que el ladrón tenía que esperar el reino, y su presencia con el Señor en el Paraíso en aquel mismo día. Dijo a Jesús: “Señor, acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino”. Y nuestro Señor en su contestación parece decirle: “Ya no tendrás que esperar que venga el reino, hoy estarás conmigo en el Paraíso”.



Sobra decir que el ladrón no se fue con Jesús en su cuerpo, sino que su espíritu se halló en el Paraíso tan pronto como la muerte le separó del cuerpo en aquel día, como ocurrió con el Señor. Y notemos que el espíritu está tan estrechamente vinculado con la personalidad que el Señor puede utilizar los términos “tú” y “yo”; o sea, “tú estarás” y “conmigo”.

Ahora podemos examinar un pasaje del Antiguo Testamento presentado por quienes niegan la inmortalidad del alma para defender su teoría. “Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, lo mismo sucede a las bestias; es decir, un mismo suceso les acontece: como mueren éstas, así mueren aquéllos; y un mismo aliento tienen todos ellos; de modo que ninguna preeminencia tiene el hombre sobre la bestia, ¡porque todo es vanidad! Todos van a un mismo lugar pues que todos son del polvo, y todos tornan otra vez al polvo. ¿Quién conoce el espíritu de los hombres, que sube a lo alto; y el espíritu de las bestias, que desciende hacia abajo, a la tierra?” (Ec 3:19-21).

Todo lector imparcial ha de saber que el libro del Eclesiastés no tiene por objeto ocuparse del destino eterno del alma. El Predicador considera las cosas “debajo del sol”, y nos comunica —por inspiración, desde luego— su propia experiencia sobre la incapacidad de los recursos del mundo para dar una satisfacción duradera. Dios le permitió experimentar las cosas de esta tierra y comunicar sus experiencias para enseñanza nuestra, y así es como dice: “Dije entonces en mi corazón...”, etc. ¿Debemos concluir por esto que fuese justo todo cuanto “dijo en su corazón” en el curso de su búsqueda de algo satisfactorio, que conduzca al descubrimiento de que todo es vanidad? Ciertamente que no. La expresión ¿quién conoce...? del ver. 21 no es el lenguaje de la fe, sino el de la



duda o la incertidumbre. Más adelante, en este mismo libro, indica el verdadero estado de cosas cuando dice: “Nadie hay que tenga potestad sobre el espíritu suyo para retener el espíritu” (8:8), y al final: “y el polvo torne al polvo como antes era, y el espíritu se vuelva a Dios, que lo dio” (12:7). Así, pues, si el espíritu vuelve a Dios que lo dio no deja por lo tanto de existir con la muerte del cuerpo.

Hallamos en Zacarías 12:1 la prueba certera de que el espíritu es lo que Dios ha puesto en el hombre: “Así dice Jehová, el que extendió los cielos y echó los cimientos de la tierra, y formó el espíritu que tiene dentro de sí el hombre”. Lo que aquí se establece no se refiere solamente a los creyentes, sino al hombre en general: hay dentro del cuerpo lo que Dios ha formado. No son meras emociones, como lo pretenden algunos, o algo que el hombre tuviera en común con los seres inferiores; se trata de una individualidad distinta formada por Dios mismo.

Todo el testimonio de la Escritura sobre este punto es de lo más expresivo, no solo en cuanto a los salvados, sino también en cuanto a los que no lo son. Por lo que se refiere a aquellos, dice el apóstol Pablo, al establecer un contraste entre su estado actual en el cuerpo y su condición fuera del cuerpo: “teniendo el deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor” (Fil 1:23). Esto no restaba nada a la esperanza que tenía de la resurrección, lo cual era aún mejor, así como lo prueba el capítulo 3:11. Además, considera este cuerpo como una “tienda” en la cual “gemimos”, deseando ser “revestidos” del cuerpo de gloria que el cristiano recibirá en la venida de Cristo. Pero, al mismo tiempo, afirma que mientras estamos “presentes en el cuerpo, ausentes somos del Señor”. Aquí la Escritura no deja lugar a dudas, pues el apóstol añade: “Estamos deseosos más bien de ausentarnos



del cuerpo y estar presentes con el Señor” (2 Co 5:8). Resulta imposible contradecir tal pasaje.

Prueba incontestablemente que la condición de estar ausente del cuerpo, aunque no definitiva, vale sin embargo mucho más que estar en esta tierra. Y estar ausentes del cuerpo no significa de manera alguna el cese de la existencia o el “sueño del alma”, como se dice; es, por el contrario, estar presente con el Señor.

No se habla en absoluto del sueño del alma en la Escritura; “sueño” se utiliza a menudo para designar el estado del verdadero cristiano después de la muerte, y siempre se aplica al cuerpo. Nuestro Señor se vale de este término en el caso de la hija de Jairo: “no está muerta, sino que duerme”. Los judíos no lo comprendieron, pues “se burlaron de él, sabiendo que estaba muerta”. En el caso de Lázaro, el Señor utiliza esta palabra para explicar a los discípulos lo que iba a hacer. Pero no lo entendieron mejor que los judíos; y Jesús anuncia entonces de modo explícito que hablaba de la muerte: “Lázaro está muerto”. En las epístolas se utiliza para “dormir en Jesús”, y los que mueren son llamados los “muertos en Cristo”. Con la muerte cesan nuestras relaciones con este mundo para el tiempo actual, mas nuestro espíritu está “presente con el Señor”.

La Escritura muestra claramente, pues, que no termina la existencia después de la muerte en el caso de los santos, y —cuando se trata de los perversos— la Palabra es tan justa como explícita.

El Señor Jesucristo, conocedor de todo cuanto pasa en el otro mundo, descorre el velo —en la parábola del rico y Lázaro, en Lucas 16— y nos permite echar una mirada allí. Alégase que sólo se trata de una parábola: ¡concedido!, que lo sea; mas debemos admitir que todas las parábolas propuestas



por el Señor eran destinadas a presentarnos una determinada enseñanza y no pueden contradecirse las siguientes conclusiones:

1. Hay un estado de bendición y de tormentos después de la muerte: el pobre “murió” y el rico también “murió y fue sepultado”.

2. No hay la menor alusión a que termine la existencia después de la muerte, pero el uno está en un lugar de dicha y el otro en un lugar de tormentos.

3. No se puede, de modo alguno, pasar de un lugar a otro.

4. Ambos tienen la conciencia y el recuerdo de la condición perdida.

5. La palabra de Dios es un testimonio pleno y suficiente para el hombre durante su vida sobre la tierra. Es, en verdad, un testimonio muy solemne de parte de Aquel único capaz de revelar el estado del hombre después de la muerte.

Veamos ahora el cap. 20 de este mismo evangelio, donde hallamos una exposición completa, hecha por nuestro Señor, en respuesta a los saduceos que no sólo negaban la existencia del espíritu después de la muerte, sino también la resurrección. Como demostración concluyente del error de ellos, el Señor cita estas palabras: “El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob”. Como sabemos, habían muerto centenares de años antes, mas la fuerza del argumento se halla en lo que sigue: “porque con Él todos viven” (ver 38). Y nuestro Señor dice: “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos”. No dice “no era”, como si aludiera al tiempo pasado de su existencia sobre la tierra; mas insiste sobre el hecho de que es Dios de los vivos para probar que, aunque muertos



para los hombres, ellos vivían siempre en cuanto a Dios o para con Él. Por consiguiente, para Él, todos — malos o justos— viven. Los hombres mueren, desde luego, su estado se cambia, pero su existencia no es anulada, “porque para con Dios viven”.

¿Cabe tener prueba más concluyente de que en tanto que la muerte alcanza el cuerpo, como todos lo reconocen, no puede tocar el alma o espíritu inmortal, que debe vivir para Dios? A la muerte, el espíritu vuelve a Dios que lo dio»**.

** El lector notará al meditar lo que se acaba de transcribir que se ponen en evidencia una serie de matices que aclaran y amplían el pensamiento del señor Darby en relación con este tema solemne y profundo a la vez. Pero hay que subrayar el hecho de que, sea quien sea el que escriba sobre materia tan singular, no podrá penetrar en el arcano del hombre invisible e intangible, si no está sumiso y dependiente de Aquél que por Su palabra puede impartirle su divino magisterio (N. del T.)



Fragmentos de cartas en relación con el fallecimiento de diversos hermanos y hermanas

23 de enero de 1850

«A Mme. S.:

Empiezo a poderme ocupar un poco de mis actividades, aunque éstas se circunscriben a escribir desde mi habitación; pero gracias a Dios me encuentro mejor. No quiero pues diferir el enviarle unas palabras de simpatía en su aflicción. No es preciso que me esfuerce en afirmar cuán real es esta simpatía, pues si nuestro querido hermano era para Ud. más amado que para nosotros, a causa de los lazos naturales, no ignora cuánto afecto sentíamos todos hacia su persona, y cuán ligados estábamos a él en los lazos del Espíritu. Su dulce y amable aprecio nos tenía el corazón cautivado. Le recordamos y está vivo en nuestra memoria, y en esta pérdida que nada puede reemplazar si no es el Señor, debe haberle sido dulce saber que aquél que le fue tan querido era también amado y apreciado por todos. Conviene que dirijamos nuestra mirada en dirección hacia Aquel que está por encima de todo, pues esta pérdida será sensible para toda la Iglesia. Lo siento profundamente, amada hermana, pero en lugar de hablar de lo que hay en mi corazón es preferible que le invite a elevar el alma a una esfera más elevada que la arena del desierto. Sea cual sea nuestra aflicción, los propósitos de nuestro Señor y Salvador siempre son perfectos; trátese de su esposo, de Ud. misma o de la Iglesia. Para nuestro amado hermano que se fue sabemos que estos propósitos son el reposo y el gozo hasta el día en que aparecerá en gloria con el Señor.



Para nuestros corazones, y en particular para el de Ud., es un vacío dejado por la ausencia. ¿Pero cuál es la intención del Señor en relación con el lugar tan tristemente desierto que ha dejado en nuestros corazones? El motivo es que Él siempre obra seriamente con nosotros, y esto en relación con la eternidad. Sabemos que su voluntad es buena, agradable y perfecta, que todo lo hace bien. También sabemos, en cuanto a nuestro amado, que está gozoso. Pero nuestros corazones tienen sentimientos propios sobre los que Dios obra en primer lugar; afecciones que aun siendo naturales, reconoce; por estas afecciones y estos sentimientos hallamos en Él la dulzura de su más tierna simpatía, hallamos que es nuestro más tierno amigo; es nuestro amigo, aun por la misma pérdida, y esto a causa del consuelo que nos aporta. Su Persona es para nosotros cada día más preciosa. Sus afecciones eternas reemplazarán poco a poco las temporales. Queremos al Señor y aprendemos a amar lo que nos es más querido en Él. Es un progreso real, precioso y sentido, en donde se aprende la bondad de Su ejercicio en favor nuestro. Pero he aquí que en nuestros pobres corazones se halla también la voluntad propia, y Dios, en su gracia, la quebranta, consolándonos no obstante al mismo tiempo. Entonces aprendemos a juzgarnos a nosotros mismos; Cristo tiene un lugar más absoluto en nosotros; somos más capaces de gozar del cielo, tal como gozaremos por entero, y como ya gozan aquellos amados que se fueron de esta escena; pues después de todo, para Dios se trata de lo que es eterno, de aquello que tiende hacia la naturaleza de Cristo resucitado.

Cuando la voluntad se somete, el recuerdo de lo que hemos perdido momentáneamente viene a producir un gozo y un dulce sosiego, en donde el Señor halla Su lugar. El sello de su gracia está allí.



Apreciamos las buenas cualidades de los que amamos, como siéndole agradables. Le bendecimos por habérselos prestado por un poco de tiempo, pero sentimos que aunque los tuvimos no eran nuestros, sino de Cristo, y que Él los ama mejor que nosotros y tiene todo el derecho de reivindicarlos. Con esto no quiero decir, amada hermana, que Ud. haya alcanzado esta meta en sus ejercicios. En estos momentos experimenta la pérdida de lo que en apariencia le pertenecía; esto es bien natural, pero la obra del Señor hará camino y Cristo tendrá un lugar más grande en los recuerdos que correspondan a la persona del amado esposo que se fue. Y en efecto, Dios le ha proporcionado las más dulces compensaciones. La vida irreprochable de nuestro buen hermano, su constante amabilidad, bien que todo esto pertenece a Cristo antes que a Ud., será un precioso recuerdo para el corazón. Es un privilegio que el Señor concedió que pudiese gozar por un tiempo de esos rasgos agradables que adornaron el carácter moral de su amado esposo. Por el momento, lo natural en el ser de usted sentirá el vacío de día en día, pero cobre ánimo; dirija la mirada hacia Cristo y, como antes dije, los recuerdos se unirán poco a poco a los pensamientos del Señor y al gozo que nuestro amado amigo experimenta cerca de Cristo. Entonces vendrá la calma, unida al sentimiento de la supremacía de Jesús en el corazón. Ha perdido un amigo precioso para todos nosotros, pero la mano que lo ha retirado de esta escena es una mano de amor que no se equivoca jamás. Es un dulce consuelo el pensar que quien tanto hemos amado está con el Señor, y en la medida en que Cristo sea precioso para nosotros, tanto más este consuelo será real y grande.

Paz para su corazón, amada hermana; que Su gracia la sostenga. Escribo brevemente, pues me hallo debilitado aún y no soy capaz de un ejercicio de espíritu sostenido.



Ruégole diga a F. que precisamente ésta es la causa que me ha impedido responder a su carta, la cual exige, en cierto sentido, un trabajo de mente que debo dejar por el momento, pero le escribiré tan pronto pueda. Poco a poco voy recordando mis fuerzas.

Salude a todos los amados hermanos».

Toronto, 4 de enero de 1865

«A Mr. L. F.

Amado hermano:

Ya sabrá que hemos perdido a nuestro hermano Bellet, hombre de una dulzura que ganaba a todo el mundo y que poseía un don de un atractivo particular. Su finalidad iba más allá de la paz. No podía oír hablar de otra cosa que de ir con Jesús. Sus palabras se resumían así: “Creo en el reino, creo siempre en su gloria, pero lo que necesito es el hombre de Sicar”. Así nombraba a Jesús. Lo que puede ser faltara un poco en él, era el cuidado por la Iglesia; este “es más necesario quedar por causa de vosotros”. No podía soportar la idea de no ir con Jesús; de ese lado todo era luz, gozo y delicias. Era uno de los cuatro que por primera vez partimos el pan en Dublín. Solamente quedamos C. y yo. Los otros dos terminaron ya su peregrinaje. Su tiempo había terminado. Era el sentimiento que tuve cuando me enteré de la gravedad de su enfermedad. Llega un momento en que uno se va a su lugar después de servir por un tiempo. Wigram le escribió que pudiera ser que como siervo del Señor debía permanecer aún;



yo mismo no sé si Dios, después de haberlo despojado por completo del mundo, no lo hubiese tomado a su servicio con este nuevo carácter. Él decía: “no puedo llamarme siervo del Señor. He amado a los hermanos (y era bien cierto), he trabajado por ellos; he procurado servir al Señor, pero no puedo llamarme siervo del Señor”.

Lo comprendo perfectamente. Es un asunto muy serio, ¿pero qué vamos a hacer si es así? ¿Se trataba de causas personales? ¿Era a causa del estado de la Iglesia? Confesaba que con las personas que no se habían mantenido fieles (los de Bethesda, etc.) había sido demasiado blando; que no había tenido la suficiente firmeza en sus tratos con ellos. En su marcha eclesiástica había estado dotado de una entereza remarcable, pero su amabilidad era excesiva.

En todo se juzgaba de una manera santa y nos decía que aunque había conocido al Señor desde hacía tiempo (lo cual sabíamos muy bien) Él se le había revelado de una forma particular en el presente. “Le tengo —decía— como jamás lo he tenido. Sé que soy objeto de su amor y esto me produce un gozo inefable”. Por lo demás, para él no existía nube alguna que velara su destino. Lo que decía y escribía era de una rara hermosura de lenguaje e ideas, lo cual se desprendía de la “buena fuente”. No precisaba de esfuerzo alguno. Todo lo hacía “a vuelapluma”. Tenía el hábito de usar papel de escribir cartas para expresar sus pensamientos sobre la Palabra, y cuando escribía a alguien tomaba una de esas hojas y, después de haber expresado lo que debía, añadía: “ahora voy a ocuparos un poco de las cosas preciosas”. Entonces seguía con lo que tenía escrito de antemano. Así obraba en relación con muchas personas. Su pérdida será sensible para los hermanos de Irlanda y, sin embargo, me parece que todo es para bien. Su corazón lo tenía en el cielo, y allí ha ido ahora. Como él



mismo confesaba, no era hombre para tensiones ni roces de esta vida. Pero ahora está con Aquel a quien amaba sinceramente. Tenía un sentimiento profundo de la perfección de Jesús.

Pero en esto, amado hermano, con toda mi flaqueza —y soy consciente de ella— no le cedo el paso. De una cosa estoy seguro y cierto: Jesús es el todo para mí. Para mi corazón, nada puede compararse con Él; ni de cerca, ni de lejos. Conozco al Padre por Él; como objeto, es el todo para mí. En relación con esto no tengo duda alguna. Mi dolor es que le sigo muy débilmente. Conozco muchas personas que me llevan considerable ventaja, y serán justamente recompensadas más que yo. Esto me regocijará. ¡Les veré brillar en la gloria con tanta felicidad...! Esto se debe a Jesús y para mí es un gozo, porque los amo. Siento un profundo respeto por esa consagración, pero me cuesta creer que alguien ame a Jesús como yo le amo. Él es el todo».

Estimo oportuno, tal como hallamos en el “Messenger Evangelique” de 1914, pág. 357, añadir a la carta anterior una que el hermano J. G. Bellet dirigió al señor Darby pocos meses antes desde su lecho de muerte. Carta llena de un amor consagrado en Cristo; carta de una profunda sensibilidad espiritual, en la que los lazos y los afectos fraternos tienden y se remontan hacia regiones que la aspereza del desierto no pueden enturbiar:



30 de agosto de 1864

«Mi muy amado John:

Me parece que voy debilitándome un poco bajo el efecto de una pleuroneumonía, como dicen en la facultad. Puede ser, mi querido hermano, que ya no te vea más en esta tierra, pero tengo que decirte, como uno que habla desde el lecho de muerte, que mi alma bendice al Señor por haberme revelado la verdad que los hermanos recibieron de Él. Mi conversión tuvo lugar en 1817 (era una obra aún muy débil) cuando leía un libro en vista de mis exámenes. ¡Cuánto ha balbuceado mi alma durante años! Entonces llegó la hora en que nos conocimos, no de paso como anteriormente, sino con sentimientos que me ligaron instintivamente a ti, y después de pasar cuarenta años estos sentimientos jamás desfallecieron ni se enfriaron.

¡Cuántas gracias doy al Dios de mi vida eterna por haber nutrido y fortificado esta vida, por haber ensanchado sus capacidades (las de la vida, por medio de tu ministerio privado y público! Te he amado, y supongo, en cierto sentido, como no he amado a otro, y ahora, después de tanto tiempo transcurrido, nos hallamos aún juntos en la gozosa comunión de una misma confesión. No quiero hablar mucho de mí mismo, pero al menos no quiero silenciar esto: jamás he gozado tanto como ahora del feliz y apacible reposo en Cristo. Considero que partir y estar con Cristo es mucho mejor. Estoy más lleno de gozo que en cualquier momento de mi vida anterior.

He repasado en mi memoria el servicio prestado a los demás y, ciertamente, he descubierto la vanidad y la satisfacción propia; pero el mismo Señor me ha dicho que todo esto queda perdonado. Pero ¡oh!, cuán miserable es no tener fruto



de su servicio para traerle; es así cuando menos que quiero expresar mi pensamiento. Decía a un cristiano de la Iglesia anglicana que estoy adherido a la verdad que aprendí hace ya treinta años como una cosa de valor inestimable. Y, querido John, ¡pon en contraste con ella (la verdad) los oficios, las ordenanzas, la liturgia y el clero!

Que el Señor sea contigo, hermano muy amado. Mantente siempre como el defensor y el ornamento de la doctrina. He leído tu edificante folleto “La ley y la justicia”. Sé que has juzgado en el temor de Dios, y guiado por Su Espíritu, a la persona que mencionas».

J. G. Bellet.

Más cartas del Sr. Darby

Estados Unidos, junio de 1876

«A Mme. G. R.

Amada hermana en el Señor:

Le remito estas pocas líneas para expresar de todo corazón mi simpatía, pues he tenido noticia, ahora mismo, de la pérdida de su querido esposo. Su fallecimiento me ha producido profunda emoción, ¡y cuánto más a Ud.! Le conocí antes que Ud. misma, cuando era un joven viviendo en la casa paterna. En cierta ocasión pude ayudarle para continuar un viaje en Alemania, en donde buscaba empleo como maestro. No lo halló. Dios había preparado para él un trabajo mejor. Cuando regresó a su casa tuvo lugar en su espíritu una lucha secreta y profunda en relación con su vocación al servicio



de Dios y los deberes hacia sus padres. Estos habían hecho grandes sacrificios para darle una buena educación. Más tarde, durante una tempestad en el lago de Neuchâtel, el cual atravesaba conduciendo a su hermana al cantón del Vaud, cuando se encontraba al borde del naufragio tuvo la seguridad de que debía consagrar su vida al servicio del Maestro. Por la bondad de Dios llegaron a puerto, y cuando regresó a casa dijo a su madre: “adiós, amada hermana”; en efecto, era una mujer remarcable. Después del adiós fijó su residencia en Berna como profesor de alemán, y fue allí donde él la conoció a usted. A continuación se trasladó a Zurich y desde entonces usted misma le ha conocido mejor que yo. Nuestras relaciones siempre fueron llenas de la más tierna afección; sentía hacia él una atracción en grado sumo, y no es de extrañar que el hecho de habérselo llevado el Señor haya sido para mí particularmente doloroso, así como para la obra, pues hablando como hombre puedo decir que su vacío difícilmente será llenado, toda vez que era un hermano lleno de sabiduría y experiencia. Pero lo mismo para el servicio que para Ud. es preciso dirigir la mirada al Señor. La parte de usted es la de poner toda confianza en “el Padre de huérfanos y en el defensor de viudas” (Sal 68:5). Su numerosa prole le dará ocasión de glorificar al Señor, pues tendrá mucho a confiarle. Dios busca y se agrada de esta confianza. Nuestro corazón halla el gozo en este menester, pero en el del Señor mucho más aún, pues Él es la misma bondad. Afirma y fortifica al huérfano y a la viuda; no solamente siente compasión por ellos, sino que las circunstancias que atraviesan despiertan su misericordia como nos ofrece a manera de ejemplo el caso de la viuda de Naín, y las muchedumbres parecidas a un rebaño sin pastor. El trabajo que usted tiene por delante es grande, pero no demasiado para la bondad de Dios. Los hijos, a con-



secuencia de este rudo golpe, serán para Ud. un sostén y una rica consolación, pero su confianza debe reposar en el Señor, para esto como para todo lo demás.

No pensaba extenderme tanto, amada hermana. En estos momentos me encuentro en un pueblecito camino del Canadá, pero no podía recibir la comunicación de la partida de su esposo (lo cual hubiese sido imposible para mí) sin expresarle toda la parte que tengo en este dolor y en esa pérdida que le aflige. Para el amado que se fue, su porción es la paz y el gozo; para Ud. y los hijos, una separación de lo que les era más precioso y la soledad con Dios. Pero Él es suficiente para todo, y cuando el pecado ha introducido la muerte, la prueba y el dolor, el vencedor del infierno y de la muerte ha entrado también en ella. Se ha hecho hombre a fin de tomar parte en todas estas cosas para ofrecernos una esperanza; esperanza que hace, aun de la misma muerte, una ganancia para nosotros; esperanza perfectamente asegurada; un amor del cual nada nos puede separar.

Su hermano en el Señor».

Inglaterra, marzo de 1861

«A Mme. B.

Amada hermana:

No hay duda de que la pérdida de vuestra querida María será un golpe doloroso y una brecha en vuestra familia. Pero no sé cómo explicarme, mas lo intentaré. Desde hace muchos años me he habituado a la muerte en Cristo, y para el cristiano es como una amiga que sonrío. En sí misma es una



cosa terrible, estoy plenamente de acuerdo, pero ahora para nosotros es ganancia. Dios nos quiere en la perfecta luz. Para Cristo, y a causa de nosotros, el camino de la vida ha sido a través de la muerte, lo cual no es así necesariamente para nosotros, pues la misma ha sido vencida de manera efectiva y completa, y si hemos de pasar por ese camino para salir del mal y de la contaminación para entrar en la luz y en el perfecto gozo de su presencia, Cristo, que ha vencido, está con nosotros. Si hay alguna cosa de la cual no nos hayamos desprendido según Dios, puede haber algún momento penoso, pues es preciso que el alma responda al gozo que le es preparado, pero en sí misma, la muerte no es otra cosa que el desprendimiento de lo que es mortal y el tránsito del alma a la presencia de Jesús. Por ella dejamos lo que está manchado y en desorden. ¡Cuánto gozo hay en ello! Más tarde el cuerpo se reencontrará en su vigor y su gloria incorruptible e inmortal. Entretanto, el alma debe esperar por un poco de tiempo para alcanzar esto.

Salude con mucho afecto a sus hijos. Siento mucho esta pérdida a causa de ellos, vuestra amada María hubiese sido un gozo para cualquier familia en la cual hubiese entrado por los lazos naturales. Ahora ella hará el gozo de Cristo, pues nosotros tenemos derecho a decirlo. Este es un consuelo para los que están en ruta aquí. Dios nos prepara para el cielo, cortando poco a poco los lazos que nos ligan a esta tierra como descendientes de Adán que somos. Cristo todo lo reemplaza, y así todo va bien; todo va mejor. Que Dios bendiga a toda vuestra familia en medio de esta pena de corazón tan grande y real, pero en donde Él, tan bueno siempre, ha mezclado tantos cuidados y abundante gracia a la amargura de la copa.

Adjunto una carta para María; temo que no sea demasiado extensa, pero tengo la convicción de que al leerla según



le permitan sus fuerzas gozará de las palabras que expresa; pensará en Cristo y tendrá refrigerio.

Que Dios os bendiga y os haga sentir su bondad, aun en medio de esta pérdida».

Un hermano joven le notifica su próximo enlace matrimonial. El señor Darby le envía esta afectuosa e interesante carta:

Marzo de 1858

«A Mr. J. P.:

Le doy las más expresivas gracias por el hecho de haber pensado en mí a tenor de la expectativa de vuestro cambio de estado, lo cual incide de forma muy seria en toda vuestra vida humana. Pido a Dios, de todo corazón, que os bendiga. Son momentos en que el gozo humano deja el corazón poco dispuesto (a menos que esté bien ejercitado sobre el asunto en la presencia de Dios) a pensar en las exhortaciones. Dios mismo reconoce esta felicidad y la emplea como imagen del gozo más sublime. Pero es necesario recordar que todo aquello que en este mundo produce la alegría trae aparejado también la pena.

Estoy dispuesto a gozarme con los que se gozan, y creo que sean cuales sean las pruebas que acompañan al matrimonio en este pobre mundo caído, la bondad de Dios piensa de tal manera en nosotros, y nos ofrece tanto sus tiernas compasiones como el refrigerio en las aflicciones, que no es conveniente ensombrecer el hecho en sí con el temor de lo que



deba venir. No, mis advertencias se dirigen en otro sentido. El mismo gozo tiene sus peligros, y también los cuidados ordinarios de la vida. Existe el peligro de que pensemos menos en la venida del Señor porque somos felices en esta tierra, y también las preocupaciones que dan los cuidados de la vida alejan el corazón del Salvador y de los derechos que tiene sobre nosotros. Piense en este asunto, amado hermano. Mi deseo es que su matrimonio sea muy feliz; pero para su gozo deseo más ardientemente que sea un hecho muy serio. Este es el camino de la dicha y de la verdadera delicia. Así lo deseo también para su futura compañera de la vida. Cuanto más introducimos al Señor en todo, más felicidad tenemos.

El gozo que Jesús no pueda compartir (y Él quiere, bendito sea su nombre, que nosotros compartamos el suyo) no es un gozo persistente; no es el deleite verdadero. Su presencia produce un gozo equilibrado, pero real, bendito; una felicidad en que el alma puede tomar su lugar con acciones de gracias. Orad, buscadle para que Él os acompañe. Hable de Jesús a su prometida, a fin de que sea el verdadero lazo de unión para vuestros corazones. Esto os traerá el regocijo si el Señor os concede unos años en esta tierra. No dudo de que lo haréis, y tampoco dudo de que recibiréis mis palabras que no tienen otro motivo sino el del afecto que tengo hacia el Salvador y vosotros, y un sincero deseo en cuanto a vuestra felicidad».

Respuesta a una joven hermana que solicita consejo en cuanto al matrimonio en su caso particular:



«Amada hermana en el Señor:

No se equivoca cuando estima que tengo verdadero interés, y que mi deseo es que Ud. sea dirigida por Dios y también bendecida en un momento tan trascendental de su vida. También del anhelo de que pueda tener confianza al abrirme su corazón. No me expreso así en relación con la sabiduría de los consejos que pueda darle, sino con el intento de que los mismos sean de parte de Dios en favor de usted. Aun dándome cuenta de lo delicado que es dar opiniones y consejos en semejantes casos, me dispongo a responderle apoyándome en Aquel que se digna interesarse en todos los detalles de nuestra pobre vida terrenal. En primer lugar, mi consejo es que dirija la mirada a Jesús; no es que dude o piense que Ud. haya sido negligente en este sentido, pero tenga siempre la seguridad de que Él piensa por nosotros, comprende nuestro gozo y lo busca mejor que nosotros mismos. No debemos hacer otra cosa sino abandonarnos a Él, bien seguros de que, pase lo que pase, sabe hacernos más felices que las cosas que tienen más apariencias para que esto debiera ser así. Esto es tanto más necesario cuanto es bien difícil conocer de antemano si alguien es apropiado, en este dominio, para hacernos felices, aunque él se lo proponga. Todas estas cosas ofrecen la absoluta necesidad de que situemos todo en las manos de Aquel cuya sabiduría es perfecta y tiene toda su voluntad dirigida a hacernos felices. Esto es lo que le aconsejo hacer, tanto en cuanto al proyecto en sí como con la persona.

En primer lugar, pienso que el hermano a quien Ud. ha consultado ha querido decirle que casarse no es una obligación exigida en todos los casos. Es evidente que la institución es divina. El Antiguo Testamento nos ofrece, por la Palabra de Dios, la confirmación de que no es bueno que el hombre



esté solo. Por eso Dios dio a Adán una esposa, y el Señor señala este hecho para prohibir el divorcio que tenía lugar entre los judíos, y añade: “Lo que Dios unió, no lo separe el hombre”. Una multitud de pasajes en la Palabra, Efesios 5, por ejemplo —donde vemos que esta unión es una figura de la de Cristo con la Iglesia— no deja sombra de dudas en relación con este punto; la prohibición de casarse es uno de los caracteres del espíritu apóstata (1 Ti 4:3).

El matrimonio es honroso bajo todos los puntos de vista, como dice el Espíritu Santo en Hebreos 13:4, y el que se casa hace bien. Esta es la regla general del orden divino para el hombre. Pero he aquí lo que ha sobrevenido: habiendo entrado el pecado en el mundo, todo lo ha arruinado. La confusión, la miseria y el dolor reinan en esta escena. Pero Dios ha introducido un poder nuevo que nos da la victoria sobre este orden de cosas caídas; un poder que es independiente y nos adhiere a Cristo, pues él no pertenece a lo que está arruinado, puesto que ha resucitado y está en el cielo. Si el Espíritu atrae y une un creyente a Cristo, de manera que éste pueda tenerse por muerto al mundo, y decir como Pablo: “Para mí vivir es Cristo”; si la cosa realmente es así; si el poder de Dios que se sirve de este hombre como vaso de su gloria le hace salir de la conducta habitual del ser humano, es una gracia; entonces es bueno que saque provecho de ella. Pero un tal hombre será el primero en reconocer la bondad de Dios en el orden divino de la creación. Comprenderá, sin hacerse ilusiones y advirtiendo a los demás, que habiendo entrado el pecado en esta creación, la pena y la aflicción le acompañan. Así es en el matrimonio; hallará también la pena, pero sentirá y hará comprender igualmente que la bondad y la misericordia de Dios están ahí, y que además se puede contar con ellas si los lazos matrimoniales han sido según su voluntad. Se puede



contar también con la bendición y el alivio de su presencia y la actividad de su buena mano, aun en la misma aflicción, a la que sin duda nadie escapa, pero en donde su bondad será un bálsamo para el corazón y el alma. “Aquel que se casa hace bien, y el que no se casa hace mejor”. Pero este último caso supone una consagración a Dios por el Espíritu Santo, por la cual uno es más libre que si está casado; esto es bien claro. Feliz aquel que se encuentra en esta situación.

La regla general de Dios es que la gente se case. Sin embargo, uno es más feliz si puede quedar libre del matrimonio, pero la libertad debe ser real, de suerte que no piense en ello, puesto que se desprende que tiene poder sobre su propia voluntad. Jamás he sido más impresionado acerca de la bondad y de la condescendencia de Dios en relación con la santidad que al leer lo que el apóstol dice refiriéndose al matrimonio; nunca he comprendido mejor la verdad maravillosa de que su Espíritu ha venido a consecuencia de la glorificación de Jesús para introducir en el corazón del cristiano el poder en medio de esta escena de ruina. No me habría extendido tanto si el hermano a quien ha consultado se hubiese expresado de otra forma. Pienso que él está en lo cierto, aunque no se ha expresado bien. Por lo demás, lo que le escribo no es otra cosa que lo que Pablo dice sobre esta cuestión.

Y ahora, para su caso particular, mi experiencia como persona soltera es que si el celibato tiene lugar por consagración según el poder de que he hablado, y el corazón está libre y es enteramente para Dios, se glorifica a Dios con ventaja en esta posición por el hecho de estar más dado exclusivamente a Él.

El casado piensa en las cosas del mundo para complacer a su mujer, y asimismo a la recíproca. Quien es soltero piensa en las cosas del Señor para complacerle. Pero insisto, esto su-



pone la consagración de la cual he hablado. Ahora bien, cada cual tiene su propio don, y sin esto uno hace bien en casarse. El estar preocupado en estas cuestiones de su posición ante el matrimonio siendo una persona dentro de la regla general y no estar casado, es más nocivo a la piedad que los cuidados que procura el matrimonio. La bondad de Dios nos acompaña si el casamiento es según su voluntad. Solamente que sea en el Señor.

En cuanto a la persona de que me habla, la primera cosa que estimo ha de hacerse es, que después de haber orado a Dios, tiene de asegurarse (lo cual podéis hacer por medio de otros) de la piedad personal de X., y de si está en la comunión del Señor. Sin esto no puede usted contar con la bendición del Señor. Bendigo a Dios de que haya renunciado a la emigración, cosa que a mí no me agrada en absoluto. También bendigo a Dios de que haya impedido a otros seguir este camino, aunque a veces haya sido por medios dolorosos. Me parece — sin que pretenda condenar la emigración en todos los casos — que la impaciencia de la carne está tras todo esto en la mayoría de las ocasiones. No se cuenta bastante con Dios y sin embargo es Él quien domina todas las cosas. Le aconsejo que se informe cuidadosamente de su piedad y de su andar. Si el resultado es satisfactorio, todo va bien; de todas formas no emprenda una gestión cualquiera. Decida ante Dios lo que piensa hacer. Después, sin dejarse conducir por un sentimiento indeterminado, infórmese a fondo, por medio de algunos hermanos, de su piedad y de la integridad de su andar. Apoyándose en Dios, Él la dirigirá. Que Dios la bendiga y la guarde, como de cierto lo hará si espera en Él. Cuente con su bondad, y como le he dicho antes, Él piensa en su felicidad mejor que Ud. pudiera hacerlo. Deseo en oración que la plena bendición de la gracia de nuestro buen Dios



repose sobre Ud. Creo, amada hermana, que sin duda busca su voluntad; cuente con su bendición. Cuente también con penas y cuidados si el matrimonio es según su voluntad, pero esté segura también de su bondad siempre tierna y compasiva, pues su mirada de amor toma cuenta de nosotros.

Sea paciente. Uno lo es siempre cuando está en la presencia de Dios. No añado otra cosa que el deseo sincero para que la bendición del Dios tierno y fiel, nuestro Padre, la acompañe.

Afectuosamente, su hermano y servidor en Cristo».

Carta a un incrédulo

Noviembre de 1871

Al Dr. X.

Querido doctor:

No puedo dejar Turín sin dirigirle unas líneas. Puede comprender que si hay un bien infinito, la porción de Ud. es una pérdida infinita. Decir que no existe es negar el mismo bien. Por mi parte, es evidente que la idea no existiría si la cosa no existiera. Es una contradicción decir que uno tiene la idea del bien absoluto e infinito en un corazón que no es capaz, pues el tenerlo es la prueba de su capacidad. Decir que somos capaces, pero que la cosa no es, es terrible; el hacer del hombre moralmente un deseo, una necesidad del bien que no será jamás saciado, es condenarlo siempre a la miseria más espantosa. No quiero suponer que Ud. diga que no es ca-



paz de hacerse una idea, ni de gozar de ella, reduciéndose al más bajo escalón de la humanidad, pues hay una infinidad de personas que se hacen una idea. ¿Existe un bien real? ¿Cuál es? ¿De dónde proviene? Se habla de leyes que rigen la materia. En tesis general, sería una locura negarlas. ¿Quién ha inspirado estas leyes y las ha impuesto, de suerte que sean universales? La universalidad muestra que un solo ser, o una sola causa, las ha impuesto. Decir que la universalidad es una cosa fortuita es la más insensata de las locuras.

Cuando hemos hablado de una causa, Ud. dijo que los niños no piensan. Puede ser; no piensan, pero si yo pienso, no puedo dejar de creer en una causa cuando veo una cosa que deja adivinar un plan, y la experiencia demuestra que es así. Un hombre que dijera que un globo o una lámpara existen sin que nadie los haya hecho, sería estimado por los demás por un falto de sentido y tendrían razón. ¿Qué decir, pues, si en vez de esto se trata del universo? Vuestra medicina no es otra cosa que un empirismo indigno de un hombre honesto si no existen en ella efectos y causas; si existen, ¿dónde está la “causa causans”?

Además, el cristianismo existe y debe de tener un origen. La historia lo cuenta. Los historiadores profanos, los adversarios filosóficos, los herejes, los judíos, todos están de acuerdo sobre su origen. Lo detestan, lo atacan, pero lo reconocen y lo constatan. Algunos de ellos explican cómo se han realizado los milagros, pero explicar es admitir. Mas cuando leo la historia dada por los que han seguido al Señor, hallo una perfección de un género tan superior que en vano he intentado hallarla en no importa qué esfera. En algún lugar hallaremos la moralidad, pero no el amor y la santidad perfectamente adaptados al hombre y revelando cabalmente a Dios. En la historia de Buda, de Apolonios de Tyane, de los santos, tene-



mos narrados muchos milagros que son absurdos de poder; en cambio, en la esfera genuinamente cristiana, todos son (salvo uno, que no hace otra cosa que confirmar la regla de la excepción) una revelación de bondad y poder ejerciéndose para revelar a Dios en su bondad en favor del hombre.

Existe la conciencia en todo ser humano —pues se juzga de una cosa que sea buena o mala—. Es una conciencia que a menudo está corrompida, pero el Evangelio la sitúa no precisamente en presencia de una regla perfecta, sino ante un ejemplo perfecto; me sitúa ante Dios en la luz (a la conciencia no le interesa esta posición cuando la voluntad está en actividad) pero también en presencia del perfecto amor. No me muestra una contradicción entre el amor y la conciencia del mal (como la vaga bondad del filósofo), sino una obra que purifica mi conciencia y me deja en libertad de amar y reconocer el amor de Dios sin violentar la justicia. Hallo la bondad, la pureza, la verdad en un mundo de pecado ¡y me dicen que esto es una impostura! ¿Esto es todo lo que la filosofía puede decirme, que la paciencia, la bondad, la verdad y la pureza son una impostura? ¡La cosa moralmente más bella del mundo tildada de impostura! Cuando uno habla de tal manera, se degrada. ¿Es que la falsedad y la violencia son las únicas cosas verdaderas, juntamente con la prisión cuando el egoísmo es demasiado perjudicado en sus intereses?

Otra cosa me sorprende. El cristianismo es motivo de odio. Se escribirán historias imparciales del budismo, del mahometanismo; se tratará de ellos como un fenómeno; pero el cristianismo suscita odio, oposición, voluntad propia y pasiones. ¿Por qué, si es una impostura como lo demás? Ello se debe a que el cristianismo revela a Dios, y esto el hombre no lo puede soportar. Uno no se avergüenza de profesar religiones falsas en el mundo. Se harán procesiones y allí cada cual



halla su propia gloria; pero en cambio, del verdadero cristianismo se siente vergüenza. ¿Por qué?

Ahora, apreciado señor, Dios ha venido en amor. Cristo os ofrece la vida eterna, el perdón, el gozo, la felicidad, el conocimiento de Dios —del Padre que se revela en el Hijo— las delicias infinitas y eternas, la salvación. Anuncia que regresará y que ante Él se doblará toda rodilla; también la de los incrédulos, no importa. Ahora es el día aceptable, en el verdadero conocimiento de la santidad y del amor; después vendrá la calamidad por haber rechazado este bien. De ambas cosas ¿cuál desea para Ud.? Dios le está buscando en amor. Cristo se ha dado por usted, no le rechace; hacerlo implica rechazar la vida eterna con Él».

Extractos sobre diversos temas

Montpellier, 1849

«[...] Lo importante, en nuestros días, no consiste en resolver todas las teorías eclesiásticas que parecidas a constituciones políticas se postulan por el mundo, sino que lo interesante es la simplicidad de la fe que se extiende hacia delante. Porque al estar uno convencido, se fía de Jesús y desea seguirle.

Aunque solamente existieran dos o tres apoyándose de tal manera en el Señor, y poseyendo personalmente las convicciones necesarias para conducirse así, todo esto tendría más valor que una multitud que, aun siendo creyentes, no exhibieran este carácter...».



Nîmes, 1849

«[...] Hay muchos adversarios; muchos hombres que en otro tiempo obraban como leones rugientes y en cambio hoy querrían mezclarlo todo empleando en este empeño unas formas educadas y cautivadoras. O tal vez mejor, desearían que yo reconociera lo que ha sido hecho, de suerte que no existiera ni traza de testimonio. En lugar de postular un cisma como antes hacían, forzados por las circunstancias hacen una llamada a la unión, pero sin tener la fe que reconoce a Cristo como el centro.

Para los que no perciben el estado de las cosas, esto tiene un aspecto recomendable; en cambio, si ponemos de manifiesto y atacamos lo que de unión solamente tiene la forma, se nos expone a aparecer como malos y sectarios. En circunstancias semejantes, uno debe remitirse a Dios. No hay otra alternativa. Por lo demás, estas personas no buscan la unión, como tampoco la buscaron antes. Lo que les conduce a portarse así es el temor a que se suscite un testimonio verdadero y al deseo que tienen de conservar unas apariencias respetables».

Relativo a la profecía

... 1848

«[...] En cuanto a la profecía, la cuestión importante consiste en que el corazón, enseñado por el Espíritu Santo, espere con inteligencia al Esposo; que tenga la conciencia de su relación con Cristo como tal. En tanto que Iglesia, nada tenemos que ver con la sucesión de los acontecimientos. No



somos del siglo, ni del mundo, y es precisamente a estas esferas que los acontecimientos se aplican. Este es el punto esencial. Si no se comprende esto, poco importa el orden de los hechos. Es una distinción especial a mantener.

Los hechos que se desarrollan ante nuestros ojos, para mí no son dignos de mención propiamente hablando; son, eso sí, un progreso de los principios y de los acontecimientos necesarios para formar el imperio romano, consolidar la nación alemana, que se halla fuera de sus límites, y formar, por medio de la misma, una barrera para que el norte y occidente no choquen antes de hallarse cara a cara en Oriente...

Precisar más allá de nuestras luces y de la Palabra ofrece a menudo ocasión y peligro de interesarnos por las cosas mundanas, en las cuales Dios no se interesa. Cuando el sistema judío reaparezca, entonces tendremos hechos positivamente terrenales; pero este momento está aún por llegar. Entretanto, nosotros estamos ahora en la esfera moral y eterna de las cosas celestes y en conexión con un Cristo que el cielo retiene...».

Clairac (Francia), 1848

«[...] Estoy de acuerdo con Ud. Hay cosas en la profecía sobre las que nada tengo de cierto; siempre ha sido así en mi caso. Pero debo confesarle que temo a los espíritus demasiado positivos. Hay cosas que son bien ciertas para mí, pero los espíritus excesivamente positivos son en general humanos, es decir, contemplan las cosas desde el punto de vista humano; están poco ligados a Cristo y son estrechos. Pero nosotros solamente hemos hecho progresos en la profecía situándonos ante la Palabra de Dios para aprender; entonces lo que era os-



curo para nosotros un año atrás, venía a ser un axioma el año siguiente. Al mismo tiempo, creo que este temor a lo positivo tiende de un lado al carácter de mi inteligencia, así como la necesidad de lo positivo al carácter de la de usted. Note bien que no hablo de usted ni de mí, sino de la forma de proseguir el estudio de la profecía.

Los hermanos en Inglaterra, tan pronto han abandonado el escudriñar para ocuparse en dogmatizar o formar un sistema profético, no han adelantado nada; pero yo me regocijo de que el corazón de Ud. se relacione con lo que le une a Cristo.

No daría ni un céntimo por toda la profecía si no surtiera este efecto, y creo que los rasgos generales de la misma tienen la más grande importancia para alcanzar este objeto. Sin embargo, el conocimiento de los detalles, si uno es equilibrado y se ciñe en no traspasar la enseñanza de Dios, proyecta mucha luz sobre los principios de la profecía, y nos sitúa, al mismo tiempo, en condiciones de poder responder a las objeciones de los contradictores...».

Cuando nuestros amigos tenían ordenado y compaginado hasta aquí todo este trabajo, Juan Reguant anunció su regreso. Lidia recibió una carta y, desde la lectura de las primeras líneas, su corazón saltó de gozo. Iba a tener por una temporada, otra vez, al amado esposo. Ahora que eran ya mayores ambos sentían más, si cabe, la necesidad de la mutua compañía.

Juan no regresaba definitivamente. Su labor era precisa en Castellformós. No le gustaba hacer la obra a medias. No solamente tenía la visión de plantar, sino también la de regar. Los dejaba por un tiempo para experimentar a su regreso la



consistencia y la obra del Espíritu en cada uno. Eran unos poquitos, pero si alguno despuntaba para el servicio quería dejarles caminar con sus propios pies. Ocasionalmente les visitaría. Eran sus hijos en la fe, y el amor hacia ellos le guiaba. Era constante, y sus visitas por doquier, aunque a veces fueran espaciadas, eran sostenidas. Pero él tenía la necesidad espiritual de venir entre los suyos; aquel círculo de intimidad en donde habían transcurrido las experiencias y el desarrollo de su vida en Cristo; en donde se había formado; en donde había gozado y llorado. Como no era un siervo excepcional, su círculo era restringido pero cumplía la tarea eficazmente, consciente de que había de responder un día ante Aquel que le había encomendado lo «poco». No podemos escamotear esta realidad: Reguant amaba toda la obra, pero Vilargent y lo que este lugar representaba tocante al servicio, como siendo una porción del Testimonio, ocupaba un lugar de prioridad, de preeminencia en su corazón. Allí conoció a Cristo como su Salvador y Señor; allí conoció a Lidia, la esposa amada y la hermana fiel; allí creció entre padres y madres espirituales que le ayudaron en amor y experiencia; allí aprendió a conocer su propio corazón a medida que conocía a Dios; allí sufrió. Conoció derrotas y amargas, desánimos y decepciones; tuvo sus fluctuaciones, pero nunca fue aniquilado porque jamás peleó a sus propias expensas; cuando el soldado estaba en su angustia, el Capitán le libraba.

Aquella noche, como de costumbre, Roura y Graells entraban en casa de Lidia, la cual les recibió radiante.

—Vamos —dijo el observador Roura— no es preciso que digas nada; Juan viene, ya se ve.

—Eres encantador, Pedro. El amor que sientes por nosotros te hace siempre suponer lo cierto. No tengo por qué ocultar mi alegría —dijo Lidia.



—Alegría que compartimos —remachó Graells—. Vamos a tener otra vez con nosotros al hermano amado, gracias a Dios. ¿Cuándo llega? —Lidia señaló el día siguiente a media mañana.

—Bien, está bien —dijo Roura—, yo vendré a la hora de costumbre por la noche. Juan vendrá cansado. Ya no es el hombre joven que conocí. La casa terrestre de nuestra habitación se deshace.

—Sí, Roura está en lo cierto, ya nos veremos más oportunamente por la noche —añadió Graells; y nuestros discretos amigos dejaron las cosas así.

Lidia agradeció con una comprensiva sonrisa la delicadeza de sus hermanos en la fe.

Era aún temprano, y antes de despedirse entraron en una serie de consideraciones.

—Será muy oportuna la estancia de Juan entre nosotros. Es preciso que dé su opinión y consejo en esta obra común. Además, tiene que colaborar. Ya veréis cómo será una ganancia y un provecho. —A medida que Roura argumentaba, se le veía más seguro y desembarazado—. Ahora será Juan quien tenga la última palabra en todo esto. Todo este tiempo me he visto forzado y ha sido un ejercicio superior a mi capacidad. No estaba seguro si mi trabajo era siempre acertado. Es bien raro que no hayáis formulado nunca ninguna objeción. Esto no es normal ni en las cosas fútiles de esta vida. ¿Iba a ser una excepción un trabajo como éste, una tarea que pertenece a una esfera superior?

—Otra vez, amado, razones como al principio, cuando meses atrás empezamos la tarea. Todo ha ido bien, Roura. Ya ves que aunque poco a poco, tenemos bastante material adelantado, y cuando Juan vea todo esto y sepa que fue iniciativa y dirección tuya... en fin, no quiero decir exactamente



cómo reaccionará, pero ya lo verás. —Y Graells, después de adelantar estos conceptos para corroborar el bien que habían recibido por el ejercicio que su hermano en la fe había suscitado, continuó—: se aprende mucho estando ocupado en estos menesteres; una cosa es leer un artículo, una meditación o una carta —como en el caso que nos ocupa— y otra es hacer lo mismo pero con la responsabilidad de traducirlo para hacerlo entender a otros. En primer lugar, hay que interpretarlo para uno mismo, ¿y quién es capaz si el Espíritu no nos ayuda? Él siempre quiere ayudarnos, pero ¿y nuestra disposición? ¿Nos hallamos siempre en tal estado que este divino Huésped pueda hacernos entender su Magisterio? ¡Cuánta paciencia en este ministerio de guiarnos a toda verdad...! Sea cual haya sido nuestra posición (no vamos a ocuparnos de nosotros ahora) el hecho positivo existe. Las horas pasadas analizando lo que el venerado hermano escribió nos dieron gozo y nos aportaron enseñanza. Hemos pues de confesar que los primeros receptores de bendición somos nosotros al preparar esta modesta obrita para los demás. «Vuestro trabajo en el Señor no es vano», decía el apóstol. Estoy más que contento de tener a Juan entre nosotros. Le conozco bien. Él será el primero en tomar en cuenta todo esto, pero no creas, ni por asomo, que te relevará ni «dirigirá» en nada. Amigo Pedro, tienes motivos para conocer la trayectoria de Juan; él nunca «mandó», sino que fue el criado de todos nosotros y casi siempre fue quien tomó la iniciativa y la carga de cualquier movimiento positivo por modesto o trivial que pareciera. Hemos de confesar que no siempre le hemos sido de ayuda, y él, en cambio, ha soportado con paciencia nuestra inercia y falta de dinamismo.

—Protesto, Ricardo —cortó Lidia—. Juan no opina así de vosotros; no tiene, tocante a vuestras personas, tales sen-



timientos. Habéis sido los amados hermanos que nos fuisteis de consuelo. Los leales amigos que, en Cristo, nunca abandonasteis a este flaco matrimonio.

La vehemencia —y no era dada a exteriorizar así sus sentimientos— acompañaba sus palabras dándoles calor; fuego, porque provenían de un corazón sin engaño. Era una protesta enardecida ante la confesión de su hermano en la fe. ¿Quién tenía razón? Ambos la tenían. El amor de Graells le confería la humildad para confesar una tónica no muy acusada, pero real al fin y al cabo, y el amor de Lidia no se daba por enterado ni había sospechado nunca nada que se pareciera a la inercia ni a la falta de dinamismo. El amor produce todo esto. El amor es todo lo que expone 1ª Corintios 13. El amor es de Dios, y aun más que esto: Dios es amor.

—Mis queridos hermanos— decía Juan Reguant—. El corazón se ensancha confiadamente entre vosotros. Otra vez entre mis amigos. Tenía deseos de veros y compartir las experiencias de este tiempo pasado en Castellformós. ¡Cuán grande es la gracia de nuestro Dios! Cómo se magnifica por medio de pobres y débiles criaturas cual nosotros. Si vierais a aquellos pocos hermanitos recién nacidos, reviviríais la historia de vuestro nacimiento en Cristo. ¡Aquella experiencia única e insólita; aquella experiencia meta-racional pero positiva; experiencia feliz! ¿Puede acaso explicarse lo que es nacer de nuevo? Sí, se puede explicar, pero sólo de cierta manera: el nuevo nacimiento se explica viviendo la vida nueva que debe acompañarle. No sabría definir la cosa en términos más precisos. En fin, ya os iré contando, pero Lidia ni tan siquiera me ha dado tiempo de abrazarla. Ha empezado a extender encima de la mesa papeles y más papeles, notas, traducciones,



etc. y atropelladamente, con un entusiasmo propio de una hermana de treinta años menos que los suyos; «mira», ha dicho, «mira lo que los hermanos han hecho, mira lo que Roura ha preparado. Ha sido él quien inició todo este trabajo». —¿Y esto qué es? —le respondí yo—. «Después de comer, te aposentarás de nuevo en Vilargent y tú mismo juzgarás».

Esta escena tenía lugar en la casa de siempre, «en la tienda de peregrino, sobria y honesta». Al caer el día, como tantas otras jornadas del año, Roura y Graells estaban allí sentados escuchando lo que Juan exponía. Lidia preparaba unas hierbas —así denominaba a la infusión caliente, que tan oportuna era en el tiempo frío— y se la veía feliz en su esfera habitual. Su esposo había llegado; tenía buen aspecto, todos estaban contentos.

—He tenido curiosidad y deseos enormes de saber en qué consiste todo esto —prosiguió Reguant—. ¡Oh, qué alegría, amigos míos! Esto para mí es una bendición. Toda la tarde he estado leyendo con provecho. ¡Hay que publicarlo enseguida!

—Hombre, por favor, Juan, pareces otro. Pareces un niño ante un regalo, y perdona la comparación —dijo Roura—. ¡Pero si aún no tenemos la mitad de lo que nos proponemos! Además, esperábamos a que vinieras para que nos dieras tu opinión y leyeras los trabajos, nos hicieras tus sugerencias y expusieras y emitieras tu juicio; es decir, que tu colaboración fuese un hecho. Y en vez de esto, toda la conclusión de tu parte consiste en decir ¡hay que publicarlo enseguida!?

—Querido Pedro, has juzgado rectamente. Soy un niño ante un regalo, ni más ni menos. Este es para mí un magnífico regalo, y lo recibo como un niño ilusionado. ¿Qué quieres que diga? ¿Qué quieres que haga? Dime.



—Pues que nos cuentes algo más de los jóvenes amigos de Castellformós, y mañana, si Dios quiere, después que hayas considerado este asunto más sosegadamente, en la velada que tendremos ganas de oírte. ¿Verdad que sí, hermanos?

—Claro que sí —afirmó Graells, que no salía de su asombro por el aplomo que Roura mostraba al dirigirse a Juan. Parecía como si los papeles se hubiesen trocado.

Terminaron la velada dando gracias a Dios por todo lo que habían oído y por la perspectiva de tener otra vez por un tiempo al amado hermano.

Todos tenían interés por el coloquio de aquel día, y Roura y Graells parecía como si habiéndose puesto de acuerdo adelantarán su visita en una hora por lo menos.

—Hombres, qué sorpresa —dijo Lidia—. ¿Ya estáis aquí? Pasad, pasad.

—Tal vez no somos oportunos tan temprano —adelantó Graells.

—Vamos, dejaos de excusas. Está muy bien el que venzáis ahora. Habéis adivinado los deseos de Juan —y Lidia desde la puerta casi gritó—: ya los tenemos aquí Juan, parece como si nos hubiesen oído.

Juan salió a recibirles, los introdujo en la estancia de siempre y por todo preámbulo se expresó así:

—Lidia me ha puesto al corriente de la dirección que Roura ha imprimido a este trabajo. He vuelto a leer todo lo que tenéis compaginado. He meditado y quiero daros mi fraternal opinión.

—Eso es lo que necesitamos, dijo Roura; tu fraternal opinión.

—Pues veréis —prosiguió Reguant—; confieso que nunca se me ocurrió un trabajo semejante, bien que como exponéis existan tres tomos en lengua inglesa de dichas car-



tas, todas tan instructivas, interesantes y edificantes. Es para mí un gozo hallarme en presencia de una iniciativa de este estilo. Pero como no solamente es una iniciativa, sino una bendita realización, no puedo por menos que dar gracias a Dios por la paciencia que os dio en vuestros buenos deseos, convirtiéndolos, al fin, en una obra culminada por el éxito. Cuando hablo de éxito me refiero, claro está, a lo que habéis hecho, no a cómo será recibido. Eso sólo Dios lo sabe. El trabajo es ameno y esto es un mérito, porque al contrario de las cartas en inglés este compendio y traducción van dirigidos a otros destinatarios. En primer lugar, el tiempo nos conduce a tres generaciones más allá del origen de las mismas, y además, desgraciadamente, hoy no nos hallamos en el estado de lozanía ni en la unidad del avivamiento —o despertar— que se produjo en el siglo pasado después de las guerras napoleónicas. Esto hace que se tengan que ofrecer de tanto en tanto algunas explicaciones complementarias para ayudar a su lectura y situar a los lectores en las vivencias históricas y espirituales de aquel entonces. También para que los lectores de esta obra (los lectores creyentes) sepan cuál es el origen de su posición actual, aunque no siempre la posición puede identificarse exactamente con el origen. Esta es otra de las grandes miserias que ha alcanzado al Testimonio. La audiencia que puede tener no nos compete a nosotros juzgarla, pero el trabajo aquí está, y además a disposición de los creyentes de lengua castellana.

Me doy cuenta que estáis a punto de introducir otro tema en el orden de vuestro trabajo; a saber, la obra del amado hermano Darby en los países de ultramar. Por mi parte he redactado un esbozo como preámbulo. Esta es mi aportación modesta, pero de buena voluntad a la inserción de las cartas que escribió desde el vasto continente americano, hasta



las que redactó desde la lejana Australia y Nueva Zelanda. Os ruego que lo leáis y me deis vuestra opinión. Sois vosotros quien tenéis la responsabilidad de este trabajo. Creo que puede ser útil. Si así lo estimáis, entonces os adelantaré una opinión más definitiva.

—De acuerdo, dijo Roura —que cada vez cobraba más confianza ahuyentando la timidez ante sus hermanos—, ahora esto ya se está perfilando... —pero calló, pues Graells le miró fijamente con una mirada entre censura y comprensión a la vez. Roura entendió el lenguaje silencioso de su hermano. Es cierto que Juan estaba allí, pero las cosas debían proseguir con naturalidad. Lo que más agrandaba a Reguant era precisamente ser uno más entre sus hermanos.

A la noche siguiente se dio lectura al trabajito que Reguant redactó. Estaba, desde hacía unos años, familiarizado con la obra y el ministerio de J. N. Darby. Todo esto le fue de mucho provecho y bendición. Y bien que los escritos del amado siervo de Dios eran condensados y profundos, y como ha dicho otro, «de una profundidad y una preocupación de dejar a la Palabra de Dios su alcance indefinible para nuestra inteligencia limitada»; un hombre capaz de informar, aunque fuera sucintamente, en lo que atañía a la vida y a la obra de aquel venerado conductor.

—He aquí lo que, en síntesis, he pensado proponeros antes de añadir las cartas que deben seguir:



La obra en América del Norte, Australia, Nueva
Zelanda, Antillas y Guyana Inglesa
(obra en ultramar)

Cuando el señor Darby visitó por vez primera Estados Unidos y Canadá, tenía sesenta y dos años. La obra estaba ya extendida y afianzada en Inglaterra e Irlanda, así como en varias naciones de Europa (notoriamente en Francia, Suiza, Alemania y Holanda). Existía una pléyade de hermanos dotados y gobernados por la gloria de Dios, de los cuales el Espíritu Santo se servía para alimentar, cuidar y edificar a las numerosas almas que buscaban y venían entre «los dos o tres reunidos en el nombre de Cristo». También para estar en la brecha y velar. El enemigo, como siempre, atacaba con tanto más ímpetu por cuanto veía un testimonio en el que Cristo era engrandecido. La separación del mundo, la sola dirección del Espíritu Santo, y el único centro de reunión en Jesús era lo que caracterizaba a los hermanos en aquel entonces. Dificultades habían existido. Un testimonio genuino está marcado siempre por la hostilidad de fuera y los conflictos de dentro.

Los hermanos tuvieron que sufrir, pero éste no es el lugar de escribir la triste historia. Dios toma cuenta de los que honran Su Nombre en la humillación y en el dolor.

Las Iglesias nacionales, y aun las libres, estaban marcadas por el sello del clericalismo, las formas, el mundanismo, o por todas estas cosas a la vez. Además, los errores más groseros y las herejías más nefastas, acompañadas por el racionalismo, la incredulidad y la influencia creciente de Roma en los países protestantes, tenían entristecidas y preocupadas a muchas almas que yacían en los diferentes sistemas de la dividida Iglesia. «Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han



puesto», era la confesión de los que anhelaban una palabra de lo alto y un mensaje con el poder del Espíritu.

En este tiempo, y en circunstancias espirituales peores aún que en Inglaterra y en el continente, se hallaba el vasto y joven país formado por el trasplante de las más diversas gentes de Europa. Una heterogénea gama de circunstancias históricas, étnicas, religiosas, sociales, familiares, etc. habían hallado acogida en las amplias, feraces, y a la par casi despo-bladas tierras del otro lado del Atlántico. El núcleo principal y dominante estaba formado por el grupo anglosajón, pero había fuertes minorías de otras etnias, lo cual marcó con un carácter peculiar a la gran familia norteamericana. En 1862, los Estados Unidos eran ya un país rico, mercantilizado y siempre con una dinámica creciente. Había unas raíces religiosas, es bien cierto; raíces heredadas de una tradición en otro tiempo pujante, pero que en aquel entonces consistían, en términos generales, en una mera etiqueta.

Como siempre, en medio de la ruina quedaba un residuo no identificable como grupo diseminado por aquí y por allá, ansioso de hallar unas directrices en que fundar el motivo de su peregrinaje. Darby (sin hacer nunca labor de proselitismo —era enemigo de este sistema— su deseo era reunir las almas alrededor de Cristo, y en esta dirección se proyectó siempre su enseñanza) allá se dirigió, maduro y ponderado, contando con el Señor a una edad en que muchos hombres, y más en aquel entonces, se consideraban caducos.

Sin entusiasmos fugaces, pero como siervo consciente y probado, sabiendo que el día tiene doce horas y que «entretanto es de día conviene obrar», empezó su andadura americana.

Durante quince años atravesó catorce veces el Atlántico en ambos sentidos, y dos el Pacífico hasta la lejana Australia



y la Nueva Zelanda. No debemos silenciar su permanencia en las Grandes Antillas, las Pequeñas Antillas y la Guyana Inglesa.

Al extendernos en consideraciones sobre los Estados Unidos, no debemos olvidar el Canadá, país en el que proporcionalmente su obra fue más próspera todavía.

Tomaremos extractos de su correspondencia íntima y personal, dirigida a sus hermanos y colaboradores en el diario quehacer de la obra del Señor. Estas cartas reflejan toda una época de paciencia y trabajo sin desmayo, para cristalizar al fin en unos resultados altamente positivos, ya en vida de él. Después se proyectaron más ampliamente por medio de los que vinieron después, quienes, traspasando las lindes del dinámico país, llevaron la verdad del testimonio hacia otras esferas de bendición. Anteriormente, y por doquier, el Espíritu de Dios sopló también en dirección y en favor de las almas muertas dentro del cristianismo nominal y del mundo pagano. Una pléyade de evangelistas distinguidos se esforzaron, con éxito, en introducir el conocimiento del amor de Dios en Cristo por medio de la Palabra, y así miles de almas pasaron de las tinieblas a la luz.

Inglaterra, el pequeño, fecundo y original país, era entonces una potencia excepcional. Nunca un dominio terreno le igualó en extensión e influencia. Fue de ahí que inicialmente Dios tomó hombres que sembraron por doquier la buena semilla. Esto dio lugar al más amplio y poderoso despliegue de una labor misionera que se extendió, durante el último tercio del siglo XVIII, todo el XIX y el primer tercio del actual, por casi toda la tierra conocida. El Espíritu soplabá.

No entra en este modesto compendio enumerar la obra que en este sentido obró el Espíritu de Dios. Solamente quiero dejar constancia y dar gracias al Señor por lo que Él mis-



mo obró y produjo, desde los días de Wesley y Whitefield, hasta entrado el siglo presente. No citaré nombres, por lo demás bien conocidos de nuestros lectores, por el temor de olvidar algunos. Dios conoce a todos y no olvida a ninguno. Hombres insignes que quemaron sus vidas por el amor de Cristo en favor de los demás. ¡Alabado sea el Dios de la gracia y la gloria!

Pero la obra del señor Darby tuvo en general otro carácter, bien que estimaba y trabajó mucho en el campo de las Buenas Nuevas. Sin embargo, Dios le dio otra tarea peculiar e indiscutiblemente singular en su tiempo. No solamente fue el pionero, sino el institucionalizador y plasmador de unas verdades de la Palabra que desde siglos estaban olvidadas; a saber: el Cuerpo de Cristo, las dispensaciones; las profecías partiendo de las mismas (no hay otra forma de entenderlas con sentido e inteligencia, si hacemos abstracción de ellas), y la guía, gobierno y dirección del Espíritu Santo en la Asamblea. Todo esto sustentado por un fundamento ortodoxo que le capacitaba para dirigirse con fiabilidad a todos los hijos de Dios, fuera cual fuera su posición eclesiástica.

Otros le ayudaron, colaboraron con él y le siguieron. No fue la obra de un hombre, y menos de un hombre solo, eso no, pero sí fue el motor, y la energía primordial le fue insuflada a él especialmente. Dios es soberano y elige a quien quiere. En este caso, ese fue John Nelson Darby, un hombre siervo del Señor. Un hombre con todos los matices y peculiaridades de hombre, pero a quien nadie puede sustraerle el mérito de su consagración como discípulo de Cristo.

Su memoria, como la de otros siervos de Dios, merece respeto.

—No hay duda de que es útil y de ayuda —dijo Graells—. No todos los lectores tienen la misma medida ni



el mismo grado. Todo esto les sitúa en el tiempo y en las circunstancias.

»En términos generales, todos los informes que poseemos y que se relacionan con la profesión cristiana en Norteamérica están impregnados de un ilusorio optimismo. En realidad, la cosa no daba para desmedidos triunfalismos. Una cosa es la obra de Dios y otra la religiosidad de los hombres. Por lo que se trasluce en las cartas del señor Darby, esta última gozaba de mucho auge, pero no así la primera.

»En fin, cuán bueno es constatar, como ha dicho el Señor: “Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro” (Jn 5:17). Gracias, Juan, pienso que Roura apreciará esta colaboración.

—Sí que la aprecio, y ahora iré escogiendo las cartas que deben acompañar a este preámbulo —remató Roura.

—El caso es, querido Roura —intervino Juan— que pensaba emitir la opinión de que os hablé el otro día.

—¡Ah, sí, es cierto! Me había olvidado— contestó éste.

—Me doy cuenta de que, entre unas cosas y otras, tenemos material suficiente para editar un volumen de tamaño mediano (ciento cincuenta paginas, tal vez), por eso me apresuré a decir que ha de publicarse enseguida. Esta expresión no fue producto del entusiasmo, sino de la reflexión. ¿Por qué no podemos adelantar a nuestros lectores una amplia muestra de lo que os propusisteis hacer, sin esperar al final de toda la tarea? Esto será más ligero de digerir. Habéis de tener en cuenta el carácter profundo del ministerio del señor Darby. Hablo por mí. En mi juventud me sentí animado a leer el ministerio escrito del amado siervo de Dios. No me era demasiado fácil, en aquel entonces, una lectura sostenida de sus escritos. Y aun hoy prefiero más bien leer unas pocas páginas solamente con la Palabra ante mis ojos en vez de darme a una lectura exhaustiva, por interesante que sea.



Haciéndolo así, con oración, saco más provecho en la exposición que hace de sus ejercicios, y además comprendo mejor las verdades de las Escrituras. Con esto no quiero medir a los demás con mi medida, ni tampoco medirme con la medida de los demás. Sólo es una sugerencia que os hago. Casi todos los hermanos que en alguna manera han seguido el ministerio de J. N. Darby opinan así, porque la experiencia ha sido análoga. ¿Verdad, Graells, que éste ha sido también tu caso? —Graells asintió con la cabeza.

—Pero es una lástima —exclamó Pedro Roura—. Ahora estamos lanzados y el trabajo será menor, proporcionalmente, y esto sin añadir el gasto de la impresión. ¿Hemos de presentar la obra en dos tomos?

—¿Por qué no? No es ningún mal. Se trata de que sea más útil y práctico para los demás —respondió Reguant.

—Sí, pero... —iba a continuar Roura, mas Juan, extendiendo su mano hacia delante con aire solemne y un tinte irónico en su voz, expuso lo siguiente:

—Seguramente olvidáis que nosotros no somos otra cosa que unos instrumentos imaginativos. Unos personajes intangibles e irreales. El compilador de estas notas, el traductor de estas cartas, aquél que en su fantasía nos hizo aparecer en escena, cuando un día le pregunté la razón de nuestro protagonismo ficticio, me contestó:

«Os necesitaba, Juan. No me atrevía a escribir en forma tajante y definitiva salvo en casos que por su naturaleza u origen son definitivos: No podía (ni aún puedo ni quiero) establecer conclusiones incontestables. Hay cosas en que los humanos (y más en el orden de lo que es divino) debemos conducirnos con mucha humildad en la exposición de nuestras apreciaciones. ¿Quién es suficiente para emitir una opinión definitiva en ciertos casos? En cambio, vosotros me



habéis ayudado con vuestro protagonismo. Habéis hablado y discutido. Habéis considerado y discrepado. Habéis concordado o no — eso vamos a dejarlo —, pero habéis convivido con amor durante muchos años, y vuestras charlas, vuestras tomas de posición y vuestros ejercicios (de los cuales he sido un testigo favorecido) han quedado escritos. Habéis prosperado en el conocimiento y no os habéis envanecido, ni tampoco tenido envidia el uno del otro. En una palabra: os habéis honrado. Vivís en Vilargent y os convenía ser así. De otra manera, nadie os hubiese hecho caso. Aquí las palabras de los hombres tienen poco peso, pero la conducta (aun contando con la frivolidad de la gente) a veces se impone: habéis sido “letras conocidas y leídas de todos los hombres”.

»Este protagonismo ficticio merece ser real. Yo os saludo, amigos míos, porque representáis un ideal de difícil vivencia. Un día os diré: gracias, hermanos, y os despediré. Habréis terminado vuestra labor, y en lo que toca a vosotros, yo la mía». — Esto me dijo aquel día. Hoy, después de tanto tiempo, con voz conmovida, pero con firme resolución, se ha dirigido nuevamente a mí:

«Juan, di a tus amigos simbólicos, y a tu también simbólica esposa, que debéis ocultaros por un tiempo; tal vez para siempre, no sé. Pero si un día os necesito, volveré a llamaros. ¿Acudiréis? — Pienso que sí, porque yo también he aprendido a amaros y sé que sois sensibles al amor.

»Ahora estoy un poco fatigado para continuar, y vosotros también, porque os habéis movido bastante. Un tiempo de reposo nos irá bien a todos».

— Ya ves, amado Roura, concluyó Reguant, que no podemos argumentar más. Demos el manuscrito a la imprenta y, juntamente con el autor, encomendemos esta obrita a la bondad de Dios.



Apéndice

Después de meditar sobre la vida y el servicio del señor Darby no puedo hacer por menos que añadir, aparte de este breve compendio, dos consideraciones personales en relación con el venerado conductor que nos legó —después de haberlo administrado fielmente— el bagaje de los vastos conocimientos que Dios le impartió.

La primera se refiere a su vida sentimental, y la segunda a su carácter personal.

Según habrán observado los lectores de J. N. Darby, destacó su servicio por encima de su persona, con la condición de que una cosa no puede dissociarse de la otra. ¿Qué sabemos de él? ¿Existe una biografía que celebre sus dotes humanas? ¿Que las realce? ¿Que las aplauda? Podía haberse escrito, pero en el epitafio de su tumba recordamos que está grabada y transcribimos su lacónica autobiografía: «John Nelson Darby. Desconocido y sin embargo conocido. Partió para estar con Cristo el 29 de abril de 1882 a los 81 años de edad. 2ª Corintios 5:21».

Esto es todo lo que le importaba de su persona. Su delicado sentido poético (de ello testifican los numerosos y profundos himnos que dejó escritos) le hizo redactar estos cuatro versos que damos en traducción libre, y que expresan el sentir de un alma que no tiene otro fin que el de glorificar a Cristo.



Señor, que nada espere sino es en Ti.
Que mi vida tenga como único objetivo
servirte a Ti, en esta tierra desconocido,
y, después, Tu gozo celeste compartir.

Este era su deseo, pero aunque sea brevemente pienso que es de utilidad que nos ocupemos de una faceta de su vida tal vez no muy conocida por la mayoría de nuestros lectores.

Es evidente que en su juventud, entre los 28 y 32 años, contactó con un corazón femenino de alta sensibilidad. La Vizcondesa de Powerscourt, joven viuda de Lord Powerscourt, cristiano distinguido y ferviente cristiana ella también. Su nombre de soltera había sido Teodosia Howard, y conoció a Cristo como su Salvador a los diecinueve años de edad. En 1823, dos años después de su matrimonio, quedó viuda, y es difícil precisar después de este acontecimiento cuándo llegó a conocer a J. N. Darby.

En 1827, en Aldbury Park (Surrey, Inglaterra) tuvieron lugar unas conferencias dadas por Henry Drummond, metodista inglés que residía en Ginebra y estaba en relación con los cristianos del Avivamiento. La vizcondesa asistió a las mismas. Tuvo tal gozo que su deseo fue que tuvieran lugar otras parecidas en su agradable residencia de Powerscourt House, cerca de Bray, en el condado de Wicklow. En estas reuniones participaron Darby, J. G. Bellet y otros hermanos entre 1827 y 1828. ¿Fue acaso allí donde nació el afecto por el cual tomaron la mutua decisión de contraer matrimonio? ¿Tal vez fue algo más tarde? No lo sé. No creo que tenga más o menos importancia la fecha en sí. Lo que realmente es de señalar es el hecho de que J. N. Darby y Lady Powerscourt se amaban y habían dispuesto unir sus vidas terrenales en matrimonio ante Dios y ante los hombres.



Era una decisión normal y loable. Pero no llegaron a casarse. ¿Qué sucedió?

Darby comunicó su futuro matrimonio a los hermanos de la localidad (sin poderlo afirmar categóricamente, seguramente los de Dublín, Irlanda). Estos ruegan al Señor para que el hermano desista, y aun suplican al mismo Darby para que renuncie a su decisión. Lo hacían para que pudiera consagrarse sin traba alguna al servicio del Señor (1^a Corintios 7:32). Oyendo la voz de los hermanos, toma la decisión de cancelar su compromiso si Lady Powerscourt accede. Esta atiende las razones del hombre amado, y con dolor —un dolor que había de conducirla a la muerte— accede a romper mutuamente la promesa.

Todo esto, así tan breve y sucintamente expresado, es un drama. Fue una cosa muy triste.

¿Hemos de argüir que no se amaban lo suficiente? No; no estamos autorizados a pensar de tal manera. Cuando se traspasa la edad en que la vanidad de la vida y del mundo no puede empequeñecer la visión de lo que representa el amor de unos corazones consagrados al servicio del Maestro, uno puede valorar lo que condiciona una renuncia semejante. Ahora bien, ¿obró Darby prudentemente al seguir el consejo de sus hermanos en este caso? ¿Venía este consejo de la parte de Dios? Todos tenemos la opción en plantearnos estos interrogantes.

Vivimos a una distancia respetable, en el tiempo y en la historia, de aquellas circunstancias. No podemos ser osados a responder definitivamente ni en forma positiva o negativa. Poseemos, eso sí, alguna ayuda documentada que generalmente sirve como pista válida en los casos del sentimiento humano, pero siempre difícil cuando este sentimiento tiene la característica del amor en su vertiente prematrimonial.



Me he comprometido a dos consideraciones (no a dos soluciones o juicios), y una de ellas se refiere — como queda dicho— a la vida sentimental.

John Nelson Darby y Lady Powerscourt se amaban. Debían pues haberse casado, puesto que eran libres. Así lo habían determinado y así se habían comprometido. Sin embargo, sacrificaron el amor efímero de los cuatro días de su peregrinación terrestre por otro amor que sobrepuja a todo entendimiento, del cual ellos eran conscientes de ser inmerecidos objetos, y renunciaron el uno al otro.

Pero no eran ángeles, sino que eran humanos, y esto dejó una huella en sus corazones. «He renunciado al matrimonio pero he herido un corazón», decía Darby al hablar de ella. Por su parte, ella escribía a una amiga: «es enormemente penoso ser un instrumento de aflicción para una persona que nos ama y a la cual amamos, de tener la apariencia de la ingratitud y la dureza, y de saber que él es alguien en este desierto cuyo pensamiento es para nosotros, y que sufre por nosotros y a quien no podemos dar consuelo alguno después de haber pronunciado un no».

Otra vez respondiendo a Darby, se expresa así:

«Mi querido señor. No puedo dejar vuestro amado billete sin respuesta, y tengo necesidad de testificaros mi reconocimiento, a pesar de que cada vez que os veo, o bien oigo hablar de vos, una profunda tristeza me invade, y este sentimiento que embarga mi corazón no puedo vencerlo en todo el día. De todas Formas, no nos hemos separado para siempre, ¡oh, no!; sé que seré para vos un tema de gozo y esta seguridad me regocija. ¡Cuán dulce es pensar en la unión íntima e inseparable de los creyentes! Estando todos en particular unidos a Jesús, también deben estarlo los unos con los otros, y por muchos que sean los esfuerzos de Satán, nunca



podrá separarlos. La vida que circula en ellos es la misma, y es en el corazón de Jesús que se hacen sentir las pulsaciones...

Le ruego que me considere, querido señor, como la amiga con más tierno afecto y la más reconocida que haya en el mundo».

T. A. Powerscourt.

Es innegable que la huella existe, y sus resultados se desprenden si nos sensibilizamos con las líneas leídas.

Resta añadir que Lady Powerscourt continuó habitando en su castillo cerca de Bray, en una región montañosa y en una época en que las comunicaciones eran difíciles. Su servicio de amor y consolación tuvo su campo de acción entre unos labriegos pobres, en su mayor parte católicos, los cuales constituían el vecindario de aquella agreste comarca.

Alguien que la conoció de cerca y que después de la muerte de la vizcondesa reunió y publicó ochenta de sus cartas en un volumen titulado “La simpatía cristiana”, decía de ella: «Lady Powerscourt unía a una firmeza poco común la dulzura femenina más exquisita. Podía consolar a los que se hallaban en cualquier tribulación por medio de la consolación con que ella misma había sido consolada de Dios. Por ella se ha derramado a los pies de Su Salvador el puro perfume de un vaso de alabastro roto».

La última carta del volumen está fechada en diciembre de 1836, y poco después —según su deseo tantas veces expresado— «partió para estar con Cristo, lo cual es mucho mejor».

Darby continuó su peregrinaje absorbido por la consagración a la obra del Señor y por los combates por la verdad que le había sido confiada. Su persona estuvo caracterizada



por un compendio de noble simplicidad en sus hábitos y en sus maneras. Los cánticos que redactó — y que fueron numerosos — se distinguen por un sentido poético de cadencia delicada. Aun estando marcados por un sello muy personal y una concisión que no permiten una airosa traducción al castellano, existen algunos que nos ofrecen la posibilidad de valorar lo profundo de sus ejercicios, tanto en lo relativo a la persona de Cristo, a la posición del creyente, como a la aridez del desierto. Su voz era agradable, pero su dicción no era la de un orador, como por ejemplo William Kelly. Eso sí, la solidez de sus argumentos cuando tomaba la Palabra de Dios como base eran irrefutables, sus conclusiones eran sólidas, macizas. Difícilmente recusables.

Falto de una delicada y femenina influencia, y dotado a la par del espíritu impulsivo y vivo de los irlandeses, conducía la lucha con un vigor no siempre irreprochable. Cuando se enfrentaba a alguien que ponía en entredicho la persona de Cristo, o bien cuando se fomentaban errores doctrinales siempre nefastos para el rebaño del Señor, o también cuando el racionalismo asomaba su faz, descarada o veladamente, según el caso, no tenía demasiadas contemplaciones con los adversarios. Cristo era el todo para él.

Pero nadie puede negar que tuvo un corazón profundamente sensible. Su generosidad — siendo joven prodigó su fortuna personal en favor de los pobres campesinos irlandeses, entre los cuales empezó su ministerio —, el interés diario en favor de los enfermos, su paciencia con los débiles, lo ha demostrado profusamente.

¿Y qué decir de la enternecedora página que a sus cincuenta años consagró a la madre que apenas conoció, y cuyo retrato fue lo único que podía recordarle los rasgos y la dulzura de su mirada?



El esquema de este apéndice ha sido formado por notas traducidas, entresacadas o deducidas de la obra que, redactada por F. Cuendet, apareció en 1935 en su primera edición y cuyo título “Acordaos de vuestros pastores” ha venido a mis manos a punto de dar a la imprenta el presente volumen. Es por esto que me veo obligado a publicarlo como apéndice y no en el cuerpo de la obra en donde seguramente hallaría un lugar más adecuado, pero no he querido omitir estos rasgos personales y estas circunstancias sentimentales de la vida del honrado siervo de Dios, una vez he tenido conocimiento de ellas.

Por lo que se deduce de su breve obra, F. Cuendet fue un hermano suizo que en su niñez y juventud conoció al señor Darby cuando éste visitó en numerosas ocasiones el país del autor, tal vez cuando el amado hermano era anciano. Habiendo vivido y conocido íntimamente a muchos de los más directos contemporáneos de Darby, seguramente estaba cualificado para informarnos y opinar en relación con el amado conductor. Es por esto que me he tomado la libertad de hacer uso del libro publicado por Editions, Bibles et Traités Chrétiens de Vevey, con agradecimiento.

En la edición de 1935, redactada en Ginebra, sobresalen estas líneas, breves pero definitivas: «Sus escritos, los hemos apreciado; su labor intensa ha ganado nuestra admiración, pero al constatar de cerca su congoja y sufrimiento, lo hemos amado». Hermosa expresión y hermoso sentimiento.

En otro lugar el recuerdo y el dolor se funden: «En 1858, Darby se instala en Londres en el número 3 de la Plaza Lonsdale, en el barrio mayormente popular de Islington, donde también se halla ubicado el vasto local de Parks Street. En 1888 me había desplazado a la capital para seguir las conferencias que se daban en la espaciosa sala. Hacía seis años que



su voz no se oía más allí, pero cuanto menos me paseé meditativo y emocionado por el islote formado por la vieja plaza —de un encanto austero y discreto— y dirigí la mirada hacia las altas ventanas de la casa en donde Darby pasó los últimos veinticuatro años de su vida.

»Fue en ese lugar —que es todo un símbolo— donde fueron reunidos, por el esfuerzo de un trabajo prodigioso, los complejos y necesarios materiales para la traducción de la Biblia en tres idiomas».

Tomando nuevamente el hilo del carácter y los sentimientos de Darby, continúa: «¿Qué pensar de la pena que le desgarró, cuando también por amor de los hermanos que le suplicaron rompió unos lazos cuya ruptura causó la muerte de la mujer amada? En lo sucesivo, ninguna esperanza de hogar en la residencia solitaria de Lonsdale Square, ni tampoco la voz animosa de una compañera, le acogerá y le reconfortará a la vuelta de los duros combates o las largas ausencias».

Considero que la opinión del hermano es comprensible en grado sumo, bien que yo no pueda juzgar la cosa tan decisivamente como él hace. El patetismo de estos últimos párrafos es evidente, pero tras los hechos que existieron, el dolor que compartieron y las consecuencias que tocaron, se hallaba la dulce consolación y la tierna simpatía de Jesús. De ese Jesús en quien ellos confiaban y se apoyaban. De ese Jesús que jamás defrauda.

Las motivaciones de sus decisiones mutuas no tuvieron otro objeto que una mayor consagración a Aquel que les dio una nueva vida y la valoración de la excelencia de la misma. Es cierto que se trasluce la realidad de una carga que pesaba demasiado, en particular para la resistencia del corazón de la noble dama, pero el Señor la descargó de su aflicción terrena recogiéndola a Sí, cambiando su tristeza en el gozo de estar



con Cristo «lo cual es mucho mejor». Del señor Darby no podemos pensar que por su parte viviera de continuo bajo los efectos de una causa que había puesto en las manos de Dios.

Que sintiera nostalgia alguna vez; que el sentimiento de la soledad gravitara en su corazón, no debe extrañarnos —era un hombre—, pero también es evidente que la gracia le sostuvo, el espíritu de nazareo le bastó y le hizo experimentar la suficiencia de un Amor que siempre está en actividad en favor de seres tan débiles como somos.

En cuanto a su carácter, la tónica del mismo, según se deduce, estuvo marcado por la firmeza. No dudamos que a la firmeza le faltara alguna vez la dulzura, pero no el amor. Es posible que en según qué circunstancias el tono, además de ser firme, fuese áspero. Fue un hombre de combate (muy a su pesar), y los lectores deben recordar la historia del apóstol Pablo antes de juzgar y sacar conclusiones sobre los detalles negativos que siempre hallaremos aun en una vida consagrada. Con todo, hemos de apreciar su profunda piedad, su humildad personal y el valor que tenía la cruz en su experiencia diaria. Solamente aquellos que trataron de empañar o empequeñecer la gloria de Cristo tuvieron que ver por un lado con la sabiduría, y también por el otro con la energía indomable de quien se juzgaba severamente en la presencia de Dios. Si por esta actitud de celo algunos han censurado el espíritu impulsivo de su carácter, hemos de recordar que solamente el Hombre perfecto ha podido sentir una santa indignación sin contaminar su inmaculada naturaleza.

Una seguridad nos queda, y ésta consiste en que todo será claro en su día. Entonces los hechos, las palabras y todo lo que motivó ambas cosas, así como lo más recóndito de los corazones, será manifiesto ante el tribunal de Cristo. En la luz transparente de una apreciación exacta y verdadera que-



dará expuesto todo lo que se hizo para el Señor. También el volumen de paja y hojarasca que se ha amontonado para gloria propia en pseudo-ministerios en los que las motivaciones hayan tenido por objeto promocionar al hombre religioso en la carne. Esto será una pérdida, pero en medio del espectáculo que ofrece un hombre salvo, así como a través del fuego, resaltará el esplendor de la gloria de aquella gracia que nos soportó nuestras inconsecuencias (2 Co 5:10; 1 Co 3:11-15).

Ahora bien, entre tanto somos dejados en el yermo cual peregrinos celestes, esforcémonos en imitar la conducta de las vidas que nos dejaron como ejemplo aquellos conductores que nos hablaron la Palabra de Dios. (He 13:7).

¿Que Juan Reguant, Lidia Serra, Pedro Roura y Ricardo Graells son personajes ficticios? ¿Que se trata de una historieta? Puede que sí, pero puede que no. Mas en cualquiera de ambas vertientes que miremos, no me negaréis que fuera de desear que o bien la ficción deviniera realidad, o bien que la realidad no fuera una ficción.